

2011-01-01

La Vida en un Click

Ana Lourdes Cardenas

University of Texas at El Paso, alcardenas@utep.edu

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd

 Part of the [English Language and Literature Commons](#), [Fine Arts Commons](#), and the [Latin American Literature Commons](#)

Recommended Citation

Cardenas, Ana Lourdes, "La Vida en un Click" (2011). *Open Access Theses & Dissertations*. 2251.
https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/2251

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

LA VIDA EN UN CLICK

ANA LOURDES CARDENAS

Department of Creative Writing

Approved:

Jose de Piérola, Ph.D.

Luis Arturo Ramos

Pedro Pérez Del Solar, Ph.D.

Patricia Whitterspoon, Ph.D
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Ana Lourdes Cárdenas

May 2011

Dedicatoria

Para mi padre, Raúl Cárdenas, quien seguramente leería esta novela con mucho amor, para Velia, mi madre, que siempre me ha apoyado en todas mis locuras. Para mis hermanos Laura, Raúl y Felipe. Y para mi querido tío Pepe, quien ha sido siempre un gran ejemplo de lucha y fortaleza.

LA VIDA EN UN CLICK

by

ANA LOURDES CÁRDENAS

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fullfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

MAY 2011

Agradecimientos

Esta novela no hubiera sido posible sin el apoyo y la guía de mis maestros del Departamento de Creación Literaria de UTEP. En especial agradezco a mi director de tesis, Dr. José de Piérola por sus acertadas sugerencias y comentarios durante el proceso de escritura. A mis lectores Luis Arturo Ramos y Pedro Pérez del Solar les debo la atención fina al detalle y las múltiples sugerencias que enriquecieron el producto final.

A Diego Bustos por sus acertados comentarios y a Jesus C. Martinez, quien tuvo la paciencia y la disposición para meterme al mundo de los videojuegos, de los chatrooms y de todas esas novedades que capturan la atención de los jóvenes.

A mi familia y a todos esos amigos que me han apoyado y consecretado siempre. Esta novela es para todos ellos.

Tabla de contenido

Agradecimientos.....	v
Tabla de contenido.....	vi
Prefacio.....	1
Bibliografía.....	18
Chapters	
I	21
II	26
III	33
IV.....	39
V	41
VI.....	48
VII.....	60
VIII.....	62
XIX.....	69
X.....	78
XI.....	86
XII.....	95
XIII.....	99
XIV	102
XV.....	118

XVI.....	124
XVII.....	132
XVIII.....	135
XIX.....	138
XX.....	145
XXI.....	150
XXII.....	152
XXIII.....	157
Vita.....	163

Prefacio

Como en toda novela, el proceso de escribir *La vida en un click* implicó vencer una serie de retos.

A lo largo de mi vida profesional como periodista, mi escritura se ha regido por el principio del apego a la verdad y la objetividad, así que el transitar a la ficción implicó algo más que imaginación y técnica narrativa. Implicó también cuestionamientos éticos y el romper con estrategias de escritura aprendidas a lo largo de los años.

En el periodismo, la realidad es venerada. En la ficción el escritor construye sobre la base de la imaginación, aunque bien sea dicho, su imaginación parte muchas veces —no siempre— de la realidad. A partir de ahí crea universos que se rigen por sus propias leyes y personajes que obedecen a una lógica creada dentro de ese mundo ficcional. El poeta, el novelista puede expresar situaciones cotidianas, pero como apunta Viñas Piquer en su *Historia de la Crítica Literaria*, todo lo que se proyecta sobre un plano imaginario termina por ficcionalizarse.

Cuando empecé a escribir esta novela mi idea era ficcionar la vida de un prisionero al que conocí en una cárcel de la ciudad de México. La historia real que lo llevó a la prisión era fascinante y como tal la conté en un documental sobre presos extranjeros en México. Sin embargo, mucho después de que el documental fue transmitido, me seguía preguntando qué iba a ser de ese personaje una vez que fuera

liberado, y los escenarios de respuesta se multiplicaban en mi imaginación. De uno de esos escenarios nació la *La vida en un click*.

En el proceso inicial de escritura, los primeros dilemas fueron éticos. ¿Tendría que pedirle permiso al personaje para ficcionar sobre su vida? ¿Usaría su nombre real? ¿Qué tan apegada a la realidad tendría que ser la anécdota principal? ¿Era ético lo que estaba haciendo? En un principio, las respuestas a las tres primeras preguntas fueron un sí rotundo y por lo tanto implicaron una gran complicación. En ese momento yo no tenía ninguna posibilidad real de volver a la cárcel para visitar al preso y pedir su autorización. Además, mantener el apego a la realidad implicaría dedicar una gran cantidad de tiempo a “reportear” más a fondo al personaje, algo que también resultaría muy complicado en las circunstancias de entonces.

Debo decir que al mismo tiempo que empecé a escribir *La vida en un click* estaba trabajando en un intento de novela cuyo tema central era la vida de un exguerrillero reincorporado a la vida pública después de varios años de clandestinidad. Mientras escribía esa novela enfrenté los mismos dilemas que me llevaron a tratar de “reportear” e investigar intensamente sobre los movimientos guerrilleros de los años setenta.

He entrecomillado dos veces la palabra reportear porque esa palabra describe perfectamente lo que yo estaba haciendo: seguía tratando de contar la realidad como periodista e internamente me negaba a ficcionalizar esos personajes reales a quienes conocía y cuyas anécdotas poblaban mi imaginación.

“Quítate el periodismo de la cabeza”, escuché repetidamente de profesores y compañeros de clase en los diversos talleres en que analizamos críticamente parte de

mi trabajo. Los comentarios siempre apuntaban hacia mi tendencia a explicar en exceso, a proporcionar demasiados antecedentes para entender situaciones específicas —v.g el surgimiento de la guerrilla en México— o a no confiar en la inteligencia del lector.

No recuerdo claramente en qué momento comprendí cabalmente lo que me estaban diciendo, pero creo que fue entonces cuando nació Bartolomé Miranda —solo una reminiscencia del personaje real— y Helena Santiago —absolutamente ficcional— cobró fuerza y creció. La trama inicial dejó de estar apegada a la realidad y adquirió vida propia. Empecé realmente a ficcionar.

Como mencioné antes, *La vida en un click* surgió de mi encuentro con un preso famoso acusado de un multimillonario fraude financiero cometido cuando el uso masivo de las computadoras era todavía inimaginable. El preso tenía una personalidad avasallante, era carismático, bien parecido, inteligente, culto, conversador, amable y por supuesto, seductor. Después de 12 años de encierro aún tenía la esperanza de que el gobierno español pediría su extradición y que una vez en su país, sería liberado. Pero en realidad nada apuntaba a que así sería. En la maraña de corrupción que caracteriza las cárceles mexicanas, él era un preso más, sin privilegios y sin posibilidad de liberación anticipada, y su país tampoco estaba interesado en mover el caso.

La trama inicial de la novela era simple: el preso le cuenta a una periodista la historia de su vida y cuando se entera que ésta viajará a Europa le pide que le lleve un sobre a su madre, quien vive en Alicante. La periodista cancela su viaje y olvida el encargo, pero un par de años después se topa con la carta y agobiada por la culpa decide ir a buscar a la madre del preso. Cuando llega a España la mujer ha muerto y ella no sabe qué hacer con la

carta. Basándome en esta trama, planeaba desarrollar una historia en la que la carta tenía un peso específico porque —imaginaba entonces— nos llevaría a descubrir algo más sobre el preso y al final contribuiría a su liberación.

Pero la trama era débil y difícil de sostener por varios motivos. Primero, porque daba el papel protagónico al preso (Bartolomé Miranda) y al hacerlo limitaba su espacio de acción a las cuatro paredes de una prisión. Además de ello, la acción de la novela transcurría en tiempo pasado y presente y al estar el personaje encerrado, la posibilidad de “desenclaustrarlo” en el tiempo presente era muy complicada. En ese escenario las posibilidades de Bartolomé de crecer como personaje eran reducidas. Por otra parte, ese mismo esquema impedía que la protagonista femenina (Helena Santiago) tuviera un desarrollo pleno, pues su rol en la historia era la de un testigo/investigador y como tal su crecimiento estaba de alguna manera supeditado a la historia de Barto.

Cuando me percaté de eso, comprendí que hasta ese momento mis dos personajes eran planos, pero que tenían un enorme potencial de desarrollarse y mover la trama hacia adelante si modificaba sustancialmente los escenarios originales. En un principio pensé que quien tenía más posibilidades de convertirse en lo que E.M. Forster llama un personaje “redondo” era justamente Helena por la libertad de movimiento que tenía. Sin embargo, poco a poco, descubrí que por sus características como personaje, Bartolomé apuntaba más hacia la redondez, pero para darle el papel protagónico de la novela tendría que sacarlo de la cárcel lo más pronto posible.

En *La vida en un click*, el personaje que mueve la acción hacia adelante es Helena Santiago, es ella el motor de la novela, sin embargo, el personaje que evoluciona, que se transforma, que se debate entre sus sentimientos, que provoca reacciones y que tiene

más capacidad de permanecer en la memoria del lector, es justamente Barto. Si lo hubiese dejado dentro la cárcel las posibilidades de mostrar su transformación hubiesen sido limitadas.

En su ensayo “Flat and Round Characters”, Forster sugiere que una novela medianamente compleja suele exigir tanto personajes planos como redondos y el resultado de sus conflictos se asemeja a la vida con más exactitud. Forster se refiere a los personajes planos como aquellos que son contruídos sobre la base de una premisa, son unidimensionales, no cambian y por lo tanto no tienen un desarrollo a lo largo de la manera. En contraste, el personaje redondo sufre transformaciones y tiene capacidad de provocar todo tipo de emociones en el lector. (*Essentials of the Theory of Fiction*, 37)

En la categorización de Forster, los personajes planos se construyen alrededor de una idea o una obsesión —en este caso la obsesión de Helena por el mundo de las computadoras y el fraude cibernético y su mundo de conflictos internos— mientras que los personajes redondos tienen varias facetas, pueden ser dudosos, contradictorios, heroicos, mezquinos y a la vez misteriosos. Estos personajes parecerían no predeterminados por el novelista, sino que se hacen a sí mismos a lo largo de la obra.

Pero redondear al personaje me obligó a modificar sustancialmente el rumbo de la trama. Es decir, la idea original perdió peso mientras la ficción empezó a ganarlo.

En la nueva trama, Helena ya no es una periodista, sino una joven solitaria e introvertida, con enormes dificultades para establecer relaciones sociales. A su favor tiene una capacidad inusual para entender los lenguajes de programación y el funcionamiento de las redes cibernéticas. Su mundo gira alrededor del ciberespacio y los videojuegos, pero ella quiere aprender a socializar y romper sus miedos porque intuye que eso la ayudará a liberarse y al

mismo tiempo la llevará a superar a defraudadores famosos como Bartolomé Miranda. Por eso decide visitarlo en la cárcel haciéndose pasar por una escritora que pretende escribir una novela sobre las hazañas de Bartolomé en el mundo del fraude. A lo largo de dos años de encuentros va surgiendo una relación amorosa —nunca explícitamente declarada— entre los dos personajes, aunque sólo es obvia para el personaje masculino.

Cuando Helena se siente más confiada en sí misma y en sus habilidades para socializar, le anuncia a Bartolomé que hará un viaje a Europa y por lo tanto ya no lo visitará en la cárcel. Barto le pide entonces que le entregue a su madre una carta que él le ha escrito y con esa excusa, Helena llegará hasta Alicante, España, donde se enterará que la madre de Barto ha muerto y que la casa que ella habitaba esta en renta. Helena alquila la casa y a partir de ahí empezará a vivir del fraude.

Aunque es inteligente y audaz con las computadoras, Helena carece de la malicia de las mentes criminales y es torpe y descuidada en su actuar. Por eso se vuelve presa fácil de Rodrigo, un personaje oscuro que se aprovechará de sus debilidades y miedos para explotarla y hacerla trabajar para él. Mientras ella se mete más y más al mundo del crimen organizado, Bartolomé saldrá de la cárcel y se enterará de lo que Helena hace realmente. Barto entonces tendrá que decidir entre cobrarle la factura por el engaño o rescatarla del abismo en el que se hunde y que la llevará irremediablemente a la cárcel.

Este cambio sustancial en la trama implicó varias dificultades técnicas, algunas de las cuales enumero a continuación:

Helena pertenece a una generación distinta a la de Barto, así que el convertirla en hacker, me obligó a investigar y tratar de entender los esquemas de fraude cibernético, el lenguaje de las computadoras y el intangible mundo subterráneo de los hackers. Este último

punto en particular se tradujo en una pregunta obsesiva a lo largo del proceso narrativo: ¿Qué tanto había que mostrar contra qué tanto contar? En otras palabras, ¿Necesitaba mostrar paso a paso cómo se hackea una computadora para apuntalar la verosimilitud de la trama? O ¿Podría resolverlo simplemente en una escena en la que ella lo hacía?

Esta pregunta era particularmente importante porque su solución ponía en juego la credibilidad de la novela. En “Ficciones Verdaderas” Tomás Eloy Martínez dice que para que una ficción tenga eficacia debe ser creída y por lo tanto aludir a un mundo que otros comparten, en el que otros se reconocen o cuyas leyes pueden aceptar. ¿Qué significó entonces crear una situación convincente o un personaje verosímil en mi novela? Básicamente significó investigar y reunir información sobre el mundo subterráneo del ciberespacio, entender los tipos de personalidades que pueblan ese mundo y sobre todo tener claridad sobre lo que es posible hacer o no cuando se habla de fraude cibernético. Este último punto era muy importante porque el universo de la novela, es muy similar al mundo real, es decir, no me propuse crear un universo en el que cualquier cosa fuera posible, sino uno en el que las leyes de lo posible estuvieran claramente definidas. También deseaba que el lector pudiera comprender y sumergirse sin problemas en ese universo de la novela.

Al abordar el tema del interés y la verdad en una obra literaria, John Gardner dice que por más extraño, por más ajeno que sea el mundo ficcional, los lectores debemos ser arrastrados al mundo de los personajes como si hubiésemos nacido en su mismo entorno (43). El asunto entonces, no era explicar cómo los personajes hacían el fraude, sino trabajar en la construcción de las escenas y personajes para apuntalar su credibilidad —v.g. Helena aprendió desde niña que era posible modificar el programa

de un videojuego para evitar la frustración de la derrota, o Barto aprende en un periódico cómo espiar lo que otros hacen en la computadora—. Si los personajes estaban bien contruidos, si lograba sustentar eficazmente su dominio del tema cibernético, los detalles sobre cómo operaban el fraude perderían importancia narrativa. Es decir, tenía que convencer al lector que Helena podía hacer fraude fácilmente porque su historia personal estaba entrañablemente ligada al mundo cibernético y a lo que ocurre en la clandestinidad de sus pasillos. En la novela ella es una víctima inocente de las circunstancias de la vida —la muerte prematura de sus padres— y de la maldad de los adultos —sufre abuso sexual a lo largo de varios años—. Su frustración y enojo los ventila en el universo del ciberespacio y los videojuegos, donde el anonimato la cobija bajo un seudónimo, donde las relaciones no llegan nunca al terreno personal y en donde se da cuenta que puede alterar el mundo a su antojo y triunfar.

En ese mismo sentido fue importante la elección de un narrador en tercera persona porque lo liberó de tener esa información técnica que un narrador en primera o segunda persona necesariamente debería tener para apuntalar su credibilidad.

Esto lo entendí muy claramente con Lisbeth Salander, uno de los personajes centrales de *Los hombres que no amaban a las mujeres* de Stieg Larsson. Aunque Salander es hacker, nunca en el primer volumen de la trilogía de Larsson se explica cómo altera un programa de computación o cómo se introduce a la máquina de otra persona. Simplemente lo hace y le creemos porque el narrador nos ha dicho lo suficientemente de ella como para creer que sabe lo que está haciendo. Lo mismo sucede con uno de los personajes de *La Piel del Tambor* de Arturo Pérez Reverte, que

hackea el sitio oficial del Vaticano, pero nunca tenemos el detalle técnico y minucioso de cómo logró hacerlo.

Otra dificultad técnica estuvo relacionada con el tiempo y espacio narrativo, sobre todo en la primera mitad de la novela, cuando la acción sucede simultáneamente en una cárcel de la ciudad de México y en las calles de España, concretamente en Alicante. La historia alterna el tiempo presente y pasado en la primera mitad, pero a partir de la segunda parte, la acción transcurre solo en tiempo presente. La dificultad principal en cuanto al manejo del tiempo fue mantener la coherencia de esos dos tiempos dentro de la lógica interna de la novela, es decir, mantener el tiempo artificial confinado a las reglas impuestas en ese mundo ficcional.

Por otro lado, el ubicar la acción en dos países trajo consigo un problema de timbre. Es decir, los personajes españoles tenían que hablar como españoles y el riesgo era caer en el abuso de coloquialismos y de expresiones muy desgastadas. Por otro lado, aunque es español, Barto ha pasado 12 años de su vida en una prisión mexicana, lo que puede darle licencia a sonar como mexicano en ciertas situaciones o escenas. El problema sin embargo era encontrar un balance y establecer realmente el tono adecuado para cada uno de los personajes.

El problema de timbre se trasladó al narrador omnisciente limitado que elegí para la novela, porque en muchas ocasiones su tono lo confundía con los personajes, es decir, narraba con timbre español cuando estaba focalizado en Barto o con timbre mexicano si estaba focalizado en Helena. En *La verdad de las mentiras*, Mario Vargas Llosa dice que desde un punto de vista técnico hay dos cosas esenciales que resolver cuando se escribe una novela. La primera es la invención del narrador, cuya creación es aún más complicada

cuando éste no es un personaje en la trama, sino una persona invisible. “Descubrí que la creación del narrador es de extrema importancia porque si no eres coherente en establecer las leyes bajo las cuales el narrador trabaja, desarrolla o se aproxima a la acción o toma distancia de la acción que esta narrando, entonces la fuerza persuasiva de la novela desaparecerá. En consecuencia, la coherencia es lo que importa. Puedes darle todo tipo de poder al narrador, pero siempre dentro de un sistema coherente.” (47)

Para darle coherencia y verosimilitud al narrador tenía que manejar un timbre neutral que ayudara también a establecer claramente la diferencia del timbre entre los personajes. Es decir, no podía tener un timbre español que lo confundiera con Barto, o un timbre mexicano que lo relacionara con Helena. Tendría que darle lo que en “Distance and Point of View” Wayne Booth describe como consistencia: “El punto de vista debería ser usado siempre de manera consistente, porque de otra manera la ilusión de realidad puede ser destruída.” (85)

Booth añade que la efectividad de los recursos narrativos elegidos puede sólo juzgarse en función de sus efectos sobre la novela. En ese sentido, dice, el punto de vista es un asunto técnico, un medio para lograr un fin y sus resultados solo pueden ser juzgados en función de sus efectos (84). En el caso de *La vida en un click* creo que la elección de la tercera persona —omnisciente limitado— me dio la libertad que necesitaba para entrar a la cabeza de los personajes con cierta soltura y poder moverme con más agilidad en una variedad de situaciones que ocurrían al mismo tiempo y en diferente lugar, como por ejemplo, cuando Helena cometía un fraude y Barto la seguía la mismo tiempo desde otro lugar cercano.

Cuando la gente me pregunta de qué trata mi novela, o de manera más sofisticada, a qué género literario pertenece, la respuesta tiende a ser ambigua. ¿Es una historia de amor? ¿Es una historia de crimen organizado? ¿Es una historia de suspense? En realidad creo que la novela tiene un poco de todo eso. Combina una historia de amor, con el suspense y con el crimen. ¿A qué género pertenece? Me atrevo a decir que a la novela de personaje, entendida ésta como aquella en la que el desarrollo de la acción y la descripción del ambiente están subordinados al análisis psicológico de los personajes, cuyas vivencias y problemática constituyen el núcleo de la obra.

Como señalé páginas arriba, la novela fue originalmente concebida con la idea de contar la vida de un prisionero y a partir de una serie de aventuras y anécdotas liberarlo de la prisión. Pero el giro que dio la trama me obligó a reconstruir los personajes y a reflexionar sobre un mundo que siempre me ha intrigado por su carácter *underground*.

La novela pretende invitar al lector a asomarse a ese mundo dominado prácticamente por jóvenes de una generación que nació no en pañales de seda, sino en algo que yo llamaría “pañales electrónicos” y que ha crecido en un mundo que solo funciona y se explica a través de artefactos electrónicos. Con la novela intenté abordar el cómo los grandes alcances de la tecnología han impactado la forma en que los jóvenes se relacionan con el mundo. El utilizar dos personajes centrales con habilidades e intereses similares — computación y crimen — pero que pertenecen a dos generaciones muy distintas me permitió meterme en el tema con naturalidad.

Mencionaba también que el mundo underground de los hackers siempre me ha parecido fascinante y a la vez amenazante. En un pasaje de la novela, el narrador focalizado en Helena dice: “si la gente que usa el chat o el Facebook como si se lavara los dientes tuviera un cinco por ciento del conocimiento que ella tenía sobre las computadoras, seguramente lo pensarían dos veces antes de escribir algo en esas páginas. «O quizá no...La gente es más estúpida de lo que uno pensaría»”(71). Cito esta parte porque de alguna manera sintetiza la intención de la novela de provocar una reflexión sobre la vulnerabilidad de la información que se maneja en el ciberespacio. En el mundo moderno nada, absolutamente nada de lo que se escribe en el Internet o de lo que circula en el ciberespacio es privado. Los ciudadanos estamos expuestos todos los días al robo de identidad, al fraude electrónico, a la invasión de la privacidad porque como apunta Joseph Menn en *Fatal System Error*, el crimen cibernético es mucho peor de lo que cualquiera puede imaginar.

Esas son a grandes rasgos las pretensiones de esta novela. Desde mis tempranas lecturas en la niñez y la adolescencia aprendí que la literatura es una puerta no sólo al conocimiento, sino también al descubrimiento de otras realidades ajenas a la individual. La literatura nos abre los ojos a mundos desconocidos, nos permite reflexionar sobre situaciones que no siempre afectan nuestra vida cotidiana pero que están presentes en el mundo. Por autores como Emile Zola conocemos la realidad de los mineros en Europa a principios del siglo XIX (*Germinal*), por Víctor Hugo y su obra *Los Miserables* nos asomamos a la Francia de ese mismo siglo; por autores contemporáneos como J.M. Coetzee podemos echar un vistazo al racismo en la Sudáfrica del apartheid (*Desgracia*); por Omar Pamuk nos adentramos a la decadencia del

Imperio Turco (*Me llamo Rojo*) y por autores como Juan Rulfo reconocemos la pobreza ancestral de los campesinos indígenas mexicanos (*Pedro Páramo, El Llano en Llamas*). Mi novela, modestamente, pretende ser una ventana al mundo contemporáneo de la sociedad computarizada y del fraude cibernético de una manera entretenida y accessible para todos aquellos que día a día exponemos nuestra identidad en las redes del ciberespacio.

Pero como todo trabajo literario, el lector es finalmente quien juzgará el resultado y quien tendrá la última palabra. Como autora y creadora de este universo artificial, quiero pensar que la novela consigue esos objetivos y que las técnicas narrativas que utilicé fueron eficientes para lograrlo. Parafraseando a Vargas Llosa diría que el gran triunfo de la técnica novelesca es alcanzar la invisibilidad, que ningún lector se percate de su existencia y se inmerse en la historia viviéndola.

Sin embargo debo admitir que en todo trabajo literario siempre hay espacio para mejorar el producto final. Una novela, como coinciden gran parte de los escritores consagrados, nunca está finalmente acabada. Siempre habrá espacio para mejorarla, pero también siempre hay que saber cuándo ponerle el punto final.

He citado con frecuencia a Mario Vargas Llosa en este prefacio. Y lo he hecho por la simple razón de que es uno de los escritores a quien más admiro y de quien he aprendido más sobre técnicas narrativas a partir de la lectura de sus múltiples novelas, ensayos y cuentos.

En “Una Invitación a la ficción de Borges” Vargas Llosa dice que un escritor no siempre es consciente de las influencias que ha recibido y una vez más, me resulta imposible no coincidir con esa afirmación. Sin embargo, sé que todo lo que uno lee en la vida tiene de cierta manera un impacto en su formación como escritor.

Cuando digo que admiro a Vargas Llosa pienso en las impresionantes construcciones narrativas de tiempo y espacio de *Conversación en la Catedral*, *La Fiesta del Chivo* o “*La Casa Verde*” y me vienen a la memoria los inolvidables personajes que pueblan esas novelas. Admiro la habilidad del escritor de abordar temas políticos dentro de la ficción sin hacer novela política o histórica, sin convertir la ficción en un panfleto o un grito de justicia. Su influencia en *La vida en un click* puede encontrarse en mi intento de emular su manejo del discurso indirecto libre en situaciones en la que el narrador en tercera persona pasa del pasado al presente en un mismo párrafo para meterse de lleno a la cabeza del protagonista. Esta técnica es muy usada por Vargas Llosa en las novelas mencionadas arriba y decidí hacer uso de ella como herramienta para apuntalar la verosimilitud de la narración y facilitar la interacción de perspectivas internas y externas.

De cada autor que uno lee aprende algo. De Orhan Pamuk aprendí sobre la posibilidad de narrar una historia usando la multiplicidad de puntos de vista (*Me Llamo Rojo*) algo que me sirvió para completar una colección de cuentos que lleva por nombre *Novenario para una ciudad*. De Cormac McCarthy he aprendido sobre la intensidad del ritmo narrativo a partir de descripciones llevadas al extremo en novelas como *The Road* y *Blood Meridian*, de Tomás Eloy Martínez aprendí que la ficción bien hecha puede ocupar el papel de la realidad, como sucedió con su magnífica *Santa Evita*, en la que una frase que el

creo y puso en boca de Evita en su mundo ficcional fue repetidas hasta el cansancio por los seguidores de la mujer hasta que llegó a convertirse en una realidad. Otros autores como Ignacio Soalres (*Columbus, Madero El Otro*) y David Martín del Campo (*Alas de Ángel*) me ayudaron a entender la transición del campo restringido de la realidad periodística al espacio infinito de la ficción.

Un autor que me fue de gran utilidad para resolver problemas técnicos fue Stieg Larsson con su trilogía *Millenium*. El autor me dio pistas para resolver la cuestión del uso de tecnicismos en la novela, pero además me sorprendió con su habilidad de manejar un sinnúmero de personajes y entrelazarlos en una madeja que mantiene su unidad a lo largo de toda la saga. Debo decir también que la lectura de novelas especializadas en crimen cibernético como *Digital Fortress* de Dan Brown o *Fatal System Error* de Joseph Menn fue crucial para el entendimiento del tema y sobre todo para trabajar en la verosimilitud de los textos. En ese mismo sentido, en el proceso de escritura de la novela me convertí en una ávida lectora de *Wired Magazine*, una revista especializada en temas del tecnología y ciberespacio. El tema también me obligó a seguir con interés y consistencia los casos en que trabaja permanentemente la unidad de crimen cibernético del Buró Federal de Investigación (FBI).

Palabras finales:

En “The Art of Fiction”, Henry James dice que escribir una novela es una aventura personal. El autor decide la ejecución de esa obra y como un pintor, puede aprender lo

elemental, la técnica, pero una vez que la conoce, tiene que aprender cómo escribir y este es el asunto más personal.

Hay mucha gente que me ha preguntado si los programas universitarios de creación literaria efectivamente enseñan a escribir ficción. Ahora que he terminado mi primera novela me siento confiada para responder esa pregunta desde un punto de vista personal.

Efectivamente, como señala James, uno aprende la técnica y para hacerlo, no hay mejor lugar que en un espacio dedicado a ello —llámese taller literario o programa de escritura creativa—. Abordar cualquier novela o cuento desde una perspectiva crítica, tratando de entender los pilares que la sostienen, analizando el uso de recursos narrativos y su función dentro de un universo ficcional, definitivamente abre las posibilidades para escribir una novela. Si ésta será una buena o mala novela, es asunto de otro costal.

En lo personal conocer la técnica me ayudó sustancialmente en el proceso de escribir. Volviendo a la metáfora del pintor, sabía que elegir un rojo en lugar de un verde tendría un efecto definitivo sobre el lienzo final. En otras palabras, pensé mucho sobre la efectividad de los recursos narrativos que tendría que usar en el texto para conseguir el resultado final.

Escribir esta novela ha sido un proceso muy revelador, sobre todo porque como apunté previamente, la idea original de la novela no se parece en nada al producto final. La novela y los personajes adquirieron vida propia en el proceso de escritura y de alguna manera guiaron mis dedos al teclear sobre la máquina. Helena pedía a gritos moverse en una dirección y Barto hacía lo mismo. Yo los dejé que fluyeran y establecieran el camino.

No fue fácil. Es lugar común decir que escribir es un proceso doloroso, aunque no estoy tan segura del uso de ese adjetivo. En mi experiencia, escribir la novela fue un proceso

muy demandante, que tomó mucha energía, perseverancia y horas de sueño. Pero el resultado ha valido la pena. Se que esta novela es perfectible, que hay que trabajar más en ella, que hay que afinar detalles, que no es aún un producto terminado al cien por ciento, pero se también que escribir una novela es una gran hazaña y me siento muy orgullosa de haberlo hecho. Estoy convencida además que no será mi única y última novela.

Bibliografía

Booth, Wayne, "Distance and Point of View: An Essay in Classification." Essentials of the Theory of Fiction. Michael J. Hoffman and Patrick D. Murphy, Duke University Press 2005. Print. 83-100

"Cybercrime Max Butler" American Greed, Episode 36. CNBC TV Series. 2010

Forster, E. M. "Flat and Round Characters." Hoffman and Murphy 35-42

Gass, William, "The Concept of Character in Fiction." Hoffman and Murphy 113-120

Gardner, John, *The Art of Fiction. Notes on Craft for Young Writers*. Alfred A. Knopf, 1983. Print.

James, Henry. "The Art of Fiction." Hoffman and Murphy 13-20

King, Stephen, *On Writing*, Pocket Books, 2000

Lauer R. Robert, "Análisis de la Novela". University of Oklahoma
<http://faculty-staff.ou.edu/L/A-Robert.R.Lauer-1/Novela.html>

Letralia.com.Tierra de Letras "García Marquez, verdades y mentiras". Año XIV, no. 227. Cagua, Venezuela. <http://www.letralia.com/227/entrevistas01.htm>

Martínez Tomas Eloy, "Ficciones Verdaderas", Revista Letras Libres, Julio 2005
<http://letraslibres.com/pdf/7987.pdf>

Martínez Tomás Eloy, "Ficción, Historia, Periodismo: Límites y Márgenes"
http://www.filo.unt.edu.ar/centinti/iiela/revista_telar/revistas/1/1.pdf

Menn Joseph, *Fatal System Error*. PBS Public Affairs, 2010

Peripoietikes. Un blog para la asignatura teoría de la literatura de filología inglesa. UNED Valencia <http://peripoietikes.wordpress.com/2010/01/17/11-la-novela/>

"The Underworld Exposed" Wired Magazine Special Issue Feb. 201

Vargas Llosa, Mario, *A Writer's Reality*. Houghton Mifflin, 1991

Vargas Llosa, Mario, *Letters to a Young Novelist*. Picador, 1997

Vandenburg, Jane, *Architecture of Novel. A writer's handbook*. Counterpoint, Berkeley, 2010

Viñas, Piquer, *Historia de la Crítica Literaria*. Versión electrónica

LA VIDA EN UN CLICK

I

Bartolomé Miranda la observó de lejos antes de caminar hacia ella. Estaba parada junto al ventanal del comedor de visitas, mirando absorta hacia el campo de fútbol que a esa hora levantaba una tolvana entre los niños y padres que disputaban la pelota. Parecía ajena al tumulto que la rodeaba, al ruido de un televisor encendido, a los gritos de niños que corrían entre las sillas y mesas de plástico atiborradas de coca-colas y recipientes de comida. Detrás de su aparente concentración adivinó su timidez. Era flaca y algo descuidada, aunque los rizos de su cabello castaño y largo la hacían atractiva. Recordó la última vez que estuvo cerca de una mujer y apresuró el paso.

Nadie lo visitaba desde hacía casi tres años, cuando su madre viajó desde España para pasar unos días con él. A veces, cuando algún recluso festejaba un cumpleaños y la familia organizaba un convivio, lo invitaban a sentarse a la mesa, pero se quedaba ahí sólo el tiempo suficiente para no estorbar. Por eso lo sorprendió cuando el custodio le hizo aquel anuncio una semana antes.

—¡Hey, Barto! Una tal Helena pidió permiso para visitarte la próxima semana — le dijo el custodio en esa ocasión.

Por un segundo dudó que le estuviera hablando a él.

—¿A mí? ¿Cómo dices que se llama?

—Helena, Helena Santiago. Dice que es investigadora o escritora, o algo así.

—¿Periodista?

—No, periodista no es. Esos hacen otro trámite para entrar.

Mientras caminaba hacia ella trató de adivinar su edad. «Entre 20 o 23 años», pensó. «¿Qué coño querrá esa tía conmigo?»

Encendió un cigarrillo, aspiró profundo y caminó hacia el ventanal. Faltaban unos pasos para acercarse cuando ella apartó la vista del campo de fútbol y se encontró con su mirada.

—Hola —dijo él estrechándole la mano—. Soy Bartolomé Miranda, pero puedes decirme Barto. Me dijeron que me andas buscando.

—Sí, hola. Me llamo Helena, Helena Santiago...

—Ya me habían dicho tu nombre. Aquí las noticias vuelan. Por lo que sé no eres periodista, así que dime ¿Qué es lo que quieres?

Barto se sorprendió ante su propia rudeza y sequedad. Había pensado que lo alegraría recibir una visita, sobre todo la de una mujer, pero ahora que la tenía enfrente, solo pensaba en regresar a su celda.

—Pues verá, soy escritora, bueno más bien aprendiz de escritora —dijo Helena con prisa, como recitando un guión previamente memorizado—. Estoy trabajando en una novela sobre fraude cibernético y su caso es muy famoso y bueno, pues pensé en venir, conocerlo, preguntarle cosas. Quiero que mi personaje sea muy verídico y pensé que, bueno, podríamos platicar y ...

Barto la interrumpió antes de que terminara la frase. La petición le parecía ridícula.

—¡Coño! me quieres convertir en el personaje de una novela... Eso sí me hace reír. ¿Qué te hace pensar que me pondré a contarte mi vida?

—Yo no le veo la gracia —se defendió Helena—. He revisado notas de periódicos sobre su caso pero ninguna explica cómo le hizo para robar a tantos hombres de dinero...Además muchos jóvenes lo admiramos...En mi grupo de chat lo llamamos Black Jag.

—¿Black Jag? —repitió Bartolomé sin disimular su sonrisa—. ¿De dónde salió eso? ¿Qué es eso de tu grupo de chat?

—Black Jag —dijo Helena con confianza— es solo una manera de referirnos a usted. Todos tenemos un sobrenombre para el chat. Yo soy MysticFiona. Es un poco aniñado pero me gusta.

Bartolomé encendió un segundo cigarro y miró en silencio a la joven. Su rostro no era particularmente bonito, aunque un pequeño lunar cerca de la base del ojo y su nariz boluda le daban un aire peculiar. «Es una niña haciéndose pasar por grande», pensó. Exhaló una bocanada de humo y preguntó.

—¿Y yo qué gano con hablar contigo, niña? Tu escribes tus cuentos y yo ¿qué coño saco a cambio? ¿Cuánto vas a pagarme?

Por primera vez, Helena titubeó. —En realidad no puedo pagarle nada...

—Aunque pudieras, ¿Cuánto crees que vale mi historia?

—No sé, no pensé en eso. Quiero escribir y pensé que usted podría ayudarme.

—Pues te equivocaste, niña. No me interesa andar contando mi historia —dijo Barto mientras aplastaba con la punta del tenis lo que quedaba de su Delicados sin filtro—. Mejor vete porque tengo muchas cosas que hacer.

No había terminado de darse la vuelta cuando sintió los dedos de la chica aprisionando su brazo. Le asombró la determinación que había en su mirada.

—Por favor no se vaya —dijo Helena—. Nadie ha podido igualar su talento. Usted no hackeaba solo, lo hacía con la ayuda de sus propias víctimas porque las seducía. Eso es lo más fascinante de su historia. Hoy es más fácil hackear sin conocer a la víctima, por eso usted es una leyenda. Por favor, no me diga que no...

Barto reconoció la adulación en la cara de la chica y por primera vez en muchos años recordó la sensación de plenitud que le producía sentirse admirado. Desde que era niño los adultos lo elogiaban por su inteligencia, por su capacidad de resolver problemas lógicos y matemáticos, por su memoria que algunos llamaban excepcional. En la escuela lo describían como niño prodigio y aunque él no sabía el significado de esa palabra, descubrió muy pronto que le abría las puertas al mundo de los adultos de una manera poco usual. Las mujeres lo halagaban por su físico, por su tendencia a tratarlas con delicadeza y respeto, por su manera de hablarles, por hacerlas sentir que el mundo giraba alrededor de ellas. Toda su vida había sido adulado, hasta que cayó preso y se acabaron los cumplidos. La chica despertó una cadena de sensaciones placenteras que dormitaban en su mente y casi sin proponérselo imaginó la suavidad de su piel desnuda, la curva perfecta de sus senos redondos, el temblor de su piel morena al contacto con su lengua explorándole el cuerpo.

—Voy a pensarlo muchacha, pero eso no implica un sí. Antes necesitaría saber más de ti, quid-pro-quo. ¿Sabes qué es eso, verdad? Primero quiero saber con quién estoy hablando, saber si puedo confiar en ti. Tendrás que venir varias veces antes de que acordemos algo.

En la soledad de su celda, tirado boca arriba sobre un viejo colchón, Barto recordó ese primer encuentro con Helena, al que siguieron muchos otros semana tras

semana a lo largo de dos años. Cada jueves, la chica lo visitó puntualmente en el reclusorio, donde pasaban horas hablando de él y muy poco de ella, hasta que un día se acabaron las visitas; Helena le anunció que viajaría a España, que volvería pronto y prometió que se mantendría en contacto.

De eso había pasado casi un año y no tenía noticias de ella. Cada jueves esperaba verla aparecer nuevamente en el comedor de visitas, pero al final del día regresaba a su celda con una sensación de amargura que nunca tuvo antes en sus doce años de encierro. Y si antes de conocerla esperaba con paciencia las noticias sobre su proceso de extradición a España, ahora esa espera lo atormentaba. Como nunca antes, sentía que odiaba el cielo plomizo y el aire enrarecido de la capital mexicana, la monotonía de los días de encierro, el humor ácido y negro de los mexicanos, la sopa de arroz, las tortillas y los frijoles aguados, las cucarachas que pululaban en las paredes de la celda. Pero lo que más detestaba ahora eran los días de visitas, cuando el penal se impregnaba de olores a fritanga y guisados, cuando los presos volvían a ser padres y besaban a sus hijos, cuando los hombres rompían el encierro refugiados en el abrazo de sus mujeres, cuando extrañaba la voz de Helena, cuando la rabia por su abandono lo llevaba a pensar que la chica solo lo había utilizado para su jodida novelita.

«¡Qué gillipollas eres! Te hiciste una paja mental y la tía te dio la vuelta».

II.

Helena despidió al hombre con un apretón de mano, echó llave y se recargó contra la puerta de madera. No era racional que hubiese rentado esa casa, pero en su corazón esa decisión tenía sentido. Estaba a muchos kilómetros de su patria, en una ciudad que dos años antes era inexistente para ella, en un país con el que solo la identificaba el idioma. No era casualidad, pues las casualidades no existían. Al menos eso era lo que decía Jovita, su madre adoptiva, cuando repetía «uno no busca las cosas; las cosas se ponen en tu camino». O quizá Jovita no lo decía exactamente así, pero esa interpretación le gustaba, le convenía en ese momento.

Poco antes, tras recorrer más de una decena de cuadras ayudada por su GPS, había dado con el número 844 de la Calle Colón. Quería ver la vivienda por fuera, darle forma concreta a las imágenes que se había creado a partir de sus pláticas con Barto. Era una edificio antiguo, de solo dos pisos, con un portal de madera antigua y un ventanal frontal protegido por cortinas de madera blanca que impedían la entrada violenta de la luz costeña. Frente a esa ventana, Helena se detuvo incrédula ante el cartel que anunciaba que el piso de la planta baja estaba en renta. «Si está ahí es para tí», dijo en voz baja como repitiendo las palabras que Jovita hubiera pronunciado. Sin meditarlo marcó el número desde su celular.

Un par de horas después estaba dentro del espacioso departamento, hablando con un agente de bienes raíces que aceptó rentárselo por seis meses, con pago anticipado de por medio.

—Eres extranjera —le había dicho el hombre—. No es que desconfíe de los mexicanos, pero si me pagas por anticipado podrás quedarte desde ahora.

Helena le pagó con sus cheques de viajero y a cambio recibió un remedo de contrato en el que se comprometía a preservar los muebles, los artículos electrónicos y en general el buen estado de la casa.

—Si no le gustan los cuadros, puede moverlos, pero cuando regrese la casa tendrá que entregarla como estaba. ¿Está claro?

—Si señor, está claro —dijo—. ¿Quién vive arriba?

—El piso está alquilado a una empresa de Madrid. La mayor parte del tiempo está solo; de vez en cuando lo ocupa gente que viene por negocios. Es muy tranquilo, ya verá.

En la soledad de la casa, Helena tuvo un momento de duda.

—¡Seis meses en Alicante! —dijo en voz alta—, viviendo en la casa de la madre de Barto, durmiendo en su cama, usando sus cosas. Debo estar loca.

El departamento tenía una distribución inusual. Un pasillo largo lo atravesaba de extremo a extremo, pasando por las dos recámaras, el baño —que era el único cuarto con puerta— y la cocina, que daba a un patio trasero en el que había decenas de macetas con plantas moribundas, una higuera, varios rosales y decenas de helechos sedientos colgando de las salientes de un techo.

En el zaguán había dos mecedoras adornadas con cojines bordados a punto de cruz. A un costado estaba la sala, en cuyo centro había un baúl grande de madera fina atravesado a lo largo por herrajes antiguos. El respaldo y los descansabrazos de un sofá rojo tenían carpetas hiladas a mano. «Seguramente bordadas por doña

Esperanza», pensó. Una imagen del Sagrado Corazón de Jesús ocupaba la pared principal y en la contigua destacaban tres fotografías en marcos de madera. En una de ellas había una mujer de entre 28 y 30 años. Era una foto color sepia, tomada seguramente muchos años atrás. La mujer, de gesto adusto, tenía el pelo recogido hacia atrás, los ojos grandes y una expresión seria que no dejaba ver emociones.

—Debe ser ella, doña Esperanza —musitó Helena.

En la segunda foto estaba esa misma mujer junto a un hombre que parecía de su misma edad.

—Esperanza y seguramente su marido —dijo, dándose cuenta por primera vez que Barto nunca le había hablado de su padre.

La tercera foto era sin duda Barto en sus veintes. Helena descolgó el cuadro con cuidado, sopló el polvo acumulado y lo miró detenidamente. Barto estaba de espaldas al mar, con un pantalón blanco, una camisa suelta del mismo color y los pies descalzos. Sonreía a la cámara y un mechón de pelo le cruzaba la frente. Comprobó que había sido mucho más atractivo de lo que ella había imaginado.

—Siento lo de tu mamá Barto —dijo estrechando la foto contra su pecho. Tenía todo el propósito de cumplir tu encargo, pero ya no la alcancé. Así es la vida...Ni te imaginas dónde estoy ahora...

Se preguntó si Barto sabría que su madre había muerto. ¿Cómo se enteraría? ¿Le hablarían por teléfono? Trató de imaginar su tristeza, el impacto de una noticia como esa estando a tantos miles de kilómetros de distancia, sin la posibilidad de decirle adiós, encerrado en esa celda cochambrosa de cuatro por cuatro. Miró

nuevamente la foto y chasqueó los labios. «¿Qué le escribiría Barto a su madre?, ¿Qué clase de cosas comentaría con ella?».

Buscó el sobre amarillento en su bolso. Se sentó en una de las mecedoras y miró nuevamente su tinta desvaída, la letra perfecta de Barto que acusaba horas y horas de ejercicios infantiles de caligrafía en un cuaderno de doble raya. Aunque su curiosidad era mucha, decidió que no lo abriría. Al menos no por ahora. Ya era suficiente con haberse metido a la casa de su madre, ¿Qué pensaría Barto si supiera que además de no entregarle las cartas a doña Esperanza, ahora se había metido a su casa?

El de Barto, como le decían en la cárcel, era uno de los más famosos casos de fraude financiero en el país. Cuando lo conoció Barto estaba cumpliendo el doceavo año de una sentencia que por cargos acumulados sumaba diecisiete años. Casi desde el inicio de su condena buscó ser extraditado a España, su país natal, pero la burocracia diplomática y la corrupción mexicana seguían prolongando el proceso. Aún así, Barto no perdía la esperanza.

—Si me extraditan saldré libre en menos un año —le dijo entonces.

Lo vio por primera vez en el reflejo de la ventana del comedor de visitas. Caminaba con ligereza, como con la conciencia de que la dimensión del tiempo en la cárcel es muy distinta a la prisa con que transcurren los minutos y las horas en el mundo libre. Aún desde lejos, Helena pudo percibir que a pesar de los pantalones y la

camisa caqui que lo uniformaba con el resto de los presos, Barto tenía un aire de seguridad que lo hacía ver diferente.

Debía tener unos 46 años y aunque se veía viejo y descuidado, era posible adivinar que tras esa apariencia mermada había un hombre todavía atractivo. Sin quererlo, imaginó su cara en una de esos programas de computadora que con un click reconstruyen el rostro quitándole la carga de los años: primero suavizando las arrugas en la frente, eliminando las patas de gallo y jalando la piel; luego arreglando y blanqueando los amarillentos dientes; más adelante insertándole un poco, solo un poco de cabello para recuperar ese movimiento suave que seguramente había tenido su melena color miel.

—¿Qué quiere saber de mí? —le preguntó Helena cuando se dio cuenta que había vencido la resistencia inicial de Barto a hablar con ella.

—Pues primero, que no me hables de usted. Segundo, que me cuentes qué haces y por qué te interesa escribir sobre fraude financiero. No creo que sea divertido para una muchacha joven meterse a esos temas. ¿Cuántos años tienes?

Helena le dijo que tenía 24 años y le contó que desde niña escribía cuentos e historietas. Le dijo que su pasión eran los videojuegos, que podía pasar horas frente a una pantalla acumulando puntos y puntos y que en su novela el personaje principal ganaría puntos metiéndose a los ordenadores de otras gentes para robarles información.

—El chiste es que lo hará sin que nadie se de cuenta de lo que está haciendo. Exactamente como tú lo hiciste.

—Llevo muchos años encerrado y sé que las cosas han cambiado radicalmente. Probablemente tú sabes ahora más que yo de computadoras ¿Qué te hace pensar que lo que yo sé todavía puede servir?

—Hay cosas que no tienen que ver con la tecnología. En tu caso no fue solo lo técnico lo que te hizo ganar tanto dinero.

—No sé en realidad cómo te puedo ayudar. Y dime, es Helena ¿con hache o con E?

—Con hache.

—Como Helena de Esparta, la causante de la guerra. Los nombres marcan, ¿no crees?

—No lo había pensado. ¿Te marcó llamarte Bartolomé?

—Vale, olvídalo, son tonterías...

Barto le dijo entonces que la información siempre tenía un precio y le preguntó si estaba dispuesta a pagarlo.

—Ya te dije que no tengo dinero —le respondió evitando su mirada. Había temido que Barto pusiera condiciones y no estaba segura de cómo reaccionar ante esa posibilidad.

—¿De dónde sacas que es dinero lo que quiero? —preguntó Barto—. El dinero nunca ha sido problema para mí, eso deberías saberlo. No te diré ahora cuál es el precio, piensa más bien qué estás dispuesta a dar a cambio de la información. Si decides seguir ven a verme la próxima semana.

Aunque nunca se sentía segura en el terreno de la seducción, Helena confió en que tendría la habilidad de evadir el pago que Barto seguramente demandaría «los

hombres siempre quieren lo mismo» y supo que tendría que hacer varias visitas antes de convencerlo de hablar más abiertamente con ella. Quizá no fue así antes, pero en la cárcel Barto parecía ser como ella, un tipo solitario, ansioso de tener compañía y de sentirse querido. Seguramente valoraría el poder hablar con alguien que lo hiciera salir del encierro y romper la monotonía de sus días. Decidió que se aprovecharía de esa debilidad de Barto y poco a poco, sin que él se diera cuenta, le sacaría sus secretos y aprendería de sus técnicas, pero lo más importante era que él le ayudaría a romper su timidez y le enseñaría a socializar, a moverse con soltura en un mundo que la aterrorizaba. Barto encerrado no representaba un peligro para ella y estaba segura de que podría manejar la situación sin comprometerse. Si podía ganarle la partida, si lo convencía de contarle su historia, ella sería la ganadora y se demostraría a sí misma y al mundo que podía ser mejor que el mejor. Si para eso había que pagar un precio, pues ya pensaría entonces qué hacer.

El gruñido de sus tripas la sacó de sus recuerdos. Helena se levantó de la mecedora y decidió que saldría a buscar algo para llenar el refrigerador.

III

Barto vivía solo en una celda que se medía por pasos, cuatro hacia delante, cuatro hacia los lados. En condiciones normales se hacinaban ahí hasta cinco o seis presos, aunque el espacio apenas era suficiente para un catre pegado a la pared con sus desvencijadas colchonetas, un viejo televisor, un percutido retrete junto al amarillento y minúsculo lavabo y una pequeña parrilla eléctrica en la que Barto calentaba agua para café e incluso cocinaba arroz, huevos o carne.

—La comida aquí es intragable —le dijo a Helena la primera vez que la invitó a conversar en ese opresivo espacio por el que pagaba una cuota mensual de 300 pesos. Helena se sentó en el borde del catre y recorrió con la mirada los afiches de la pared. Uno mostraba un enorme castillo con una espectacular vista al mar, en otro se veía un acantilado donde las olas se rompían con violencia. Un cartel más mostraba a una rubia de cabello largo con los senos desnudos y en otro más dos mujeres se besaban. Al lado de este había una pequeña estampa del Sagrado Corazón de Jesús.

—¿Dónde es ese lugar?— preguntó señalando el cartel del castillo.

—Es mi ciudad, Alicante. Ahí nací y crecí. No quiero morirme sin volver a ver el Mediterráneo. ¿Has estado en Europa?

—No todavía, pero pienso hacerlo pronto— respondió Helena.

—Si vas no dejes de conocer mi tierra, es hermosa —dijo Barto mientras preparaba un café en un pocillo de agua hirviendo sobre la parrilla eléctrica. Volteó a mirarla y adivinó la tensión de su cuerpo en la posición extremadamente recta en que se había sentado sobre la orilla del catre. Le sonrió y le extendió la taza de café.

—Siéntate más cómoda. Todo está tan limpio como puede estar en este lugar.
Y no te preocupes que todavía no te voy a pedir que me pagues lo que me debes.

Helena trató de sonreír, pero la traicionaban los nervios. Le había pedido que hablaran en el comedor de visitas, pero Barto insistió en mostrarle la celda. Se reía abiertamente de sus temores y los provocaba cada vez que podía.

—¿Cómo es que tienes una celda para ti solo cuando la mayoría comparten? —preguntó ella para desviar la conversación.

—Aquí todo tiene precio —respondió Barto todavía sonriendo—. Sólo hay que saber cómo comprarlo.

Barto le contó que tenía una pequeña fortuna hecha del dinero de los otros reclusos. Actuaba como banco y como tal, era agiotista y devastador con los incumplidos, pero también podía ser benevolente y prestar dinero sin condiciones.

—Algunos me quieren mucho, otros me quisieran ver tres metros bajo tierra —dijo pasando con suavidad el dedo índice sobre el dorso de la mano de ella—. Tienes manos muy bonitas, me gustan tus dedos largos. ¿Nunca te pintas las uñas?

—No, no me gustan las uñas pintadas —respondió Helena retirando su mano—. ¿Y cómo te hiciste de dinero aquí?

—Son bonitas las uñas pintadas, especialmente las de los pies. ¿Te pintas las uñas de los pies? Me gustaría verlos. Helena desvió la vista y se encontró con la mirada de la mujer de los senos desnudos. Se sentía acorralada en esa celda y por impulso se levantó del catre.

—Me tengo que ir, Barto —dijo.

Barto la tomó de los hombros y la empujó suavemente para que volviera a sentarse.

—Está bien, está bien, ya no te pregunto más sobre las uñas. Siéntate. ¿Qué más quieres saber?,

Barto le dijo entonces que desde su llegada a la cárcel se propuso mantener buenas relaciones con los administradores del penal, pues sabía que el bienestar en ese lugar tendría un precio.

Aunque la mayoría de los fondos de sus cuentas fueron congelados a partir de su encarcelamiento, encontró la manera de ir comprando esos privilegios, primero con dinero que le enviaba su madre desde España y luego amasando su propio capital con la venta de alcohol al interior del penal.

—¿Alcohol? ¿No se supone que está prohibido dentro del penal? — preguntó Helena.

—Te falta mundo tía...Tienes que entender primero que aquí todo mundo quiere sacar tajada. ¿Qué haces entonces? Te buscas aliados dentro y fuera de la cárcel. Luego repartes dinero a los administradores, a los custodios, pones a todo mundo contento y así te dejan de joder. Si no fuera así, tú no podrías estar aquí dentro ahora. Si guardas las apariencias y no te pasas la raya, te dejan hacer lo que quieras.

A pesar de su pequeño imperio, Barto fantaseaba con el día en que sería extraditado a España. Extrañaba la buena vida. Soñaba con ella.

Amaba el buen vino, las mujeres y sus perfumes caros, los restaurantes elegantes, los autos deportivos... Amaba el poder del dinero y la rendición que provoca. Añoraba la sensación de grandeza que alguna vez le dio su pluma y su firma. Disfrutaba

enormemente de sus recuerdos y parecía salir de la cárcel en el instante en que se los contaba a Helena.

—La hubieras visto —le dijo una vez al contarle una de sus conquistas—. La tía era muy guapa, elegante como las sevillanas. Tenía la piel muy tersa y unos ojos como de gato, grandes, verdes, con una pupila así de grande. Estaba casada con el dueño de una casa de bolsa que siempre estaba con cara de aburrido. Bastaba con verla para saber que era mucha mujer para ese vejete, que la idea de la aventura podía seducirla fácilmente. La encontré en una de esas fiestas de ricachones y no tuve que hacer mucho para convencerla. Después de charlar unos minutos nos escapamos al balcón. La besé y nos seguimos de largo.

Barto le contó que esa noche su objetivo no era el beso, aunque por supuesto, la mujer era hermosa. Pero ella y ese beso furtivo le abrieron las puertas no solo de la alcoba matrimonial, sino del mundo financiero del marido, de sus estados de cuenta bancarios, de sus transacciones en el mercado bursátil, de los números de su chequera, de su firma, de todo aquel papel detrás del cual podía esconderse una fortuna.

—¡Era tan fácil! —le dijo—. A veces bastaba ir al banco por unos minutos. Me paraba detrás de alguien que estuviera escribiendo algún cheque, miraba el número de cuenta y el número de router...Con eso y un ordenador yo hacía milagros.

Barto no solo era muy carismático, pensaba Helena al escucharlo. También podía ser un conversador articulado e inteligente y sabía mentir con elocuencia. Pensó en lo fácil que sería enamorarse de un hombre así.

Su mina de oro, le dijo, la encontró en México a finales de los años ochenta.

Llegó al país de vacaciones, disfrutando del último movimiento que había hecho en las cuentas bancarias de un empresario sueco, a quien le había sacado varios miles de dólares en una transacción cambiaria.

Su primera noche en el puerto de Acapulco la pasó en un prostíbulo de quinta, en la Zona Roja, rodeado de putas descuidadas y entradas en años, que usaban shorts, camisetas sin manga, chancletas de hule y excesivo maquillaje. Bebían noche tras noche y olían a alcohol digerido y a tabaco.

A Barto le gustaban las putas finas —de esas que prefieren que las llamen damas de compañía— pero las de arrabal, lo divertían. Eran más ligeras, más espontáneas y no trataban de pasarse de listas. Ellas cumplían y hasta daban pilón por una generosa propina. Esa noche fue larga en el burdel de la avenida Cuauhtémoc. Todas las putas bebieron mezcal, tequila y cerveza a sus anchas y los clientes, entre los que había soldados y policías del puerto, celebraron a carcajadas las ocurrencias de ese gachupín ebrio que no cesaba de repetir que México era su «puta Madre Patria», su destino, el lugar en el que se quedaría por un largo rato.

El amanecer lo sorprendió tirado sobre la playa, a unos metros de la costera Miguel Alemán, con una resaca que le partía la cabeza en dos. Habría matado por una cerveza. Metió las manos en los bolsillos solo para constatar que no tenía un centavo y que tendría que convencer a algún taxista de que lo llevara hasta el hotel Princess, en la playa Revolcadero, en donde había alquilado una lujosa habitación.

Ya instalado en el puerto, compró los diarios para familiarizarse con Acapulco y su gente. Devoró las revistas de sociales, paseó por los mejores bares y hoteles, preguntó mucho y supo quiénes eran los ricos y dónde solían reunirse. Poco a poco, se

fue metiendo en ese mundo de políticos, banqueros, empresarios, nuevos ricos y estrellas del mundo del espectáculo que lo aceptaron casi sin chistar, que creyeron sus cuentos sobre sus negocios en Europa y que le abrieron las puertas de sus casas y de sus reuniones, y muchas veces, sin darse cuenta, compartieron sus mujeres.

—No hay fraude perfecto sin seducción —le dijo mientras le daba un sorbo a su segunda taza de café—. Las computadoras son solo una herramienta. Puedes ser un genio manejándolas, pero eso no te garantiza éxito. Hay muchas cosas que dependen de uno.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Helena

—¡Coño! claro que lo creo tía. Yo empecé sin la sofisticación que tienen hoy las computadoras. Con sistemas mucho más sencillos y vulnerables, pero ahora podría hacerlo mejor.

Helena lo escuchaba con admiración y procuraba elogiarlo tan seguido como pudiera. Había descubierto que Barto era pretencioso y disfrutaba los elogios tanto como los cigarrillos Gitans, los antojos y las revistas especializadas que ella le traía cada semana para tenerlo contento. Así había podido mantener a raya sus avances y por momentos Barto parecía olvidar que quería cobrarle un precio por su información. Cada vez que salía del penal respiraba relajada. Barto le simpatizaba mucho e incluso disfrutaba su compañía, pero no podía soportar la idea de que un hombre quisiera ponerle las manos encima.

IV

Barto sabía que le seguían la pista.

Huyó de España en cuanto supo por uno de sus contactos que agentes de la policía antifraudes estaban haciendo preguntas en el vecindario. Se había equivocado al meterse en las cuentas del empresario Alejo Perdomo, a quien había conocido en una subasta de arte. Por alguna razón que nunca comprendió cabalmente, Perdomo no confiaba en él y con frecuencia le hacía preguntas que escondían el propósito de hacerlo caer en una mentira. Quizá el empresario sospechaba que se estaba tirando a su mujer y por eso relacionó el faltante en una de sus cuentas con los papeles que había extraviado la noche en que él, su esposa y Barto se habían ido de juerga. Barto conjeturaba que Perdomo había informado a la policía antifraudes sobre una transferencia de fondos que solo podría haberse hecho con información privilegiada y eso lo puso como el primer sospechoso. Barto pensaba además que aún antes del caso Perdomo, la policía ya lo traía entre ojos.

En México se sentía seguro. Su nueva identidad le permitía moverse con libertad y pensaba dejar pasar un tiempo considerable antes de hacer operaciones en grande.

La primera que hizo con la información que sustrajo del portafolio de Felipe, el asistente personal de un banquero provinciano, le permitió crear una cuenta propia desde un computador y desviar hacia ella más de medio millón de pesos mexicanos.

—Simplemente me metí a su sistema usando su propio código, modifique la ruta y moví el dinero sin dejar el más mínimo rastro —le dijo a Helena—. Desvié muy

poco dinero porque no quería hacer ruido. Me mantuve en contacto con Felipe y supe por él que su jefe estaba muy afligido porque habían detectado un fraude dentro del banco. El pobre no tenía ni idea de cómo pudo haber sucedido, pero se sentía culpable porque una noche en que nos fuimos de parranda descuidó el portafolio de su jefe. Nunca se imaginó que yo estaba detrás de eso —dijo riéndose.

—¿Desde dónde trabajabas? —preguntó Helena.

—Desde donde hubiera una terminal de computadora. En Acapulco los hoteles empezaban a tener espacios con computadoras para uso de los huéspedes y mi acento me ayudaba para hacerme pasar por huésped.

Pero el medio millón de pesos que obtuvo en esa transacción le duró poco.

—En esta profesión hay que invertir mucho dinero, Helena. Si quieres que te la crean, no puedes verte como pobre, ni comportarte como pobre. Y el disfraz de rico demanda gastar como rico, vestir como rico, comer como rico y por supuesto tener los modos de un rico. El medio millón de pesos se fue en ropa, pago de hoteles, comidas, cenas, vinos y uno que otro regalito para las mujeres.

El dinero empezó a escasear y Barto decidió que era tiempo de cambiar las paradisíacas playas del pacífico mexicano por el smog, el tráfico, el ruido y la vorágine de la ciudad de México. Faltaban solo unos meses para que un fatal descuido no sólo lo pusiera en la mira de la Interpol y acabara con su meteórica carrera de defraudador, sino también lo introdujera al mundo caprichoso y oscuro de la justicia mexicana, en donde la osadía de meterse con empresarios y políticos poderosos se pagaba más que caro.

V

—Entonces qué, muñeca, ¿aceptas el trago?

—Ya le dije que no señor.

Helena sintió la mirada lasciva del hombre resbalando sobre sus senos y contuvo las ganas de aventar la charola de vasos sobre su cara cacariza y enrojecida. El hombre estaba sentado en una mesa cercana al estrecho pasillo por el que entraban los clientes y la luz amarillenta que caía sobre la gruesa mesa de caoba endurecía aún más sus facciones. Sobre su cabeza flotaba una espesa nube de humo de cigarillo. Helena pensó que los borrachos rara vez se ven así mismos. «¿Cómo se atreve este tipejo a pedirme que me siente con él a tomarme un trago? ¿Acaso no se ve todos los días al espejo, gordo, detestable, viejo?» Estaba harta de tratar con los burócratas ebrios y oficinistas que día a día llegaban a ese bar donde el tiempo se detenía en las fotos deslavadas y cochambrosas de toreros que tapizaban las paredes. Detestaba la atmósfera oscura y viscosa del lugar, la alfombra sucia y su inevitable tufo a cigarro, ese mismo tufo que ahora le explotaba en la cara mientras se dirigía al borracho.

—Aquí esta su cuenta, señor. No se le va a servir más.

—¿Quién dijo que ya me voy? ¿Tú?, ¡Nada de eso, sudaca! Anda, tráeme otro whisky y ven a sentarte conmigo.

—Vaya a tomarse su whisky a otro lado. Aquí está su cuenta —dijo Helena aventando el pedazo de papel sobre la mesa. Cuando dió media vuelta sintió la mano regordeta del hombre sobre el culo.

—Vuélvame a poner la mano encima y le rompo la jeta, viejo pendejo!

—Deberías agradecer que alguien quiera pagarte los tragos, sudaquita. Y agradece que no traigo a la policía migratoria.

—Borracho de mierda —musitó entredientes—. La vas a pagar.

En la barra le pidió a Rodrigo, un mesero amanerado a quien consideraba su único amigo en España que recogiera la cuenta del borracho.

—Si vuelve a decirme algo le estrello la botella en la cabeza —le dijo.

Unos minutos después Rodrigo regresó con la tarjeta de crédito del cliente.

—Aquí tienes corazón. Ese tío se puso como una cuba. Lo vamos a echar una vez que le cobres.

Helena se dirigió a la caja detrás de la barra repleta de vinos y licores. Echó un vistazo rápido a los pocos clientes que quedaban y constató que nadie la miraba. El borracho balbuceaba algo a la única pareja que tenía enfrente, mientras un par de hombres en la mesa contigua parecían concentrados en las fichas del dominó. Con habilidad deslizó la tarjeta de crédito por la barra magnética dos veces. La primera para cargar el monto de los tragos y su propina; la segunda, para clonarla. En la pantalla de la computadora tecleó la información sobre el consumo del cliente y en otro archivo escribió el código de seguridad. Presionó el comando para grabar y envió la información a la memoria portátil conectada en la parte posterior del ordenador. Imprimió el recibo y se lo dio a Rodrigo.

—¿Le cobraste la nalgada? —preguntó.

—La incluí en la propina. Esa es toda para ti y el guardia.

Desde la caja Helena vio forcejear al borracho, la camisa desfajada, la corbata floja, la cabeza colgando sin voluntad. Manoteó y resistió hasta que Rodrigo y el guardia prácticamente lo arrastraron hacia la puerta.

Ese tipo no se acordará mañana de nada, pensó Helena mientras desconectaba la memoria portátil y la guardaba en el bolsillo trasero de sus ajustados jeans.

Eran las dos de la mañana cuando regresó a casa. Antes de irse a la cama, prendió la computadora, conectó la memoria y buscó la página de Caixa Barcelonesa. Una vez ahí, rompió el código de seguridad y metió la información de la tarjeta de crédito del borracho. El hombre tenía dos cuentas, una era un certificado de depósito y la otra una cuenta de cheques. De ahí tomó 1,500 euros y los fue moviendo de una cuenta a otra hasta eliminar la última huella. Finalmente borró la información de la memoria. Lo había hecho así durante los dos últimos meses en los que había trabajado en por lo menos tres diferentes bares en la ciudad. Con el monto de estas pepueñas operaciones acumulaba ya un pequeño capital que le permitiría empezar a moverse sin problema en ese círculo social en el que planeaba dar sus siguientes golpes.

Abrió el archivo de Word en el que guardaba sus notas de las conversaciones con Barto y al empezar a leer se transportó al momento en que le habló de los riesgos de quedarse en un lugar por mucho tiempo.

—En este oficio no puedes quedarte quieto. Siempre tienes que estar listo para correr. No te puedes encariñar ni con las personas, ni con los lugares. Lo importante es que sepas identificar el momento para moverte y hacerlo que parezca lo mas natural.

—¿Cómo identificas ese momento? ¿Cómo sabes que ya llegó? —preguntó.

—Lo sabes, lo intuyes. No hay recetas, Helena. Por más que quieras que te lo explique, no hay un manual del defraudador... Lo más difícil no es el fraude, sino amarrar tus piezas para que nadie sospeche nunca de ti. Cuando una pieza falla, empiezan los problemas. Y a propósito, quedamos en que me ibas a mostrar algo de lo que has escrito. ¿Lo trajiste?

Frente a la computadora Helena revivió el desconcierto y la incomodidad que le provocó la pregunta, pero sobre todo su respuesta, que sin pensarlo, la metió en un terreno que cuidadosamente había tratado de evitar.

Estaban solos en el taller de repujado en el que Barto trabajaba entre semana. Una mesa cubierta de rodillos, pedazos de estaño, pinceles y trozos de madera se interponía entre ellos. Desde su lado, Helena contempló los carteles que tapizaban las paredes de ese reducido espacio. Todos mostraban mujeres semidesnudas. La de enfrente era rubia y con aires de Marilyn Monroe, el cuerpo echado para adelante, la mirada provocadora, la boquita fruncida y sus manos sosteniendo unas enormes tetas que ofrecía como toronjas jugosas. Otra más estaba de espaldas, sentada de loto sobre la playa, con la cara volteada hacia la cámara, su redondo trasero cubierto con una miniatura de tela. Una más estaba montada sobre una moto, sin nada de ropa encima, excepto las botas negras que cubrían hasta la mitad de sus muslos.

—No, no traje nada. Estoy atorada en una escena que no puedo resolver —titubeó Helena.

—¿Qué escena? —preguntó Barto acercándose a la puerta. Helena se movió incómoda en la silla. La mujer de las tetas como toronjas la miraba fijamente.

—Mmhh... es un acercamiento entre el personaje principal y una mujer.

—¿Un acercamiento sexual? —preguntó Barto sonriendo.— Venga, cuéntame cómo va la escena, de qué se trata.

—No, no, no. Prefiero resolverla sola —dijo Helena dándose cuenta de la trampa en que se había metido. La mujer de la moto tenía una sonrisa burlona. La curva entre la espalda y la cintura era suave y le daba un perfecto volumen a sus nalgas. Tenía un aire decidido que Helena envidiaba en ese momento.

—Venga, venga, déjate de niñerías y cuéntame. Es más, vamos a actuarla. ¿Es ella la que trata de seducirlo, o es él quien inicia?

—Pues...—dudó Helena—. Bueno, pues ella está en esa fiesta con su marido. Él la ve desde lejos y se acerca. La atracción entre los dos es evidente por la manera en que se miran. El marido se aleja a buscar un trago y él aprovecha el momento. La invita a respirar aire fresco en el balcón.

—Venga, que reconozco esa escena. Párate ahí, cerca del lavabo.

Muy a su pesar, Helena lo obedeció. La mujer del redondo trasero sobre la arena tenía ojos tristes. Barto recorrió despacio los cuatro pasos que lo separaban de ella. Cuando estuvo lo suficientemente cerca levantó con delicadeza la barbilla de Helena y la obligó a mirarlo a los ojos. Helena sintió ganas de correr.

—Describe cómo te estoy mirando —ordenó Barto.

—No, no me gusta el juego, Barto.

—Descríbelo. Describe cómo te miro, dime qué ves en mis ojos.

—No...

—Descríbelo —repitió Barto acercándose más a su cuerpo.

—Me inhibe tu mirada. Tu expresión es diferente —titubeó—. Ya dejemos este juego, por favor.

—¿Te gusta que te mire así? ¿Qué sientes?

—Me pone nerviosa.

Barto pasó un brazo alrededor de su cintura y la acercó a su cuerpo. Helena sintió su rostro entrometiéndose entre los rizos de su cabello, lo sintió oliéndola, aspirando serenamente cada centímetro de su cabeza. Sintió el sexo masculino hinchándose junto al suyo. La estremeció el susuro de su voz cerca del oído.

—Helena, Helena, que hermosa eres.

—Me tengo que ir Barto.

Barto posó el dedo índice sobre sus labios y la hizo callar. Dibujó lentamente el contorno de su boca, que sin la menor resistencia, con una voluntad que parecía ajena se abrió para recibir ese beso sin prisa, que la transportó al interior de su propio cuerpo, desde la humedad que iniciaba en la boca y se extendía hacia los senos y su sexo, hasta las terminaciones nerviosas que se confulaban para erizarle la piel y hacerle sentir un cosquilleo que le impedía separarse de los labios de Barto. Hubiese querido detener el tiempo, pero no, no podía dejarse llevar.

Empujó suavemente a Barto y sin mirarlo recogió sus apuntes. Echó un último vistazo a las mujeres y lamentó su condición de afiches condenadas a provocar.

—Adiós, Barto.

—No te vayas, Helena. Quédate un rato más. Prometo portarme bien.

—No puedo. Vuelvo la semana que entra.

Cerró la computadora y acomodó las palmas de las manos sobre sus ojos. Ese beso aún la obsesionaba. ¿Se había enamorado de Barto? «No, no me enamoré de Barto, es un viejo. Pero nadie nunca me había besado así. Hubiera dejado que me besara mil veces...»

VI

Barto no tenía una educación formal en ingeniería de sistemas, sin embargo, su habilidad para entender el funcionamiento de las redes la descubrió mientras cursaba el bachillerato y trabajaba por las noches como asistente de redacción en un periódico local de Alicante.

Su trabajo consistía en esperar y tomar los datos que los periodistas pasaban por teléfono cuando estaban en asignaciones fuera de la redacción. Generalmente eran reportes policiacos que llegaban entre las ocho y las doce de la noche, lo cual le dejaba suficiente tiempo libre para explorar la vieja PC de pantalla verde que tenía frente a si todas las noches.

Cuando no tenía trabajo iba al sótano a buscar a Manolito, un tipo hosco y retraído que tenía a su cargo la operación del sistema. En esos tiempos libres entre café y cigarros, Barto convenció a Manolito de enseñarle a trabajar con computadoras y muy pronto entendió el flujo de información a través de las redes, se familiarizó con el funcionamiento del ordenador central y aprendió cómo seguir lo que cada reportero escribía en el mismo momento en que lo hacía. Aprendió también a solucionar problemas técnicos cuando éstos afectaban la producción en la redacción.

Para entonces tenía dieciocho años y empezaba a vislumbrar el mundo que abrían las computadoras, pero aún estaba lejos de descubrir el enorme provecho que obtendría de ellas.

—Manolito tenía una novia en el bar de tapas que estaba enfrente del periódico —le contó a Helena mientras caminaban alrededor de la cancha de fútbol—. Ella era mesera y terminaba su turno por ahí de las once de la noche. A Manolito le gustaba encaminarla a su casa, así que cuando se dio cuenta de que yo sabía ya bastante, me pidió que lo cubriera por unos minutos mientras salía a acompañar a esa tía. Las primeras veces regresó a los diez minutos, pero después se confió y regresaba a los treinta minutos. En una ocasión regresó dos horas después. Tu estás muy joven, quizá nunca viste esas viejas PC's.

—No, nunca —dijo Helena—, aunque se de qué estás hablando. Supongo que cuando tú aprendías a manejar esas máquinas de dinosaurios yo empezaba a caminar. Yo soy de la generación de las laptops.

Barto sonrió.

—Cuando prendías esas máquinas aparecía una pantalla verde y lo único que veías era la palabra login y un signo de mayor.

—Unix —replicó Helena.

—Sí, claro. Ponías el usuario, la contraseña y dale, estabas dentro del sistema operativo. No eran máquinas tan sofisticadas como ahora, pero al final de cuentas, todas trabajan con sistemas operativos específicos y sus sistemas de seguridad siempre tienen huecos, son igual de vulnerables.

—Aunque según he leído, ahora es más complicado romper sus códigos —atajó Helena.

—Probablemente ahora te tardas más, pero al final de cuentas los sistemas son hechos por humanos, así que pueden ser alterados por humanos. Es cuestión de

paciencia, de entender sus comandos y lenguajes. Ya sabes de qué hablo. Oye ¿y tú no te aburres de hablar del mismo tema? —le preguntó de pronto.

—No, la verdad me gusta mucho hablar de esto— reaccionó sobresaltada Helena.

—¿Y tu novio que dice? ¿A él también le apasiona?

Helena se puso en alerta. No quería hablar de sí misma ni de su situación personal, pues temía que la relación se moviera a donde ella no quería. Habían pasado poco más de dos meses desde su primera visita al penal y no había avanzado mucho en su propósito de sacarle información de provecho a Barto. En realidad Barto estaba lejos de ser un típico nerd y por lo que ella se daba cuenta, no tenía mucha curiosidad sobre nuevas tecnologías. Quizá el encierro le había matado el apetito por aprender. Por otro lado tampoco sentía que aprendía de sus aventuras. A diferencia de ella, Barto era extremadamente carismático y desinhibido y eso, muy a su pesar, no era contagioso. Sin embargo, ella disfrutaba enormemente esas tardes de visita en el penal, porque por primera vez, sentía que podía relacionarse con un hombre siendo ella misma y hasta llegó a considerarlo como su amigo. El problema era que Barto no compartía el mismo interés que ella por hablar de su pasado. Helena había comprobado además que Barto era un gran conversador, de esos que, sin que el interlocutor se dé cuenta, llevan la plática hacia donde ellos quieren y sutilmente van sacando gota a gota la información que buscan. De pronto, Helena comprendió que esa era una de las herramientas de Barto y que por lo tanto, tenía que aprenderla.

—No tengo novio —le dijo sin mirarlo a los ojos. No tengo tiempo para eso.

—Deberías de dártelo. Eres muy linda. ¿Has visto como te miran los otros presos? Dicen que eres mi novia.

—Barto...no empieces con eso. Los presos me miran así porque están presos. Así miran a cualquier mujer que entra a este lugar.

—Si y no. Si lo vemos por el lado sexual, te doy la razón. Cualquier mujer que entra aquí se vuelve de inmediato en algo deseado, es algo tan natural como tener hambre, tener frente un apetitoso manjar y no poder comerlo. Eso se resuelve poniendo un afiche en la pared. Pero está la otra parte, la emocional, la que no te resuelve el afiche, la que trae a la memoria olores, sensaciones, miradas, intensidades. Eso es lo que muchos fantaseamos cuando vemos a una mujer por aquí ¿Entiendes?

—No pienso en eso cuando vengo a verte y tampoco quisiera pensarlo —dijo Helena con sequedad—. ¿Crees que podamos seguir conversando sobre tu vieja PC?

—Quiero estar contigo, Helena. No quiero hablar de computadoras ¿No lo entiendes?

Helena fijó la mirada en las uñas de sus manos y parecía concentrarse en jalar un pellejo de una de ellas. Necesitaba pensar rápido y responder algo que la sacara del callejón al que se había metido, pero antes de que viniera la respuesta, Barto la tranquilizó.

—Vale, vale, no te asustes tanto, niña. Sólo cuéntame de tu novio.

Helena respiró aliviada, aunque seguía luchando por arrancar el pellejo de su dedo índice.

—Ya te lo dije, Barto, porque no tengo tiempo, porque no es una prioridad para mí, porque no siento que necesito tener novio. Eso es todo. ¿No estás pensando en cobrarte por hablar conmigo, o sí?

La pregunta era estúpida, pero sabía que de la respuesta dependía que siguiera visitando a Barto en el penal. No quería dejar de verlo, pues estaba convencida de que no tenía ni la mitad de la información que estaba buscando, pero tampoco concebía la idea de tenerlo encima de su cuerpo, tocándola, manoséandola, violentando su intimidad.

Barto parecía estar leyendo sus pensamientos.

—No, no quiero cobrarte. No todavía. Me gustas mucho, Helena. Desde que llegaste la primera vez no pienso más que en verte cada jueves., sueño con besarte, tocarte toda, tenerte para mí solo.

Helena volvió a callar. Otra vez no encontraba la respuesta. Barto rompió el silencio nuevamente.

—Ven, dame la mano.

Helena metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Quería alejarse del lugar lo más pronto posible, salir y no regresar.

—No te voy a forzar a nada, Helena, te lo prometo, pero quiero que la próxima vez que vengas estemos solos tú y yo, y para eso, te voy a registrar para visita conyugal.

Helena palideció. La angustia la ahogaba. Por primera vez tuvo necesidad de ser completamente honesta con Barto. Si no le contaba su secreto, tendría que dejar de verlo y aún no estaba lista para ello.

—Barto, no puedo, de verdad no puedo. No soporto que me toque un hombre —dijo sin mirarlo—. Es horrible...

Barto enmudeció por unos instantes. No necesitaba una explicación, adivinó el trauma detrás de los ojos llorosos de Helena. La violencia contra las mujeres lo enardecía.

—¿Quién fue el hijo de puta? —preguntó.

—Fue hace mucho, desde que tenía once años.

Un silencio pesado llenó el espacio. Helena seguía mordiéndose las uñas y miraba hacia el piso. Barto se acercó a ella.

—Ven, ven acá —dijo acercándola a su pecho. Le acarició y besó el cabello, mientras lo invadía una sensación de ternura infinita, de querer protegerla, cuidarla y sobre todo, no hacerle daño.

—Mi niña...

Esa tarde Helena salió del penal con una sensación de incomodidad que le duró varios días. Al llegar a su casa, se fue directamente al espejo y se estuvo contemplando durante un largo rato hasta que llegó a la conclusión de que no era bonita.

Se sentía triste y enojada no sólo por haber abierto su corazón a algo que estaba muy escondido, sino también porque no tenía una respuesta real a la pregunta de Barto de por qué no tenía novio. Frente al espejo se daba cuenta de que aunque no identificaba una necesidad afectiva, se sentía muy sola y con frecuencia deseaba ser

abrazada y confortada como cuando era niña y su padre la sentaba en sus piernas para contarle un cuento hasta que se dormía. Añoraba la sensación de calor hogareño que perdió cuando sus padres murieron en un accidente y ella fue enviada a vivir con unos tíos lejanos a los que hasta entonces solo había visto durante unas vacaciones en Parácuaro, su pueblo natal. Entonces tenía once años y nunca pudo quitarse la sensación de estar arrimada en esa casa de tíos y primos desconocidos. Recordó con claridad la noche en que su tío se metió en su cama y le tocó los senos nacies, las nalgas y la lastimó metiéndole los dedos en la vagina. Se sintió avergonzada y aterrorizada pero no pudo decir nada. La siguiente noche su tío la visitó una vez más y repitió su hazaña. La tercera noche la obligó a que se metiera su pene en la boca y la violó. Lo siguió haciendo noche tras noche y la amenazó con matarla si decía algo. Sus visitas eran cada vez más violentas. Un día le puso una pistola en el costado antes de violarla nuevamente.

—Si abres la boca te mato —le dijo—. Si te quedas calladita no te va a pasar nada.

La mañana siguiente, después del incidente con la pistola, el tío llevó una computadora nueva a casa y le regaló la vieja que sus primos usaban.

—Puedes usarla todo lo que quieras, siempre y cuando guardes nuestro secreto —le dijo—. Puedes usar los videojuegos también.

La computadora se volvió su escape del mundo real. Se convirtió en una niña solitaria que mataba a los malos en videojuegos e imponía sus reglas para ganar, siempre ganar las partidas. En esas horas frente a la computadora descubrió los chat-rooms en los que se autonombró “Fiona”. Luego agregó el “mystic” al sobrenombre. En

los chat-rooms se encontró con gente como ella, que se aliaban para derrotar a los malos y y cuando no era posible hacerlo, buscaban la forma de alterar los juegos para ganar, siempre ganar. En uno de esos foros leyó por primera vez la palabra hacker e investigó que significaba. Tenía una facilidad innata para entender ese lenguaje y el hecho de haber aprendido inglés desde niña le facilitaba las cosas. Seguía los foros con avidez y experimentaba con la computadora.

Se volvió cada vez más callada y su tío sacaba ventaja de ello, hasta que un día, cuando ella cumplió catorce años, el mayor de sus primos descubrió lo que hacía su padre y reaccionó con furia. Golpeó a su padre hasta dejarlo inconsciente y a ella le ordenó que se vistiera, la subió al auto y la dejó abandonada frente a un orfanatorio de monjas. Nunca más los volvió a ver. Mientras estudiaba la secundaria las monjas descubrieron su habilidad con las computadoras y le asignaron tareas específicas, como organizar bases de datos, algo que hacía con facilidad y le dejaba tiempo para seguir explorando el Internet y meterse a los chat-rooms. Pero no le gustaba la vida del orfanatorio, así que un día, decidió escapar y regresar a la ciudad de México.

Con un poco de dinero que robó a las monjas y con una muda de ropa que echó en una bolsa de plástico, escapó del orfanatorio y se dirigió a la central de autobuses, en donde compró el boleto que la llevaría de regreso a su ciudad.

Una vez en México, recordó con facilidad el camino a su casa, que estaba a sólo unas cuerdas de la terminal de autobuses. Miró con nostalgia el edificio en el que vivió con sus padres y sin dar tiempo a la tristeza, se encaminó hacia su vieja escuela, en donde sabía que encontraría a Jovita, la mujer de intendencia por la que su madre había sentido tanto aprecio y que con frecuencia la ayudaba con las tareas domésticas.

La esperó pacientemente afuera de la escuela y un rato después de que salió el último niño, apareció en el umbral de la puerta, con un vestido azul marino con pequeñas flores amarillas que la hacía ver un poco más gorda y encorvada. La miró hurgar en el viejo morral que colgaba de su hombro y sacar un cigarrillo que encendió mientras caminaba.

—Jovita —la llamó Helena.

Jovita tardó unos segundos en reconocerla y luego la abrazó con gran cariño.

—¡Helenita!, ¡Mira que grande estás!, casi no te reconozco. ¿Dónde están tus tíos? ¿Con quién viniste?

Helena la abrazó y se echó a llorar.

No recordaba ya por cuánto tiempo estuvo llorando, pero en su memoria estaba todavía fresca aquella sensación de contento que sintió cuando un poco más tarde, Jovita le sirvió un plato de sopa de pasta caliente y se sentó junto a ella para comer. En ese instante sintió que podía tener un hogar nuevamente. Las lágrimas le salieron a borbotones, mientras Jovita la miraba preocupada.

Helena le contó la historia con su tío y le suplicó no decirle a nadie lo que había pasado. Le dijo que su tío podía buscarla para matarla y le pidió quedarse con ella.

—Extraño mucho a mi mamá, Jovita... No quiero regresar con las monjas y no podría regresar con mis tíos. Quiero quedarme contigo.

—Mi niña Helena... yo estoy vieja y enferma y no tengo medios para ayudarte. Además eres menor de edad. Seguramente tus tíos vendrán a buscarte. Me puedes meter en un problema hasta con la policía.

—No creo que me busquen, Jovita. ¡Por favor déjame quedarme! Te prometo que te voy a ayudar, me voy a portar bien, te voy a querer mucho, por favor...

Jovita le dijo que tendría que pensarlo, pero tácitamente aceptó que durmiera ahí no sólo una noche, sino dos, tres, un mes, un año.

Se mudaron de vecindario y tras terminar la secundaria, Helena se inscribió en una escuela técnica para obtener un certificado en programación, aunque nada de lo que ahí enseñaban era nuevo para ella. Eran felices. Helena trabajaba como cajera en un supermercado y ayudaba a Jovita con los gastos de la casa y sus medicinas. Se sentía tan agradecida con ella que le compraba flores todos los días, cocinaba para ella, la llevaba al cine, a tomar café, a caminar a la plaza, la cuidaba como si fuera su propia madre y todavía le quedaba tiempo para sus videojuegos.

Era demasiado bonito para ser verdad, pensaba Helena, siempre que recordaba la repentina muerte de Jovita. Sucedió una mañana de junio, cuando después de tomarse su café y fumarse un cigarrillo dijo que se sentía mal y de inmediato se cayó al suelo.

—Fue una embolia fulminante —le dijeron los médicos en el hospital—. No se pudo hacer nada para revivirla.

Lo que vino después fue nuevamente la sensación de abandono, de estar a la deriva en un mundo en el que a nadie, absolutamente a nadie, le importaría lo que ella hiciera. Decidió que no estudiaría más y pasaba el tiempo tirada en la cama absorta en los videojuegos y en los chat-rooms, donde había encontrado una comunidad que compartía sus mismos intereses. Con ellos, protegidos tras el anonimato de la computadora, exploraba sitios altamente protegidos y debatía formas de romper

códigos de seguridad. Supo entonces que podía sacarle gran provecho a su habilidad con las computadoras. Fue casi dos años después de la muerte de Jovita, cuando una mañana, después de muchos meses de depresión, despertó con la certeza de que las cosas habían cambiado. No recordaba que hubiera pasado algo en particular, pero ese día se percató que la ropa que aún conservaba de Jovita ya no olía a ella, sino a trapo viejo, polvoso y olvidado. El espíritu de su Jovita ya no rondaba la habitación y nada lo evocaba. Era tiempo de empezar algo nuevo. Juntó las pertenencias de Jovita en una caja y las llevó a una iglesia cercana. Echó en una pequeña maleta un par de mudas y salió de la casa con la intención de no volver nunca más. Todavía le quedaba algo del dinero que le había dejado Jovita, suficiente para vivir por lo menos un año, antes de empezar a trabajar en lo suyo.

Se mudó a un barrio en el centro de la ciudad y casi de inmediato consiguió empleo como encargada del sistema de computadoras en un café/librería. Pasaba horas navegando en Internet y leía ávidamente sobre programación. En las tardes regresaba a su pequeño departamento y se tiraba en la cama a jugar Dead Space, uno de sus videojuegos favoritos. Seguía en contacto con sus amigos cibernéticos predilectos: PrinceOne, Babok, Oxhi. Con ellos, a quienes nunca había visto, ni vería en persona, hablaba sobre nuevos programas, *gadgets*, lenguajes encriptados, alteración de juegos o de cualquier otra cosa que la distrajera.

Una tarde en el café de la librería escuchó a hablar a un grupo de personas sobre Bartolomé Miranda. En su comunidad cibernética se le conocía como Jaguar Negro o Black Jag, pero le pareció extraño escuchar su nombre fuera de un chat-room. Helena se acercó a la mesa y se percató que la plática giraba en torno a un artículo

escrito en una revista sobre Bartolomé. Anotó el nombre de la publicación y a la salida del trabajo la compró. Fue después de leer el artículo que concibió la idea de visitar a Bartolomé Miranda en la prisión.

VII

Despertó con el ruido de la calle. Abrió las pesadas cortinas de la habitación y la blancura de la mañana entró con toda su fuerza. Afuera había una gran algarabía y la gente empezaba a amontonarse en la calle.

Se vistió con prisa y salió.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué hay tanta gente en la calle? —preguntó a la primera persona que encontró.

—¡Coño! ¡Que son las fiestas de la Virgen del Carmen, la patrona de los marineros, la patrona de Alicante! —le respondió un hombre robusto que parecía feliz de explicar la tradición de la fiesta—. Esta tarde tenemos la procesión marinera. Deberías venir. No todos los días se ve una fiesta así de grande.

—Gracias. Le prometo que lo haré.

Caminó por la Explanada España, una avenida ancha cubierta de mosaicos de colores que a esa hora de la mañana lucía animada por las decenas de hombres y mujeres —la mayoría viejos, que sacaban sus sillas de madera para sentarse a conversar y fumar frente al apacible mar mediterráneo, para tomarse un café o empezar la partida de ajedrez a la sombra de las palmeras datileras que crecían orondas a lo largo de la calle.

Pensó en el sencillo y apacible disfrute de la vida de esos españoles que conversaban animadamente. Pensó en Barto y en su minúscula celda. Lo imaginó fuera de ella, frente al mar, aspirando esa misma brisa marina que ahora llenaba su pulmones y la hacía sentir ligera. Lo imaginó libre, riendo a carcajadas, rodeado de

gente, seduciendo con sus historias inventadas a mujeres como ella. Sin quererlo sonrió. Sí, se dijo, ella también hubiera sido presa fácil para Barto.

La invadía una sensación de contento. La noche anterior había renunciado a su trabajo de mesera en la República y sentía que era tiempo de empezar a trabajar en serio.

Lo primero que haría sería ir a comprar algo de ropa, necesitaba un par de trajes sastres, blusas, un par de vestidos negros, zapatos de tacón, medias, maquillaje y algo de joyería. Luego iría a una estética para hacerse un corte de pelo y teñirse el cabello. También tendría que arreglarse las uñas y hacerse un pedicure. Tenía que transformarse y reconocer ese atractivo que supuestamente Barto había descubierto en ella. La suerte parecía acompañarla desde que pisó tierra española y ya era hora entonces de echar a andar el plan.

VIII

Esa mañana Barto estaba en su celda ocupado en arreglar los circuitos del viejo televisor que recién había adquirido cuando uno de los custodios le anunció la visita.

—Gachupas, tienes visitas. Te están esperando en el comedor.

—¿Quién es? —preguntó Barto con el rostro iluminado por la sorpresa.

—Alguien de tu embajada. Es un gachupín como tú.

Barto no ocultó su decepción. Súbitamente pensó que quizá Helena había regresado y venía a visitarlo. Se levantó de la silla y salió de su celda junto con el custodio.

—¿Qué pasó con tu novia, Gachupas? ¿La espantaron los compas aquí o por qué ya no viene a verte?

—¡Qué cojones te importa! No es asunto tuyo.

—Ah qué mi Gachupas...Te había cambiado el ánimo cuando ella venía. Ahora estás otras vez amargoso. Si necesitas compañía femenina namás avisa... Ya sabes que aquí te la conseguimos. No tan bonita como tu novia, pero te haría pasar un buen rato.

—Deja de joder y lárgate a la mierda.

Barto atravesó el oscuro pasillo que lo llevaba al comedor comunitario. A lo lejos atisbó el cuerpo menudo del cónsul. Tenía puesta la misma boina gris que usaba desde que lo conoció varios años atrás.

—Pensé que se habían olvidado de mi caso —le dijo sin extenderle la mano—. Han pasado más de diez meses desde la última vez que hablamos... ¿Qué lo trae por aquí cónsul?

—Surgieron muchas complicaciones recientes Bartolomé. Ya sabes que cuando hay cambio de gobierno en este país todo empieza desde cero —dijo el cónsul—. ¿Y tú, cómo estas? Supe lo de tu madre. Lo siento mucho Bartolomé.

—Pues nada, que cómo he de estar. Mi vieja se muere de manera inesperada, dejando muchas cosas pendientes. Su medio hermano no ha querido hacerse cargo de nada, ni siquiera ha vuelto a ponerse en contacto conmigo desde que llamó para avisarme de su muerte. Y ahora viene usted a decirme que el proceso sigue retrasado. ¿Debería estar bien? No veo ningún motivo para eso.

—Tienes razón —dijo el cónsul mientras sacaba un par de cajetillas de Gitans y se las daba a Barto—. Pero hay algunos indicios de que las cosas pueden avanzar. Acaban de nombrar a un nuevo juez que tendrá jurisdicción sobre tu caso. Tenemos buenas relaciones con él y si logramos hacerle un buen ofrecimiento hay posibilidades de que nos ayude a agilizar el trámite, pero depende de ti.

—¿Qué significa un buen ofrecimiento? ¿Cuánto más hay que repartir? Estos mexicanos no tienen llenadera. ¿De cuánta plata estamos hablando?

—Un millón —dijo el cónsul bajando la voz.

Barto encendió un cigarillo y aspiró largo. Su mirada se detuvo en una pareja que conversaba animadamente en una de las mesas contiguas. Era día de visita y como sucedía siempre, el comedor del penal se convertía en un enorme salón de fiestas, lleno de niños corriendo y gritando entre las mesas de plástico adornadas con refrescos y

recipientes con guisos olorosos y calientes. Barto escuchó el gruñido de sus propias tripas y pensó que las cárceles mexicanas tenían la ventaja de ofrecer al menos dos días de visita semanal, incluida la conyugal. Detuvo la vista en una pareja que conversaba con la manos entrelazadas.

—¿Sabe algo de Helena Santiago? —preguntó súbitamente al cónsul.

—No, no he sabido nada de ella. Pasó por la embajada unos días antes de irse, pero nada que ha vuelto a llamar.

—Hágame un favor cónsul, averigüe cómo está. Me parece raro que no haya enviado señales.

—Haré lo que pueda Bartolomé. ¿Y qué me dices de lo otro?

—No sé viejo. Eso es mucha plata y el negocio acá no anda bien. Déme unos días y le resuelvo. ¿Cuándo habría que darlo y cuándo sabríamos la respuesta?

—Tan pronto como se pueda Bartolomé. Y según me ha dicho el juez, el proceso podría ser muy expedito y no demorarse más de seis meses. Al nuevo gobierno no le interesa tu caso.

—Venga la próxima semana y le tendré una respuesta, y por favor, trate de averiguar qué garantías hay que dando el dinero el caso se agilice.

—Así lo haré Bartolomé, pero no olvides que tú eres el preso y desafortunadamente, aunque tengas la plata, las reglas las ponen ellos.

En el camino a su celda, Barto se topó con Mariano, a quien todos apodaban “El chimuelo”, no por la falta de dientes, sino por el hueco que tenía entre dos dientes delanteros. Mariano era uno de los presos de su confianza.

—¿Qué le pasa mi jefe? —le preguntó. Hace días que se le ve de capa caída, como apachurrado. ¿Necesita que le surtamos algo de talco, piedra?

—Estoy bien chimuelo, pero hazme un favor. Házle llegar un mensaje al Juan Ramón de que venga a verme cuanto antes. Pasado mañana, si es preciso.

—Cuenta con eso mi jefe.

Barto regresó a su celda y se tiró en su catre. Recorrió con la mirada las paredes y vio una cucaracha que desafiaba las leyes de la gravedad. En cuanto se moviera de ahí la aplastaría contra la pared y agregaría un cadáver más a los muchos que moteaban los muros grisáceos de su celda. Encendió un cigarillo y recordó que alguna vez le dijo a Helena que dejaría de fumar.

—Tu nunca vas a dejar el cigarro Barto —le dijo aquella vez—. Eres un tipo ansioso y dependiente. ¿Con qué lo vas a sustituir estando aquí encerrado? Te vas a hacer adicto a todas esas otras cosas.

Ella había sospechado de su adicción por la cocaína, pero no se atrevió a preguntar, solo lo insinuó. En aquella ocasión le hizo notar sus cambios anímicos y su constante estado de ansiedad.

—O eres maniáco-depresivo o tienes alguna dependencia. No hay que ser un genio para notarlo —le dijo.

Ni siquiera intentó responderle. Helena era la persona menos indicada para entender cómo o por qué se había hecho adicto. Con sus veinticuatro años encima, Helena flotaba por el mundo cándidamente, no tenía ni la más remota idea de lo que pasaba dentro de una cárcel. La tía se las daba de conocedora pero no sabía un carajo del mundo real, aunque en este punto no estaba tan seguro. En ocasiones, estando con

ella había sospechado que mentía, que su candidez no era tal, que algo traía entre manos, que se había armado todo ese cuento de ser escritora para acercarse a él con algún otro propósito que no lograba todavía dilucidar. Recordó cuando en una ocasión le preguntó sobre el avance de la novela.

—¿Cómo esta avanzando el personaje del videojuego? — la atajó.

—¿El personaje del videojuego?— repitió Helena sorprendida—. Bien, va bien.

—Cuéntame un poco del argumento ¿Cómo estas ligando el fraude al videojuego?

Helena se enredó en explicaciones absurdas, dijo que se sentía bloqueada mentalmente y que no podía hacer avanzar las escenas. Su nerviosismo fue evidente y Barto tuvo por primera vez la certeza de que no era del todo sincera.

Sí, Helena no era tan inocente y él no era un bruto, pero ¡hostia!, cómo la extrañaba, cómo le gustaría verla ahora, cómo quisiera tenerla cerca en ese mismo instante, escuchar su voz, sus insistentes preguntas, su risita cómplice y borrar así cualquier tentación de mandar traer un papel, un hijo-de-puta gramo para aspirarlo largamente y olvidarse de su ausencia, de su olor a yerbabuena, de su sonrisa sin tiempo, de sus pies pequeños.

«Helena, Helena, Helena» musitó. «¿Dónde andas metida? ¿Volverás pronto?».

Dos días después el custodio apareció nuevamente por su celda.

—Gachupas... Estás muy solicitado ahora, tienes visita otra vez. Pero ni te emociones Gachupitas, no es tu reinita...

—Vete a la mierda, imbécil.

Barto tomó unos cuadernos que guardaba en una caja debajo del catre y se encaminó hacia el área de visitas, donde lo esperaba Juan Ramón, el hombre que le servía de prestanombres para el manejo de sus cuentas fuera del penal.

Juan Ramón o JR, como le gustaba que lo llamaran, había salido del reclusorio hacía dos años luego de purgar una sentencia de siete años por asalto bancario. Era la única persona a la que Barto consideraba amigo.

Al verlo venir, JR se apoyó en su bastón y se levantó para saludarlo.

—Jefe, ¿cómo le va? Vine en cuanto me avisaron que me necesitaba. ¿Está todo bien?

—Todo bien JR. Esta semana vino a verme el cónsul a traerme noticias sobre la extradición. Trae el mismo cuento de siempre, que si, que ya casi, pero otra vez hay que soltar plata. Necesito que busques información sobre el juez Rolando Montoya. Está a cargo del caso ahora y quiero saber si lo que me dice el cónsul es confiable. Junta toda la información que puedas sobre su precio. Tu sabes qué hacer, habla con abogados, con periodistas, rastréalo. Al mismo tiempo haz los movimientos necesarios para disponer de un millón de pesos cuanto antes.

—Nada modesto el hijo de puta.

—Igual se lo van a repartir, empezando por el cónsul. Ve tú a saber cuánto le tocara al juececillo de mierda. La otra cosa que te voy a pedir JR es que investigues por dónde anda Helena Santiago. Contrata a una agencia de detectives en Madrid. Tienen que encontrarla. Algo me dice que la tía no anda en buenos pasos.

—¿Para cuándo hay que tener listo el dinero?

—Para ya; ahora mismo, en cuanto salgas de aquí. No sé por qué pero tengo la corazonada de que esta vez sí me largo. Si hay que pagar un millón de pesos para largarme de aquí y me toca pasar un rato más en una cárcel española los pagaré con gusto. Y busca al detective lo más pronto posible.

—No se diga más jefe. Le traeré noticias tan pronto sepa algo de su amiga.

Esa noche Barto soñó con Helena.

La vio de espaldas en una reunión en la que él era el festejado. Tenía un vestido negro ceñido al cuerpo y conversaba con un grupo de hombres que la escuchaban atentos. Los rizos de su cabello caían suavemente sobre sus hombros y cubrían la piel de su espalda. Sintió la urgencia de besarla y caminó hacia ella. La tomó por los hombros y aspiró el olor de su cabello. Al sentirlo, ella volteó a mirarlo y lanzó un grito. Él estaba desnudo y un hilito de sangre seca le salía de su boca. Se percató entonces que no tenía dientes y que la gente alrededor, incluida Helena, se reía a carcajadas. Intentó correr, pero el piso se había convertido en un lodazal que atrapaba sus piernas. Buscó con la mirada a Helena y ya no estaba ahí. Se había quedado solo y le faltaba el aire. Lo despertó su propio grito.

XIX

Desde el café El Trovador, casi a las orillas de la playa, el Castillo de Santa Bárbara se veía imponente, apostado como un viejo guerrero sobre las piedras del Monte Benacantil. Helena pensó que las postales que Barto tenía pegadas en la pared de su celda eran una ridícula caricatura de la grandiosidad de esa estructura de piedra. Pero si verlo desde abajo era todo un placer, estar dentro de su estructura, abrazar sus gruesos muros, caminar por sus espaciosos recintos y admirar la bahía desde esas alturas era una experiencia que la tenía mareada por la emoción. «A veces te pasas de sensible» se dijo a sí misma.

El mar estaba tranquilo, con olas pequeñas que reventaban cuando todavía no alcanzaban a formarse. El viento ahí arriba era más helado, pero el sentirlo sobre su piel le dio la confianza que necesitaba. Aspiró profundamente y pensó que no era gratuito que estuviera ahí, como una más de los invitados a esa fiesta que congregaba a la gente más adinerada de la sociedad alicantina.

Conocía a muchas personas que estarían en esa fiesta gracias a la información que ellas mismas vertían en las páginas de Facebook. Sabía quiénes eran los amigos de Pilar Noguera, de Juana Valencia, de Victoria Plá, de Ángel Montesinos y de muchos más a quienes no había visto nunca en persona. Sin embargo, podía recitar de memoria sus hobbies, qué lugares frecuentaban, dónde y qué estudiaban. Había creado su propio perfil en Facebook, con una sola foto que le tomó Rodrigo y que la mostraba con su cabello demasiado corto y teñido de rojo, sin los rizos que la hacían tan visible. Tenía una puesta una boina de cuadros rojos y negros y miraba a la cámara por encima de los

anteojos oscuros que descansaban a la mitad de su nariz. La foto la mostraba coqueta, sin revelar sus rasgos distintivos. «Ni tú misma te reconocerías» pensó cuando subió la foto al portal.

Desde que dejó el trabajo en el bar se dedicó casi por completo a estudiar los perfiles que le interesaban en Facebook. Los escogió con base en la información que obtenía de sus pláticas con Rodrigo Cienfuegos, un madrileño que se pasaba la vida de fiesta, sin más preocupación que divertirse, ya fuera con una caña, una botella de vino o un buen polvo todas las noches. En cierta manera, Rodrigo le recordaba a Barto. No por un parecido físico, pues además de ser quince años más joven, Rodrigo tenía cara de niño y era más corpulento, sino por la capacidad de cautivar a su interlocutor con la espontaneidad de los gestos, la sonrisa franca y la energía que ponía en cada palabra.

Se hicieron amigos en las dos semanas que él trabajó en La República. Entre tanda y tanda de cerveza que servían charlaban, bromeaban y se burlaban de la transformación de los clientes con el alcohol. Los veían entrar y apostaban sobre cómo terminarían esa jornada. Abundaban los bien vestidos, que llegaban muy serios y terminaban vomitando sobre la mesa; las mujeres que se masculinizaban con los tragos, alzaban la voz, escupían palabrotas y cazaban machos, pero los que se sentían intelectuales eran los más cómicos. Empezaban hablando de política, de arte, de literatura y terminaban cantando canciones mexicanas a Helena, las más cursis, las más lloronas. Uno de esos clientes le escribía poemas. Helena disfrutaba la compañía de Rodrigo porque de alguna manera la hacía sentir cerca de su tierra. El había vivido en México por algún tiempo y gozaba contando sus anécdotas de conquistador gachupín en tierra azteca.

—¿De qué vives, Rodrigo? —le preguntó una tarde en El Trovador, un café de tipo bohemio al que Helena acudía con frecuencia para contemplar el mar desde su terraza. Le gustaba su atmósfera luminosa, sus paredes de colores vivos tapizadas con arte local, la esquina repleta de periódicos y revistas, pero sobre todo, el acceso gratuito e ilimitado a Internet—. Te la pasas en la fiesta, conoces a medio mundo y nunca, más allá de los pocos días que trabajaste en el bar, te he escuchado hablar de trabajo.

—Soy estafador profesional —soltó Rodrigo a bocajarro.

Helena clavó la mirada en la taza de café. Una sensación de calor subió a su rostro y se instaló en sus orejas. «¿Estaba Rodrigo hablando en serio? ¿por qué le decía eso?»

—¡Mira la cara que pusiste, maja! No, tía, no soy estafador profesional. Yo vendo placer, ese es mi negocio.

—¡No! ¿Cómo así? No me digas que eres prostituto, dijo Helena cubriéndose la boca por el asombro que le provocaba.

—Prostituto es una palabra vulgar, corriente. Digamos que yo soy... sibarita. Pero ya, quita esa cara. ¿Te parece tan terrible?

—Pues la verdad me sorprendiste. Nunca había conocido a alguien que se dedicara a la prostitución... ¿Y tus clientes son solo mujeres o también te acuestas con hombres?

—¿Cuando mesereabas en el bar, atendías solo mujeres?

—No es lo mismo...

—Es exactamente lo mismo. Es un curro, un trabajo; puedes negarte a atender a un cliente de vez en cuando, pero si lo haces con frecuencia, la casa pierde. El secreto

es encontrarle la vuelta; tirarte un polvo siempre puede ser placentero si te quitas los prejuicios.

—Pues ahora si me dejaste con la boca abierta. Y cuéntame, ¿cómo haces para soportar a tipos o tipas que no te gustan? ¿cómo soportarías a un tipo como el del otro día en La República?

—Lo bueno de esto es que tú decides con quién te vas y hasta dónde llegas. Tú eliges al cliente porque sabes lo qué estás buscando, ¿me entiendes? Y los borrachos al final son los más fáciles, se quedan roncando y ni cuenta se dan de si hurgas su cartera, tomas notas o si revisas sus contactos en el celular.

Helena sintió nuevamente que la alerta se encendía. Empezaba la puesta de sol y la playa a esa hora se llenaba de gente. Aspiró profundamente hasta que la brisa marina llenó sus pulmones. Ese ejercicio le permitía manejar su ansiedad. «¿Por qué le estaba diciendo todo esto Rodrigo? ¿A dónde quería llegar?»

—¿Por qué hurgas la cartera o el celular? ¿Robas a tus clientes? —preguntó con voz queda, aunque el café estaba casi desierto y nadie podía escucharlos.

Rodrigo se puso serio. Clavó en ella sus pequeños ojos azules y enlazó sus dedos entre las manos de ella.

—Yo no robo a mis clientes, les sustraigo información, que es distinto. Y dime, ¿De verdad quieres que te diga para qué hurgo en la cartera, para qué reviso los números del celular? Tu debes saber eso más que yo, Helena. En lugar de responderte te preguntaría ¿Por qué grababas en una memoria portátil la información de los clientes de La República? ¿Qué hacías con esa información? No me digas que con el

miserable sueldo del bar y las propinas has podido vivir en ese piso que tienes ahora y que puedes comprarte la ropa que usas. Te he observado mucho, tía, y tengo la impresión de que tienes un secreto bien guardado y casi puedo adivinar cuál es.

Helena soltó sus dedos aprisionados de las manos de Rodrigo. Tomó una cuchara y vertió azúcar en el café. Tenía que pensar rápido y con inteligencia. «¿Qué había hecho mal?, ¿Qué detalle descuidó para que Rodrigo pudiera darse cuenta? ¿Qué tenía que responderle?»

—¿Sabes una cosa, Helena? La gente como tú y como yo podemos reconocernos a leguas. Me extraña que no hayas desarrollado esa capacidad. Quizá es porque eres muy joven y todavía estás muy verdecita.

Un golpe de furia la hizo reaccionar. Le molestaba que al igual que Barto, Rodrigo la chiquilleara.

—¿Qué sigue ahora? ¿Vas a tratar de chantajearme? ¿A qué viene todo esto? Pensé que éramos amigos.

Rodrigo volvió a tomarle las manos, entrelazó sus dedos y bajo la voz.

—Tranquila, maja, que sí somos amigos. Relájate, no voy a hacer nada para perjudicarte; al contrario, te voy a ayudar. Quiero que trabajemos juntos.

—No pienso prostituirme, Rodrigo. No lo haré.

—¿Quién te dijo que lo harás? El prostituto soy yo. Ese es mi curro; el tuyo es ponerle cabeza al asunto, ser el cerebritito. Vale, venga, quita esa cara, relájate.

Esa tarde hablaron por horas en El Trovador hasta que el dueño les avisó que el lugar estaba por cerrar. Rodrigo le propuso ser su contacto para introducirla a la sociedad de Alicante.

—Yo te pondré los clientes y tu harás el trabajo fino —le dijo—.

Compartiremos las ganancias.

Aunque le provocaba cierto temor trabajar en pareja, Helena no encontró motivos suficientes para negarse al trato. De entrada, la asociación con Rodrigo le ayudaría a ubicarse más rápidamente en ese mundo que aún desconocía, le ahorraría esfuerzo y pérdida de tiempo. Sin meditarlo mucho, aceptó el acuerdo.

Sentados en la mesa del café, repasaron una lista de nombres que Rodrigo traía consigo y fueron buscando información sobre cada uno en las páginas de Internet. Googlearon los nombres, indagaron en Facebook, en MySpace, en las páginas amarillas, en las redes de colegios y universidades, en los periódicos y revistas electrónicas. La tensión se fue aflojando al paso de las horas y antes de despedirse acordaron sobre el primer evento al que asistirían juntos en el Castillo de Santa Bárbara en dos semanas más.

—Te dije que te gustaría —la voz de Rodrigo cerca del oído la devolvió al tiempo presente—. He venido aquí desde que era niño y no dejo de asombrarme por las puestas de sol. Te ves muy bien, tía. ¿Estás lista?

—Sí, creo que sí.

Le temblaban las piernas. Finalmente estaba ahí, en esa fiesta de sociedad a la que no hubiera entrado tan fácilmente sin la complicidad de Rodrigo. Sin embargo, tras pensarlo detenidamente, empezaba a sentirse molesta por esa asociación que la obligaría a pasarle cierta cantidad de dinero a Rodrigo por cada “personaje”, como les

decía él, que le ayudara a contactar. Lamentaba el descuido que llevó a que Rodrigo la descubriera y además de estúpida se sentía vulnerable. Pero ya no era tiempo de arrepentirse, pensaba. Más bien tenía que aprovechar esa asociación por el tiempo que le quedaba en Alicante.

Caminando a la entrada del Castillo recordó con nitidez una frase de Barto a la que en su momento no le dió peso, pero que ahora entendía en su totalidad. —El mundo es como una gran selva —le dijo en aquella ocasión—. Una gran selva donde hay ojos mirándote por todos lados, desde la copa de sus múltiples árboles, desde sus hojas, atrás de sus troncos, desde los huecos de sus cortezas, en la maleza que mueves para pasar. ¿A cuántos de esos ojos puedes ver en un segundo? Quizá uno, dos pares, pero en ese instante que los miras, otras decenas de ojos te están viendo sin que te des cuenta. No pensar en eso puede llevarte a la ruina. «Ay Bartolomé Miranda...te las sabías de todas todas».

La fiesta se llevaría a cabo en uno de los salones del Castillo, que según supo después sirvió de alcoba principal a uno de sus moradores durante el siglo XVII. El salón era amplio, de paredes blancas y austeras, iluminado por grandes lámparas de cristal colgantes. Al fondo estaba la barra de vinos y ahí estaba también Angel Montesinos conversando animadamente con un grupo de personas. Era tal y como se veía en Facebook, blanco, alto y extremadamente delgado, algo que quizá era lo único que lo distinguía de cualquier otro de los invitados a esa fiesta.

Montesinos estaba en sus treinta y prácticamente se estaba estrenando como administrador general de una de las empresas de su padre, el doctor Pedro Montesinos, propietario de Solmio, una firma constructora con presencia en casi todos

los lugares de España. Ángel era el único hijo varón en la familia del empresario y en consecuencia, pintaba como el heredero principal de la familia, según relataban las páginas de la revista ¡Hola!. En el plan concebido por ella y Rodrigo, Ángel no sería un blanco, sino sólo el medio para ser aceptada en ese grupo social. Para hacerlo éxitosamente, Helena necesitaba convertirse en una experta en fútbol, un tema que apasionaba a Ángel y a sus amigos. Aunque el fútbol nunca la había atraído, el tema no era tan aburrido o difícil como aprender de política, de economía o incluso de arte y gracias a Wikipedia acumuló una cantidad suficiente de conocimiento futbolero para debatir sobre el tema con cierta soltura. Ahora sabía que David Beckham —el jugador preferido de Ángel— no sólo era el marido sexy de una Spice Girl, sino también uno de los futbolistas más reconocidos en el fútbol mundial y que había jugado con el Real Madrid en cuatro temporadas ayudando al equipo a ganar la final del campeonato. Sabía que Beckham jugaba con Los Angeles Galaxy, un equipo del que Helena nunca antes había escuchado. Memorizó detalles de sus más famosas jugadas y leyó decenas de páginas dedicadas al futbolista. Memorizó también los nombres de equipos y futbolistas españoles, desde los que jugaban en el Barcelona y Real Madrid, hasta de aquellos que pateaban en los equipos de la segunda división como el Hércules, Girona, Huesca, Córdoba, Salamanca y por supuesto en el Alicante FC. El Mundial de Fútbol estaba por arrancar y eso añadió complejidad a su tarea, pues la lista de nombres y equipos era interminable.

La plática en la barra era animada.

—Con Messi podrían tocar el sol con un dedo. Argentina lo va a hacer esta vez —dijo Ángel al grupo de amigos.

—Sí, claro. Si pudo llevar a Barcelona a La Liga, seguro le dará el campeonato a Argentina —completó alguien.

—La desventaja de Messi son los caprichos de Maradona —lanzó el dardo Helena en cuanto estuvo cerca—. “La Pulga” es el mejor jugador, pero Argentina tiene problemas en su portería. Yo no lo apostaría tanto a Argentina. Y perdón por la intromisión. Soy Helena —dijo extendiendo la mano para saludar al grupo.

—Helena, la amiga de Rodrigo, ¿La mexicana?

—La mismísima.

Se sorprendió de su aplomo, de la certeza con que opinaba, de la atención con que la escuchaban cuando hablaba, de las discusiones que generaban sus comentarios. No estaba nada mal para ser novata. «Hasta comentarista de fútbol podrías ser».

—¿Y con quién está tu apuesta, Helena? Obviamente no con los mexicanos...

—México no pasará de los octavos de final, eso si bien le va. No ofensas, mi favorito es Alemania, La Mannschaft.

Al final de la velada Helena no solo tenía varios números telefónicos, sino también una invitación para el siguiente sábado al piso de Ángel. Para entonces Rodrigo se había incorporado al grupo y conversaba animadamente con los invitados.

—Nunca me dijiste que tu amiga era futbolera —le dijo Ángel a Rodrigo—. Sabe más de fútbol que todos los que aquí estamos.

—Hay muchas cosas de esta mexicana que no sabes —bromeó Rodrigo—. ¿La invitaste ya a la fiesta?

—Ya hasta prometió traerse el tequila.

X

«No estuvo mal para ser la primera noche. A este paso serás millonaria en unos cuantos meses». Helena se miraba al espejo y sonreía ante su propia imagen. «Eres una fregona», se dijo mientras se quitaba las capas de rimmel que ahora se extendían como grandes manchones negros alrededor de sus ojos. «Así pareces una vampiresa, guapa».

Terminó de limpiarse la cara, se metió en su pijama y se tiró encima de la cama. No tenía sueño y estaba aún nerviosa y emocionada por lo bien que le había ido esa noche. Sacó su Blackberry del bolso y repasó los números que había añadido a su lista de contactos. Eran tres en total, todos de gente que usaba teléfonos inteligentes. «Tan inteligentes que me van a dar todo lo que necesito. ¿Con quién empezaré? A ver, a ver, este Pedro Miguel sonaba interesante».

Pedro Miguel fue uno de los invitados a la fiesta que ofreció Ángel Montesinos, y de acuerdo con Rodrigo, era uno de los blancos más fáciles y jugosos en esa reunión. Al igual que a muchos de los que ahí estaban, lo tenía muy bien ‘mapeado’ por la información que él mismo ponía en Facebook. Pedro era de los que escribía constantemente y sobre cualquier cosa en el muro del Facebook. Si tenía hambre, lo escribía, si volaba una mosca también. Y la gente le contestaba. Su actividad en la página hacía muy fácil enterarse de dónde estaba y qué planes tenía. En realidad, era un blanco perfecto y empatizar con él no resultaría nada complicado.

Durante la fiesta Ángel la recibió y la fue presentando a todos los invitados usando la misma fórmula “Esta es Helena, amiga de Rodrigo. Mexicana, del de-e-fe y trotamundos”.

Pedro Miguel estaba solo, en una esquina de la amplia estancia del departamento de paredes blancas y grandes ventanales. Parecía muy ocupado en su Blackberry y de cuando en cuando mascullaba maldiciones en voz alta. «Me cago en dios! Qué lo envíes ya!», lo escuchó decir Helena cuando se acercó sigilosamente a uno de los amplios balcones que ofrecían una espectacular vista al mar. Encendió un cigarillo y se quedó ahí por un rato, escuchando y observándolo discretamente hasta que pareció desocuparse.

—Eres el único en esta fiesta que no se divierte. ¿Nunca dejas de trabajar? — preguntó Helena.

—Los pendientes no se acaban nunca. No te había visto por estos rumbos, ¿Eres amiga de Ángel?

Empezaron conversando del clima, de la belleza del mar y de las calles estrechas de Alicante, pero la charla se movió rápidamente a otros temas tan variados como la política, el fútbol y los castillos europeos. Poco a poco, de manera casi casual, Helena fue desviando la charla al tema que a ella le interesaba.

—Adoro la paella —le dijo cuando hablaban de la comida española—. Y quizá va a sonar mal en esta fiesta elegante, pero hay un lugarcito aquí que es mi favorito. Es una versión española de McDonalds, pero en lugar de hamburguesas, sirven una paella buenísima. Supongo que cualquier español me diría que estoy loca, pero de verdad es buenísima.

—¿Y cuál es ese lugar?

—Se llama PaellaExpress, ¿has comido ahí?

—¡Coño, que si he comido ahí! Más que eso, maja. ¡Esos lugares me dan de comer!

Pedro Miguel le contó entonces lo que ella ya sabía, que era accionista y administrador principal de esa cadena de restaurantes de comida rápida que tenía sucursales en Sevilla, Madrid, Barcelona, Girona y prácticamente todas las ciudades medias de España.

Helena supo también que Pedro Miguel administraba la mayoría de los restaurantes desde Madrid, donde tenía sus oficinas centrales, pero difícilmente se quedaba mucho tiempo en esa ciudad.

—Mi oficina esta aquí —le dijo mostrándole el Blackberry—. Si no fuera por estos aparatitos y por la maravilla del Internet me volvería loco en un solo lugar.

Además de vino en exceso, en la fiesta abundaba la marihuana y la cocaína. Los invitados, la mayoría jóvenes treintañeros se distribuían en pequeños grupos, algunos concentrados en la barra repleta de botellas de vino y licores. Otros conversaban y fumaban en el balcón. Un tercer grupo gravitaba alrededor de la mesa de centro en la sala, en donde lo mismo se ofrecían platos rebosados de quesos y jamón serrano, que líneas de polvo blanco cuidadosamente ordenadas en grupos de tres.

Pedro Miguel la tomó del brazo y suavemente la llevó hacia la sala. Con la mirada indicó las líneas de cocaína y le preguntó si quería.

—No, gracias —le dijo Helena—. No le entro a la droga.

Él se quitó la chaqueta y la aventó en el respaldo del sofá. Luego se inclinó sobre la mesa de centro y aspiró una línea larga.

—Tengo frío —dijo Helena sobándose los brazos desnudos.

—Las mujeres siempre tienen frío. Échate encima mi chaqueta, si quieres.

—Gracias —dijo ella mientras se acomodaba la prenda sobre los hombros—.

Huele muy rico tu saco.

No supo cuantas veces más Pedro Miguel se inclinó a aspirar cocaína, pero en una de esas ocasiones, Helena se levantó del sofá y se fue directamente al baño. Puso el seguro y abrió la llave del agua, un gesto innecesario ante los decibeles con que se escuchaba aún detrás de la puerta cerrada la aguardentosa voz de Bob Dylan rumiando su famosa Knockin' On Heaven's Door.

Le temblaban las manos y el corazón le palpitaba con fuerza. Tenía que hacerlo rápido y salir del baño antes de que Pedro notara su ausencia. Sacó el Blackberry de la bolsa del saco, lo abrió por la parte posterior, removiò el chip original y en su lugar puso el chip especial que traía dentro de su bolso. Tocó un par de botones en la pantalla y copió toda la memoria del teléfono a ese pequeño dispositivo. La operación la llevó a cabo en menos de tres minutos y en cuanto terminó colocó el chip original, cerró la tapa y limpió la pantalla del teléfono con la manga suelta del saco. Regresó el teléfono al bolsillo y se miró al espejo. Se pasó las manos por el cabello recogido hacia atrás y luego busco su lapiz labial. «Relájate, respira hondo, sosténlo, exhala. Relájate, relájate... respiro, sostengo, exhalo...respiro, sostengo, exhalo. Todo saldrá bien, ya verás».

Cuando salió del baño, Pedro Miguel la buscaba con la mirada.

—Ya me habías preocupao, maja. Venga, déjame sacar el teléfono que tengo que enviar un par de correos. Sin este aparatito me siento desnudo, nena.

Por alguna razón, al quitarse el saco de encima se sintió libre y segura otra vez. El saco la hacía sentir en evidencia, como cargando el cuerpo del delito para que todos lo vieran, así que cuando le dijo a Pedro que ya no tenía frío y que dejaría el saco sobre el sillón, pensó que era el momento de retirarse con el pretexto de buscar un trago.

Dejó a Pedro Miguel haciendo llamadas y se presentó en cada uno de los pequeños círculos de amigos que se habían formado en diferentes rincones del departamento. Se metía con naturalidad y descubría que la gente la aceptaba con simpatía y hasta con cierta curiosidad ingenua.

Encontró a dos personas más que le resultaron interesantes. Una mujer que compraba y vendía arte en su propia galería y un muchacho simpático que presumía las propiedades de su padre en la Costa Blanca. Después de charlar y beber con ellos, consiguió sus números telefónicos y prometió ponerse en contacto para tomar un tinto una de esas tardes.

Cuando decidió abandonar la fiesta eran las dos de la mañana. Salió discretamente y se escabulló camino a su casa.

Por la mañana tomó uno de los blackberry usados que conseguía en el mercado negro. Le puso el chip en el que había copiado la información del teléfono de Pedro Miguel y en cuanto encendió el teléfono lo conectó a la computadora. Luego

activó el programa de espionaje telefónico que había bajado del Internet, se colocó sus audífonos y esperó con paciencia a que empezará el tráfico de llamadas.

A las nueve en punto escuchó la voz de Pedro Miguel. Imaginó que recién se había levantado y que aún traía encima la resaca del día anterior. Usaba el teléfono como si estuviera frente a la persona. Helena lo imaginó gesticulando mientras daba órdenes sobre compras de ingredientes y discutía sobre el arroz que se había comprado la semana pasada a precios más baratos, pero que traía palomilla. «Ese arroz estaba más viejo que mi abuelo» gritó. Exigió que corrieran a un empleado que según decía estaba robando dinero. Helena escuchó varias de estas conversaciones antes de que Pedro Miguel empezara a enviar correos electrónicos. Escribió más de diez con una agilidad sorprendente, luego revisó los titulares de El País, el ABC y El Mundo. Se metió a su página de Facebook y escribió algo en francés que Helena no pudo descifrar. Luego regresó al browser principal y tecleó www.bancoespanol.com.es.

—¡Bravo! —gritó Helena.

Desde su computador Helena siguió cada uno de sus movimientos. Vio los estados de cuenta, las diferentes inversiones que tenía e identificó la cuenta sobre la cual haría sus operaciones. Tendría menos de cinco minutos para decodificar el password y acceder a la cuenta una vez que Pedro Miguel se saliera de ella. Tecleaba con rapidez, concentrada en el lenguaje cifrado que aparecía en la pantalla cada vez que apretaba la tecla enter. El tiempo corría con prisa y de pronto Helena estaba dentro del sistema, en la misma página que Pedro Miguel había dejado unos segundos antes. Hizo click en la cuenta de cheques, buscó la opción de transferencia, escribió en el recuadro 30,000 euros, anotó el número de cuenta, el nombre falso, llenó todos los

espacios requeridos y apretó una vez más la tecla enter. Esperó un segundo hasta que apareció el aviso de transacción aprobada y gritó nuevamente ¡Bravo! ¡Bravo! Bravo!

El resto de la operación demandaba también rapidez, pero el riesgo era mucho menor. Había que desviar el dinero de cuenta en cuenta hasta que fuera prácticamente imposible rastrearlo. Hizo más de quince operaciones hasta lograr fraccionar el capital en tres cuentas separadas en México. Había logrado romper los códigos de seguridad de bancos pequeños y eso le facilitaba el acceso a sus portales, pero sabía que cada vez que hackeaba un sistema, las claves serían cambiadas al día siguiente. Eso implicaba que cada operación tendría que realizarse con intervalos largos, no sólo para tener tiempo de borrar cualquier huella, sino también para estudiar los sistemas y poder hackearlos nuevamente. En ese lapso se daría tiempo para elegir cuidadosamente sus blancos y sofisticar cada vez más sus operaciones. Si cinco minutos le bastaron para obtener 30,000 euros, cuánto más podría hacer si le metía más dedicación al trabajo de búsqueda.

El teléfono repiqueteaba en la bolsa. Corrió y llegó a tiempo para contestar. Reconoció el número de Rodrigo. «¿Qué chingaos querrá tan temprano?»

—¿Quihubo Rodrigo, ¿Qué onda?

—Hey guapa, ¿Qué pasó anoche? Saliste de la fiesta sin decir adiós. Eso no se le hace a los amigos.

—Era muy tarde y todo mundo estaba hasta el culo de borrachos. Tu sabes que yo bebo poco. Además estaba cansada. Y dime, ¿Qué carajos quieres tan temprano?

—¡Joer!, que corta de memoria me saliste. Quiero mi parte del negocio. Nos vemos hoy en la noche en El Trovador.

—Esta noche no se puede. La transacción toma días. Tendrás que esperar.

—Quiero mi parte esta noche, Helena. Tratos son tratos y más te vale que tengas algo. No empecemos con problemas desde ahora. Nos vemos donde siempre.

«Mierda, este tipo se muere de ansias», musitó Helena cuando terminó la conversación. «Espero que no sea así siempre,» dijo antes de cerrar la computadora y dirigirse a la cocina a prepararse el primer cortado de la mañana.

XI

Alicante había crecido. Lo recordaba como un pueblo pequeño, lleno de luz, con sus enormes palmeras remeciéndose eternamente, cobijando a los hombres que sacaban sus sillas de madera al corredor adoquinado de la Explanada España para matar el tiempo jugando dominó sobre tablas improvisadas o charlando. Ahí seguía, como fiel guardian de la historia y el tiempo, el Castillo de Santa Bárbara, pendiente de cada movimiento del blanquísimo y frío mar mediterráneo que tantas veces había visto, tocado, olfateado en sus sueños de prisionero.

Estaba de vuelta en su tierra, tras un proceso de extradición que se resolvió en menos de dos semanas después de que pagó el millón de pesos acordado. Una mañana el custodio apareció en su celda acompañado de otros cuatro guardias que sin darle tiempo a reaccionar, lo esposaron y lo hicieron recorrer los pasillos del penal hasta llegar a la aduana, donde lo subieron a la caja posterior de una camioneta cerrada, sin más ventanas que una pequeña rendija que dejaba entrar un poco de luz y aire.

Barto supo que había llegado el momento que esperó largamente por más de una década y una extraña e involuntaria sensación de nostalgia y alegría combinada le llenó el pecho. Sería libre muy pronto, pensó mientras miraba a través de la rendija la fila de mujeres, hombres y niños que esperaban entrar al reclusorio ese día de visitas, los perros hambrientos que merodeaban alrededor de los puestos callejeros de tortas y tacos, los camiones atiborrados de gente, los niños uniformados rumbo a la escuela, los autos atrapados en un tráfico interminable. Subió la vista y miró por última vez el cielo

lagañoso de esa ciudad que a partir de ese momento empezaba a ser sólo un recuerdo. Cerró los ojos y se limpió las lágrimas.

Eso era el pasado. Finalmente era libre y aspiraba con gusto esa brisa fresca que le llenaba de vida los pulmones, sorprendido ante la intensidad del azul del cielo, un color que creía haber olvidado en sus años de encierro en la capital mexicana. Creía recordar de memoria cada piedra, cada balcón de los angostos callejones del barrio que lo vio crecer, pero no era su memoria lo que lo traicionaba, sino el paso del tiempo y la modernidad que trajo a esas calles. Ya no estaba el estanquillo del viejo que vendía bocadillos de a tres por unos cientos de pesetas, una moneda que era ya inexistente. Tampoco estaba el desvencijado taller de costura donde su madre trabajó por años recibiendo un salario que nunca fue suficiente para saciar el hambre. Había más gente, muchos puestos callejeros y también proliferaban los negocios al estilo americano. Un McDonalds se erigía sobre lo que recordaba como el Café La Blanca, donde antes servían café con leche en vasos gruesos y pesados o chocolate con churros azucarados. Preguntó qué había pasado con el lugar y por respuesta obtuvo un encogimiento de hombros. Le sorprendía la popularidad del café Starbucks, que a pesar de su caro y pésimo café estaba siempre atiborrado de jóvenes que no conversaban, pero se entretenían horas enteras frente a sus computadoras portátiles.

Su primer Starbucks lo pisó en Madrid, unas horas después de haber sido liberado tras seis meses de encierro en una pocilga más pequeña y mugrienta que la que había tenido en México. Su primer deseo al sentirse libre fue un cortado. Nadie lo esperaba fuera de la prisión. Tomó el tren urbano y se bajó en Atocha. El río de gente y el tráfico madrileño de las diez de la mañana lo asustó y lo hizo sentirse viejo. Pensó

que así debía sentirse alguien que despierta de un coma de muchos años, ajeno a la prisa de la gente, desubicado en el tiempo y el espacio, sin una identidad de la cual colgarse.

Caminó sin rumbo empujado por las multitudes que iban y venían sobre las avenidas madrileñas hasta que no pudo más y se metió al primer café que encontró. Era un Starbucks. Lo sorprendió la variedad de café que ofrecían, los nombres de las bebidas ‘mocca frappuchino’, ‘caramel machiato’, ‘frappuchino de caramelo’. Se acercó al mostrador y pidió un cortado.

—¿Nombre?

—¿Perdón?

—Qué cómo te llamas, para llamarte cuando esté listo. Son dos euros.

—Bartolomé— respondió secamente.

Se sentó en el único espacio vacío que quedaba en un largo sillón color magenta, al lado de un joven que parecía muy concentrado en la pantalla del computador que tenía sobre las piernas.

Aunque sus pláticas con Helena le habían dado una idea de los cambios en la tecnología, no era hasta ahora que se daba cuenta del magnífico salto que había dado la industria durante sus años de encierro y no tardo mucho en comprender a cabalidad todo el potencial que ese desarrollo, ahora al alcance de todos, le abría.

—¿Qué es lo que estás viendo? —preguntó a bocajarro al joven que hacia acercamientos a la imagen de una computadora.

—Es Google satelital —respondió el joven—. Estoy buscando piso y miraba el área, puedes ver calle por calle, edificio por edificio.

—¡Hostia! ¿De dónde sacaste ese programa?

—De Google— dijo el joven extrañado por la pregunta.

—Venga, explícame...Hace unos años eso era tecnología reservada para labores de inteligencia. No me dirás que ahora todo mundo la puede usar...

El joven lo miró con curiosidad y asombro, como si creyera que el tipo que estaba a su lado le estaba tomando el pelo.

—A ver, dime, ¿Puedes buscar esta seña?

Barto le dió la calle y el número de la casa de su madre en Alicante y como en una película de ciencia ficción, vio pasar autos y gente frente a la calle en que vivió su infancia, reconoció el árbol al pie del portón y vio también una motoneta roja estacionada justo en la puerta de entrada.

—¿Qué estarás haciendo, Helena?, murmuró.

—¿Qué dijiste? —dijo el joven—. No te escuché.

—Nada, nada, estaba hablando en voz alta...Es la casa de mi madre. Ella murió hace casi un año y me emocioné al ver el lugar.

—Es un lindo lugar. ¿La habéis vendido? Te deben haber dado una fortuna por ella. Un edificio como ese en este país es un tesoro.

—No, no la vendí. El piso principal lo renta una mexicana. Pero no vas a creer esta historia, cuando mi madre murió yo estaba en coma, de hecho estuve así durante diez años y desperté hace poco. Por eso me sorprende tanto lo que me estás diciendo y me urge ponerme al día de lo nuevo en la tecnología.

—¡Joer!, ¿En coma? ¿coma?

—Si, en coma, coma. Como vegetal. Anda, te pago una caña o lo que quieras pero ponme al día de lo que veís los jóvenes en Internet.

Como un buen samaritano dispuesto ayudar al anciano desvalido, el joven — que resultó ser un estudiante de ingeniería de sistemas— asumió con entusiasmo su papel de iniciador llevándolo por todas y cada una de las herramientas y aplicaciones disponibles en la red. Le contó la historia de Facebook y de las constantes controversias por el tema de la privacidad de sus casi cinco millones de usuarios.

—Yo creo que ese tío nunca imaginó la revolución que estaba iniciando— le dijo antes de llevarlo por un tour musical a través de You Tube—. Ya nadie compra discos, la música la pirateas de donde sea, viejo. Le mostró cómo romper códigos para apropiarse de videos protegidos —Puedes ver las películas aún antes de que lleguen a las salas de cine, y sin pagar un solo euro—. Le mostró las posibilidades del sexo cibernético —Ahí si vas a tener que pagar—, y lo hizo reír a carcajadas cuando se metió al chatroulette —Vas a ver a tipos y tipas de lo más raros, pero es muy divertido—. Después de más de cuatro horas y más de un litro de café, Barto tenía una idea muy precisa de cada herramienta, programa, aplicación y configuración que podría serle útil en el futuro.

—¡Coño, si que me has abierto los ojos, tío! Anda vamos por unas cañas y seguimos conversando, que el coma no me hizo olvidar el sabor de un buen trago.

Permaneció varios días en Madrid. Alquiló una habitación discreta en un hostel y con los fondos que J.R. había transferido a una cuenta en un banco español, adquirió ropa, se arregló los dientes y el pelo, compró un televisor, un iPhone, un Blackberry y una computadora en la que pasó días enteros navegando por páginas de

Internet tratando de decodificar sus componentes. Muy pronto se dio cuenta de que los sistemas modernos estaban más blindados que nunca y que romper sus códigos de seguridad no sería tan fácil como antes. Pero eso no era lo que lo obsesionaba.

Desde que salió libre solo pensaba en confrontar a Helena, vengarse de sus mentiras y sobre todo, de haberse burlado de él. Aún antes de ser extraditado a Madrid se había enterado ya de que Helena estaba instalada en casa de su madre y que al parecer, no andaba en muy buenos pasos. De acuerdo a los informes que le suministró el detective contratado por JR., Helena no trabajaba, pero se daba vida de rica, compraba ropa en los mejores lugares, comía en los restaurantes más cotizados y se codeaba con los niños ricos de la sociedad Alicantina. Barto no necesitó más información para saber qué era exactamente lo que estaba haciendo su dizque aspirante a escritora.

—¡Resultaste más hija de puta que bonita —dijo viendo la foto de ella en Facebook—. ¡Novelista y trotamundos! ¡Me cago en la puta que te parió!

Una vez en Alicante, Barto se instaló en un piso ubicado enfrente de la casa de su madre. El viejo edificio de tres pisos era de su propiedad y en la parte más alta tenía un par de cuartos de servicio que habían estado en desuso durante varios años. Contrató a alguien para que escombrara, limpiara y pintara sus descascaradas paredes. En menos de una semana logró transformarlos en una soleada y acogedora guarida por cuyas ventanas podía observar el movimiento en la calle. Compró un sofá, una cafetera

italiana, una estufa eléctrica, un refrigerador que atiborró de coca-colas y cerveza, una mesa y una silla. Sería su oficina temporal. Cuando conectó la computadora comprobó que la conexión inalámbrica funcionaba a la perfección. De seguro, los inquilinos del edificio y algunos más de la cuadra se colgarían de su conexión gratuita. Y eso era justamente lo que quería. La ubicación del departamento le permitía tener control de los movimientos de Helena, a quien empezó a observar y seguir desde el primer día que puso un pie en su ciudad natal.

La primera noche, la suerte estuvo de su lado. Hacía frío y era fácil pasar desapercibido envuelto en una gabardina gruesa, con una gorra de lana en la cabeza y una bufanda que le cubría la mitad del rostro. Pensó que Helena difícilmente lo reconocería, además de que la tía no tenía la menor idea de que él había salido de la cárcel y mucho menos de que estaría en España.

La vio salir de casa y le costó trabajo reconocerla. Helena estaba mucho más delgada que como la recordaba, pero la pérdida de peso le caía bien, le daba porte. No se parecía a esa chica desmaquillada, de pantalones de mezclilla y rizos desarreglados que lo visitaba en la cárcel con un cuaderno de notas. Traía puesta una falda negra ajustada, que terminaba justo arriba de las rodillas. Un jersey gris de cuello alto, un abrigo grueso y unas botas negras completaban el atuendo. Muy a su pesar, Barto reconoció que esa niña tenía el potencial de volverlo loco.

La siguió por varias cuerdas hasta que dobló en una esquina y se metió al viejo café El Trovador que, a primera vista, seguía siendo un lugar bohemio que se llenaba de escritores, artistas y gente que pasaba horas leyendo periódicos o navegando por la Internet. Helena se sentó en una mesa con vista hacia el mar y él ocupó una de las

pocas mesas que quedaban vacías, justo detrás de ella, casi espalda con espalda. Reconoció su aroma a yerbabuena recién cortada y aunque echó de menos los rizos que antes caían juguetones sobre su espalda, le gustó su look de pelo corto, que acentuaba la belleza de su cuello largo y le daba un aire altivo y femenino. La imaginó pegada a su cuerpo, como aquella tarde en el penal de México, tensa, con los labios semiabiertos, en ese momento que reprodujo más de mil veces en la soledad de su celda. Acomodó la servilleta sobre sus piernas y fingió concentrarse en la lectura de El País. Entonces escuchó la voz amanerada de un hombre.

—Que puntual eres, tía. Así sí podremos trabajar —dijo el recién llegado—.

¿Trajiste mi encargo?

—No sé porque tienes tanta prisa, Rodrigo. Te dije que no podría tenerlo hoy.

Esas operaciones tardan por lo menos tres días.

—No quieras verme la cara de idiota. Quiero lo que acordamos, ahora.

—Te traje 3,000 —dijo Helena bajando la voz.

—Esto no es un regateo, ni me vas a dar migajas. Sé muy bien cuánto le sacaste. Hoy llamó a medio mundo para contarle que le habían robado nada más que 30,000 euros de su cuenta.

—Rodrigo, por favor baja la voz —suplicó Helena. Este lugar está hasta su madre.

—Esta bien, tía, pero me fastidia que te quieras hacer la lista. Quiero la mitad. Tienes dos días más para dármelo. Y mañana tenemos otro evento.

—No pienso ir, no quiero trabajar contigo. Te pago tu parte y ahí termina nuestro trato.

—Ja ja ja... permíteme carcajearme. No, Helenita, te metiste a esto y ya no te puedes salir. Estás jodida, querida, si te vas, te jodes también. Si te quedas, harás mucho dinero para ti, para mí, para todos. Así que te veo mañana, guapa. Abres tu Facebook que ahí aparecerá la invitación.

—Lo pensaré —dijo Helena tragando saliva. Por primera vez en muchos años revivió la sensación de estar amenazada y tembló al recordar la figura de su tío metiéndose a la cama. Tuvo ganas de echarse a correr.

—Y fíjate lo que te digo: piénsalo bien, que no te conviene largarte ahora. Anda, dame los 3,000 que yo me largo. No tengo más apetito.

Barto no pudo ocultar su sonrisa. Miró pasar a Rodrigo y lo midió de arriba a abajo. «Así que la tía se enredó con un marica que la explota...Entonces no eras tan lista como pensé».

Se quedó un rato hojeando las páginas del periódico mientras Helena pedía la cuenta. Aún estando de espaldas podía adivinar el nerviosismo de su escritora de mentiritas y sin quererlo, sintió la misma ternura que siempre le despertaba los deseos de abrazarla. Casi de inmediato alejó ese pensamiento. «Esa tía no es de confiar. Si una vez te vio la cara, lo hará mil veces más».

Al levantarse, Helena empujó la silla con fuerza y golpeó la de Barto.

—Perdone —le dijo sin mirarlo.

Barto masculló algo sin levantar la vista del periódico y ella no se detuvo a escuchar la respuesta.

XII

Al encuentro en El Trovador siguieron muchos más de los que Helena hubiera deseado. Después de cada reunión con Rodrigo, salía con una “asignación” para un evento.

Rodrigo había descubierto una mina de oro en Helena y ella no tenía la fortaleza, ni la decisión para mandarlo al carajo. Era como si la historia con su primo se estuviese repitiendo y como si se hubiese convertido nuevamente en una autómatas sin opciones propias. Le pesaba de sobremanera que Rodrigo la tuviera amenazada no sólo con ponerle el dedo para que la policía empezara a investigarla, sino también con mover todas las influencias de sus ricos amigos —a quienes ella estafaba gracias a la información que él le daba— para que nunca pudiera salir de la cárcel. Era absurdo, pensaba, pero el poder que Rodrigo ejercía sobre ella era tan grande como el temor que le tenía a su tío.

—Si me denuncias tú también saldrás embarrado —lo retó en una ocasión.

—No, nena, no. A mi nadie me puede vincular con esos robos. ¿Qué pruebas tendrías? Ninguna, tú eres la que ha hecho todo.

—Tú eres el contacto, además te has enriquecido con esto —replicó.

— Eso no prueba nada y ya te dije, ni intentes salirte de esto, nena. Te pudrirías en la cárcel. Esos riquillos se encargarían de que nunca vuelvas a ver el mar que tanto te gusta.

El monto de cada operación aumentaba día a día y Helena pasaba hasta semanas sin poder ir a la casa de la Calle Colón. Rodrigo había establecido casas de

seguridad desde las que ella operaba sin riesgo de que la policía estableciera el lugar desde el cual se hacía la conexión. Lo mismo robaba información de las tarjetas de crédito, que transfería sumas considerables desde cuentas bancarias o intervenía teléfonos y conversaciones que se llevaban a cabo en lugares tan alejados de Alicante que nadie podría sospechar de ella. No había nada que no pudiera hacer frente a un computador. Por eso la enojaba tanto que Rodrigo «un bueno para nada» se hubiera convertido de la noche a la mañana en su padrote, su chulo, su proxeneta, alguien que sin una gran dosis de inteligencia, vio su inseguridad, sus miedos y supo apretar los botones que la convertían en un ser pusilánime.

Una noche Rodrigo la citó en una de las casas de seguridad.

—Te necesito a las seis de la tarde en el piso de la Vasco de Quiroga. Tenemos una bomba de negocio, nena.

Cada vez que Rodrigo hablaba de “bombas” Helena temblaba. Ya había aprendido que cada nueva aventura de Rodrigo significa para ella un mayor riesgo. Intentó hasta donde pudo resistirse a la idea de Rodrigo de pasar de la intromisión en cuentas individuales a meterse al sistema de una casa de cambio. Argumentó sobre los riesgos, sobre las complicaciones de hacerlo sin dejar rastro, pero siempre terminaba cediendo.

En el fondo, era siempre su dualidad la que la llevaba a los extremos. Esa dualidad que Rodrigo había descubierto y explotaba a su antojo. Rodrigo había visto su miedo, su terror a ser detectada por la policía, pero también había descubierto la excitación sin límites que le provocaba sentarse por horas frente a un computador hasta romper un código de seguridad, descryptar un texto y adueñarse de la

información ajena. En esos momentos se sentía poderosa, invencible. La sensación le traía recuerdos de su niñez, cuando se aislaba del mundo detrás de una computadora para descifrar por qué no podía vencer en Mortal Kombat y encontrar la manera de ser indestructible; o cuando se embebía en discusiones interminables en los foros de hackers para videojuegos.

Helena había leído mucho sobre personalidades como la suya. Los sicólogos los consideraban antisociales, pero la gente común y corriente los etiquetaba como “nerds”, gente que contravenía las reglas de la convivencia social amparados detrás del anonimato de una pantalla de computadora. Eran jóvenes de una generación ‘geek’ que crecieron robando música, videos, plagiando información del Internet. Helena pensó que la definición le encajaba perfectamente. Ella no sería capaz de robarle la cartera a nadie. No se robaría un disco de Halo3 de una tienda de videojuegos ¿Para qué exponerse de esa manera, si podía tener toda esa información o dinero con sólo meterse a la computadora? ¿Para qué molestarse de más si casi toda la información personal estaba expuesta en la red? Pensó que si la gente que usa el chat o el Facebook como si se lavara los dientes tuviera un cinco por ciento del conocimiento que ella tenía sobre las computadoras, seguramente lo pensarían dos veces antes de escribir algo en esas páginas...«O quizá no...La gente es más estúpida de lo que uno pensaría»». Pero también sabía que ella se estaba comportando de manera estúpida y contradictoria al exponerse a socializar. Podía haber hecho dinero sin salir de casa, pero muy en el fondo de su corazón quería ser una persona normal, tener amigos,

divertirse en las fiestas como lo hacía cualquier chica de su edad y por primera vez en su vida sentía que lo estaba logrando.

Acudió a la cita con Rodrigo y, tal como lo temía, traía consigo una idea descabellada.

—Hey, tía, ¿Por qué tardaste tanto? Oye —soltó sin esperar la respuesta—. ¿Has escuchado hablar de BannedMarket?

—Algo he leído. Pero no me vas a decir que quieres...

Rodrigo soltó la carcajada, como siempre lo hacía cuando Helena preguntaba algo cuya respuesta ya intuía.

—Exactamente eso quiero, ya sabía que lo adivinarías. Quiero que te conectes con ellos. Le vamos a entrar en grande a eso nena. Números de tarjetas de crédito, passwords, números de seguro social de los guiris... Todo eso empaquetado...Una mina de oro, baby!

—Te estás yendo muy lejos. Esos chavos deben estar en la mira del FBI y de todas las agencias de seguridad. Si leyeras los periódicos te enterarías que no hace mucho agarraron al Iceman, era el gurú de Carders Market. Es muy riesgoso, Rodrigo. Si tratamos con ellos nos convertiremos en blanco fácil.

—Ese es tu curro, tía. Tú sabes cómo tratar con esa gente. Y también sabes cómo evadir la vigilancia. Vamos a irnos en grande ahora sí, muñeca.

—¿Qué piensas hacer con todo eso?

—¿Tú qué crees, niña? Vamos a falsificar tarjetas de crédito. Pero tú ni te apures por eso, que no te voy a involucrar. Tú sólo concéntrate en lo tuyo, de lo demás yo me encargo. Nos vemos en tres días aquí mismo. Quiero que traigas algo seguro.

—¡Óyeme! ¿Cómo se te ocurre que en tres días puedo traerte algo? No son enchiladas.

—Ya te dije que ese es tu problema, enchiladas o no, quiero que traigas algo pronto. Solo te advierto que Pedro Miguel le ha pedido a la policía que revise los videos de la gente que estuvo en la fiesta la otra noche... Tú sabes a qué me refiero, nena, así que no te hagas la estrecha.

Salió de la reunión con Rodrigo enojada y preocupada, pero la adrenalina corría por sus venas. El trabajo era un reto para cualquier hacker, pero meterse al mundo de la compra-venta de números de tarjetas de crédito y contraseñas era hablar de palabras mayores y el riesgo se cuadruplicaba. Su cabeza era un torbellino de emociones desbocadas y como siempre le sucedía, necesitaba acercarse al mar para tranquilizarse.

«No puede ser que te hayas resignado tan fácilmente. Cualquiera pensaría que te gusta trabajar para Rodrigo, pero sólo tu sabes que te tiene agarrada del cogote...» se dijo mientras caminaba con paso acelerado sobre la calle desierta. «Sí, del cogote, como se agarra a un animalito desprevenido para inmovilizarlo, para someterlo a la voluntad de otro...¡Ay Helenita! ¿Qué te diría Barto si supiera? Seguramente se cagaría de la risa y te diría que te apendejaste, que estás muy verdecita... que no sabes cómo moverte en estas aguas tan peligrosas...Chingada madre... ¿Cómo me involucré con el idiota de Rodrigo?¿Por qué dije que sí y sigo diciendo que sí? ¡Mierda, mierda, mierda! No te queda más que entrarle, ya verás después cómo te sales de esta...»

Helena se ajustó la bufanda y se dirigió al departamento de San Juan Bosco, donde empezaría a trabajar en su nueva encomienda.

XIII

—¡Joer! ¡Esta tía si que tiene cojones!

La frase le salió del fondo del alma mientras seguía con fascinación la frenética actividad en la pantalla de la computadora, negra y plagada de símbolos, números y letras que se decodificaban al ritmo de los dedos que presionaban velozmente las teclas en un departamento ubicado a escasos 50 metros de donde él estaba. La imaginó con el ceño fruncido frente a la computadora, tratando de descifrar los mensajes encriptados, golpeando la tecla enter con desesperación, como si tuviera las horas contadas.

Desde que había logrado meterse a su sistema sin ser detectado, Barto seguía cada movimiento de Helena y creía tener un registro más o menos claro de sus conexiones en Internet, de sus transacciones para mover el dinero de un lado a otro y sentía que casi podía adivinar cuál sería su próximo movimiento o quién sería su próxima víctima.

Pero ahora, frente a la computadora, estaba desconcertado y prácticamente sin pistas de lo que Helena pretendía hacer. La tipa era tan terriblemente buena para las computadoras, como terriblemente torpe para tomar decisiones y manejar su propio negocio.

Encendió un cigarro y se esforzó por comprender lo que la chica estaba tratando de descifrar, pero antes de que pudiera hacerlo, la pantalla desplegó una serie infinita de nombres, números y claves de acceso.

—¡Coño! ¡Esta tía está más loca que una cabra!

No necesitó más de un minuto para darse cuenta con fascinación que Helena estaba cruzando el umbral del fraude discreto, doméstico y manejable para atravesar, con cada click en el teclado, la barrera que hasta ahora la separaba del crimen organizado. Definitivamente, Helena no terminaba de asombrarlo.

Desde aquella tarde en que un joven desconocido lo actualizó en un Starbucks sobre las novedades del ciberespacio, Barto dedicó incontables horas a ponerse al día sobre hackers e intromisión a sistemas de cómputo. Gracias a eso había podido meterse al sistema de Helena y seguirla paso a paso. Esas horas de investigación también lo pusieron al tanto de las historias de los hackers más famosos, como Max Butler o “Iceman”, quien en una jugada maestra hackeó a toda una estructura de hackers para controlar el mercado negro más grande de números de tarjetas de crédito, passwords y datos personales de los poseedores de esas tarjetas alrededor del mundo. Aunque tras la detención y encarcelamiento de Butler el sitio desde el cual operaba fue cancelado, muchos de los hackers afectados por él retomaron su antiguo negocio y aplicaron nuevos controles de seguridad. Sin duda, Helena estaba jugando con fuego y Barto no estaba tan seguro si ella estaría plenamente conciente de lo que estaba haciendo.

Barto estaba todavía muy lejos de comprender el lenguaje encriptado y después de tantos años en la cárcel había decidido que no tenía caso arriesgarse a grandes niveles si podía vivir del fraude en pequeña escala. Pero podía entender también la ambición que movía Helena, aunque al pensarlo dos veces, descubrió que no sabía en realidad si la ambición estaba detrás de sus acciones.

A diferencia de él, Helena no estaba haciendo nada con el dinero que acumulaba en cuentas en varios países europeos y latinoamericanos. Se compraba ropa y muchos zapatos, eso sí, pero por lo que había podido observar, no presumía el dinero, no invertía en bienes raíces, no lo lavaba a través de empresas, no lo metía al mercado de drogas. En realidad era bastante tímida con el dinero. «O es una suicida en potencia, o una depresiva sin remedio», murmuró todavía pegado al computador. «Tampoco lo hace por amor al tal Rodrigo, que a leguas exhibe que es un puto de mierda...¿O será que ella lo quiere?»

Helena estuvo por más de dos horas frente al computador y finalmente, cuando Barto empezaba a hartarse de esperar, envió un mensaje encriptado que él no pudo descifrar. Segundos después, alguien le respondía y aunque el mensaje venía también encriptado, Barto comprendió que la transacción había sido exitosa y en un abrir y cerrar de ojos Helena se había hecho de más de un centenar de números y claves de acceso de tarjetas de crédito.

—¡Joer!, repitió una vez más Barto cuando la pantalla se fue a negros. Apagó rápidamente el computador, lo metió a su backpack y se apresuró a salir del edificio para evitar que Helena lo viera y poder seguirla. Tenía ubicadas cada una de las casas de seguridad desde las cuales Helena trabajaba y se las había arreglado para rentar un cuarto en el mismo edificio o en la acera de enfrente de cada una de ellas. Ayudado de un rogue-sniffer que trabajaba perfectamente en conexiones wireless podía monitorear el tráfico de Helena en la red, sin que ella tuviera la más mínima sospecha.

XIV

—¡Buenísimo, buenísimo, buenísimo!

Rodrigo la abrazó y la besó varias veces en la mejilla con un sonoro muá, muá, muá. Estaba excitado y Helena advirtió que se había metido más cocaína que de costumbre.

—Esto es lo mejor que has hecho, mi querida Helena. Y vamos por más. Eres una joya. Ven, tómate un trago, que te lo mereces.

Rodrigo la empujó suavemente hacia el amplio recibidor cuya única ventana permanecía cerrada y cubierta con una cortina color beige. Era la primera vez que entraba a la casa de Rodrigo. Miró los cuadros en la pared roja de la sala y comprobó que el dinero no garantizaba el buen gusto ni el estilo, pues Rodrigo no tenía ni lo uno ni lo otro. Reconoció la voz dulzona de Miguel Bosé filtrándose por las pequeñas bocinas colocadas en las cuatro esquinas del techo de la sala y pensó que su voz iba a tono con el color amarillo del sofá estilo sesentero. La pared roja estaba repleta de cuadros de todos estilos y colores, desde una reproducción de la Marilyn Monroe de Andy Warhol, hasta una pintura de colores chillantes de la Virgen de Guadalupe junto a un cartel que anunciaba una corrida de toros en la que “El Cordobés” sería la principal atracción.

Rodrigo le extendió un vaso de vino y alzó el suyo para brindar.

—¡Salud! —dijo—. Salud, por todo lo que viene.

—¿Para qué quieres tanto dinero, Rodrigo? —preguntó Helena tras el primer sorbo.

—¡Joder! ¿Para qué va ser? Para lo que lo quiere toda la gente... Para gastarlo, para darme la vida que siempre he querido, para ponerme hasta el culo de coca, para follarme a quien quiera y cuando quiera, para no rendirle cuentas a ningún gillipollas... ¿Para qué más va ser? ¿No es eso lo que hacen los millonarios?

—Para hacer todo eso que dijiste no necesitas tanto dinero... Podrías hacerlo con lo que ya tienes.

—El dinero es como el sexo. Mientras más tienes, más quieres. Pero tú eso de seguro no lo entiendes, porque para mi o eres todavía virgen o eres frígida ¿Cuál de las dos, Helenita?

—Vas a empezar a joder otra vez. Mejor me voy, ya es tarde.

—Nada, nada que te vas... Supongo que no te gusta follar, pero alla tú... Deberías soltarte un poquito, quitarte esa cara de culo fruncido que siempre tienes. Eres una joven vieja, deberías reírte un poco, relajarte. ¿Te has dado cuenta que nunca lo haces? De verdad, Helena, no te haría mal una buena follada, piénsalo... Pero bueno, no te hice que vinieras para hablar de tus conflictos sexuales. Quiero que hablemos del negocio.

—Esto de las tarjetas no me gusta, es demasiado riesgoso. No estoy dispuesta a seguir. Las policías de todo el mundo tienen infiltrados esos sitios, no voy a hacerlo otra vez.

Rodrigo se levantó del sillón y se paró frente a Helena apuntándola con el dedo índice como si fuera un maestro de primer grado.

—No empieces con eso, Helena. No quiero oír una vez más que no quieres arriesgarte. Ya estás adentro, ya lo hiciste y todo salió bien. En este negocio hay mucha gente metida y muchos intereses. No podemos salir con que a la niña le dio miedo.

—Busca a alguien más que te ayude, yo no quiero hacerlo.

—¿Qué parte de te jodes no entiendes? ¿Cuántas veces más te lo tengo que repetir?

—Estás queriendo manipularme, guey. Todo es una mentira. Estoy fuera, no cuentas más conmigo.

Rodrigo dio media vuelta y caminó hacia la barra. Aspiró una línea de coca y se sirvió vino. Helena buscó su bolsa y se levantó para irse.

—¿A dónde crees que vas, estúpida? No he terminado. Siéntate.

—Rodrigo, no insistas, por favor —titubeó Helena.

No había terminado la frase cuando vio la mano de Rodrigo avalanzarse sobre ella y aventarle el vino en la cara. Levantó la vista y alcanzó a ver el puño acercándose a su rostro. El ardor se confundió con la rabia y la impotencia.

—Pendejo de mierda...

—No me gusta golpear a las mujeres, pero hay algunas que solo entienden a golpes...Enderízate y escucha lo que voy a decirte.

Helena se sentó en la orilla del sillón amarillo, la mano izquierda sosteniendo la mejilla, la derecha apretaba el bolso contra su vientre. Bosé no paraba de cantar. Rodrigo se sentó a su lado y tomó su mano izquierda.

—Quiero que escuches muy bien lo que te voy a decir, Helena. No soy el único que está metido en este negocio. Tengo socios que mueven mucho más que dinero de

cuentas bancarias. Ellos no te conocen, no saben quién eres, pero si saben que te estás estrechando se van a preocupar, ¿entiendes? Si te portas bien, puedes llegar muy alto...Pero si sigues con estupideces no se van a tocar el corazón para hacerte a un lado... ¿Sabes a qué me refiero, verdad?

Helena asintió con la cabeza.

—Exactamente. Se desharán de ti. Así, sencillito, en un abrir y cerrar de ojos...Y bastará con que yo les diga que te estás acobardando para que todo suceda... ¿Eso es lo que quieres?

Helena negó con la cabeza.

—Así me gusta, que entiendas, que entres en razón... Y ahora lárgate, que me has puesto muy de malas.

Hacía frío cuando salió del departamento de Rodrigo, pero aún así decidió caminar por las calles que a esa hora lucían desoladas a fuerza del ventarrón que azotaba la ciudad y de la alerta que habían emitido las autoridades ante la presencia de un medicane, como conocían los españoles del área a los ciclones. Las autoridades habían advertido del peligro y pedían a la gente mantenerse en casa, pero ella no quería volver porque sentía que el encierro en su casa la ahogaría y porque tenía la sensación, muy cercana a la certeza, de que alguien la estaba siguiendo. Por primera vez en mucho tiempo, tenía miedo.

«Debe ser la gente de Rodrigo. Seguro les ha pedido que me vigilen. Por eso me dijo lo de las pruebas, porque seguro me está espionando», pensó. «Me amenazó, claramente me amenazó. No puedo seguir aquí, tengo que hacer algo».

Caminó en busca de un lugar donde tomarse un tequila para calentarse el cuerpo. Un sitio abierto donde pudiera sentarse a pensar, a ordenar sus ideas, a definir qué pasos debía seguir. Siguió por la ruta del Puerto, mirando con asombro la furia del mar expresada en olas violentas que al romperse, segundo a segundo, recuperaban la soberanía del agua salada sobre la gruesa arena de la playa. Las embarcaciones ancladas al muelle crujían a cada embate de las olas, mientras unas cuantas aves blancas batían sus alas y retaban osadas al viento en busca de peces revolcados por las olas.

Helena se quedó absorta en ese paisaje tan poco familiar para ella. «Una tarde ideal para un suicida» pensó mientras las amenazas de Rodrigo se mezclaban en su cabeza con los comentarios sobre su sexualidad reprimida «eres una joven vieja...no te haría mal una buena follada...Imbécil de mierda», masculló. Luego caminó hacia la Explanada España y se adentró en los angostos callejones de la ciudad hasta que encontró un bar abierto, pequeño, oscuro, de innumerable fotografías blanco y negro en las paredes y sin un solo cliente. Se llamaba “El Gato Negro” y no tenía más de seis mesas, una barra con cinco bancos y un surtido pobre de licores, lo que lo hacía parecer un lugar venido a menos.

—¿Tienes conexión de Internet? —preguntó al encargado, un hombre bajito y regordete, de unos cuarenta años y rasgos árabes que también era el dueño del lugar.

—Esto es un bar, muñeca. Nadie viene aquí a clavar las narices en una computadora. Y menos con este clima.

—¿Tienes tequila?

El hombre asintió con la cabeza.

—Venga, sírveme uno doble.

Sacó la computadora del bolso, la encendió y se fue directo a los apuntes de su carpeta personal. Tenía ganas de escribir, aunque no tenía idea cómo hacerlo. Pensó en Barto, en lo que estaría haciendo a esa hora —el amanecer en México- en su celda de prisionero.

«Si supieras el lío en el que me he metido», tecleó con rapidez tras tomarse de un trago el tequila y pedir otro. «Ni siquiera sé por qué lo hago. Tú por lo menos disfrutabas la riqueza, los autos, las mujeres. Yo no sé qué hacer con mi vida. Soy la más experta entre las expertas, pero no tengo ni puta idea de qué hacer con el dinero...Te asombrarías de todo lo que he hecho. Empecé clonando tarjetas y ahora me meto en las cuentas de medio mundo, saco dinero y lo transfiero en un abrir y cerrar de ojos. No dejo la más mínima huella. Tengo dinero de sobra, aquí en España, en México, en Argentina, en Colombia, en Estados Unidos. Podría vivir donde quisiera, cogerme a quien quisiera y no lo hago. ¿Y sabes por qué? Porque no soporto la ansiedad de los hombres. Mi “bronca” de niña, me persigue. Supongo que a todos los niños “abusados” les pasa la misma jodedera... A veces me pregunto qué habría pasado si yo hubiera continuado mis visitas al penal. ¿Hubiéramos terminado en el área de visita conyugal? ¿Hubieras vencido mi resistencia? Quién sabe, prefiero no pensar en eso. A veces, como hoy quisiera tener la fuerza para meterme a la cama con cualquiera y mandar al carajo mis traumas. Quizá eso me haría más fuerte, más segura de mí misma. Otras veces pienso que tendría que haber sido más inteligente contigo y contarte la verdad. En lugar de estar trabajando “para” el idiota de Rodrigo estaríamos trabajando juntos tú y yo...Sería más divertido y quizá tú me ayudarías a entender cómo mover el dinero

y darle sentido a este juego... Pero el hubiera es un verbo pendejo, que nunca me ha gustado conjugar. Nunca te pregunté si te habías metido en un lío tan grueso como en el que estoy yo ahora... Imagínate nada más, Rodrigo es un puto cabrón que me tiene torcida. Es ambicioso, avorazado y mala persona. Sí, mala persona. No tiene el más mínimo sentido de la ética... Y sí, ya se que suena ridículo, pero cada negocio tiene sus reglas y su ética. Yo por ejemplo, no chingo al que está más jodido que yo. Esa es mi regla de oro. Pero este imbécil no respeta, no tiene clase, no sabe lo que es ser un ladrón fino. Lo que estamos haciendo ahora ya rebasa cualquier expectativa y tengo miedo.

Nunca he tenido la fuerza, ni la la decisión para mandarlo al infierno. Me aterroriza pensar que caeré presa y ahora peor que me pueden matar. Así que he seguido trabajando “para él”. Y digo “para él” porque ya no tengo libertad. Él programa mis días, me dice quién es la próxima víctima y sabe perfectamente cuánto tomo de cada cuenta. No tengo manera de ocultarlo. Primero me pidió la mitad de cada transacción, ahora le doy el sesenta por ciento y el tipo lo invierte. Se ha convertido en un nuevo rico con empresas de comida, lavanderías y bares aquí y allá. Yo creo que hasta se esta metiendo al negocio de la droga, algo que no termina de gustarme y ahora menos que nunca. A mí, la verdad me sigue quedando mucho dinero, pero solo lo transfiero a cuentas porque no tengo ni idea de qué más hacer. Y lo que más me jode es sentirme siempre amenazada. Estoy metida hasta el culo en este desmadre y lo único que me queda es irme de Alicante, pero Rodrigo no me va a dejar escapar tan fácilmente... ¿Qué harías tú, Barto?»

—¿Vas a querer otro tequila? No hay un alma en este pueblo y cerraré en unos minutos más, niña. El clima no se arreglará esta noche.

La voz del bartender la sacó de su ensimismamiento.

—Sí, dame otro tequila doble. Tómame uno conmigo. El tequila le calienta a uno el alma —dijo cerrando el computador.

—Te parecerá raro, niña, pero no bebo. Hace muchos años bebí todo lo que tenía reservado para toda la vida. Tómame tu tequila y vete a descansar. La soledad no es buena consejera.

—Sí, sí lo es. Anda, cierra tu negocio y sientate aquí conmigo —ordenó Helena mientras jalaba al hombre por la camisa y deslizaba su mano sobre su entrepierna.

Helena volvió a El Gato Negro varias veces durante las siguientes dos semanas hasta darse cuenta que podía tirarse a un hombre, casi tan fácilmente como hackeaba una computadora, robaba identidades o compraba y vendía números de tarjetas de crédito y contraseñas. Era cuestión de desconectarse, de no pensar en lo que estaba haciendo.

Ni siquiera le preguntó su nombre. Helena llegaba por las noches al bar y se quedaba hasta que el dueño corría al último cliente. El hombre bajaba la cortina metálica y sin palabras se dirigía a ella, la desvestía con tanta prisa que las sillas iban cayendo al suelo mientras el la tendía sobre la mesa o la empujaba contra la pared para arremeter con fuerza en su delgado cuerpo, como si toda la energía acumulada a lo largo del día explotará en ese instante. Otras veces, la sentaba a horcajadas sobre sus

piernas abiertas, le acariciaba los senos con ansia de adolescente, le metía los dedos a la boca y le llenaba el cuello y las orejas de baba mientras susurraba cosas en sus oídos. Apenas la penetraba, eyaculaba, como si fuera su primera vez, como animal en celo.

Helena descubrió que aunque no gozaba esos encuentros, tampoco la molestaban. Le excitaba la idea de la aventura y de por primera vez ser ella quien decidía el dónde, cuándo y con quién. Él no la forzaba a nada, sólo tomaba lo que se le ofrecía y no pedía más. Ella tenía el control y eso no se parecía en nada a su experiencia de niña.

La última noche que acudió al bar, el hombre corrió a los clientes una hora antes del cierre. Parecía más ansioso que de costumbre y en cuanto bajó la cortina, se le echó encima con desesperación.

—Me tienes loco, niña —le dijo mientras trataba de besarle los senos—. Quiero que te quedes esta noche conmigo, que duermas aquí.

Helena esquivó con repulsión sus besos cargados de baba y lo empujó decidida. Recogió su bolso tirado en el suelo y se arregló el cabello con las manos.

—Se acabó, dijo. Ábreme la puerta, ya no vendré más.

—¿Por qué, muñeca? ¿Ya no te gusta como te follo? ¿Qué pasó?

—Ya no te necesito. Me das asco.

Salió del bar y la invadió una sensación de libertad. Había dicho que no por primera vez y también por primera vez había fijado las reglas en el uso de su cuerpo. De alguna extraña manera sentía que eso era el inicio de su liberación de Rodrigo. Caminó sobre el paseo del puerto hasta llegar a su casa. Se sentía más ligera. Llenó la tina del baño con agua caliente y se sumergió en ella por un largo rato, hasta que el

timbre del teléfono la distrajo. Reconoció el número de Rodrigo y decidió no contestarle. —Que siga llamando, si tanto le urge—, musitó mientras apagaba el celular.

Una hora después salió de la tina, se preparó un café y se dirigió al computador a revisar sus cuentas de correo electrónico. El buzón tenía varios mensajes sin abrir, algunos de remitentes desconocidos.

El primer mensaje venía de *beautifulgirly* y supuso que se trataba de scam. Aún así, llevó el cursor al mensaje y lo abrió. “¿Cuánto *T* pagó por el polvo?” Por unos segundos Helena se quedó perpleja frente al computador, luego regresó al buzón de correo e hizo click en el segundo mensaje, que firmaba *startingthewar*. “O le pagaste?”

Ya no abrió el resto de los mensajes. Alguien la espiaba, la había seguido, estaba al tanto de sus encuentros con el dueño de El Gato Negro y, evidentemente, quería joderla. Las piernas le temblaban y el corazón le latía con prisa. Era alguien que sabía su correo electrónico, que de seguro la vigilaba a todas horas, que utilizaría la computadora para joderla.

—Ha de ser Rodrigo —dijo en voz alta—. Quiere amedrentarme.... Pero Rodrigo no sabe de computadoras, no tiene idea de cómo meterse al sistema de otro...¿Será que le pagó a alguien para que lo hiciera? Rodrigo está metido en un mierdero y debe conocer a mucha gente que le ayude.

Fue a la cocina por una botella de vino. Se sirvió en un vaso y abrió el resto de los correos. Nada los relacionaba con los previos. En esas estaba cuando entró un nuevo mensaje que le provocó un vuelco en el estómago. Era evidente que alguien se había metido a su sistema.

El remitente era un *killingsuoftly* y por un segundo, Helena puso en duda la posibilidad de que fuera Rodrigo. Era un mensaje encriptado que hacía alusión a la última operación que efectuó en el foro de BannedMarket, en la que adquirió los 50 números y passwords de tarjetas de crédito que Rodrigo le exigió en su última reunión.

Helena revisó meticulosamente el mensaje y se quedó pensativa con los codos sobre la mesa y las palmas de las manos sosteniendo su barbilla. No podía apartar los ojos del computador y en su cerebro se formaban todas las conexiones posibles para poder explicar ese mensaje. El correo en realidad no decía nada, era un mensaje en clave para anunciar una especie de subasta de paquetes de números de tarjetas, pero que alguien se lo hubiese enviado a esa dirección electrónica era algo que no cuadraba en la lógica del foro.

Desde que empezó a hacer transacciones a gran escala, Helena tenía tantas cuentas de correos electrónico como computadoras en las distintas casas de seguridad que Rodrigo había establecido poco a poco. De hecho, cada vez que hacía una transacción fuerte o entraba al BannedMarket usaba distintas identidades y claves de acceso. Eso era lo que dictaba la lógica misma del negocio y por lo tanto, las cuentas personales las usaba sólo para lo esencialmente necesario, es decir, para aquellas cosas que la hacían pasar como una chica normal. Esas direcciones de correo, una de Yahoo y la otra de Gmail eran las que daba para darle seguimiento a ciertas cosas, como cuando alguien escribía en su muro de Facebook o cuando compraba algo por Internet o pagaba los servicios usuales de la casa.

—Es alguien que sabe lo que estoy haciendo —musitó— Y una de dos, o es Rodrigo que quiere espantarme o es alguien que está en el foro y que me espía. Una tercera posibilidad le provocó una punzada en el estómago y de inmediato la alejó de su mente. «No puede ser la policía, no, no puede ser...¿qué necesidad tendrían de advertirme?»

Se levantó de la mesa y recorrió el espacio que la separaba del zaguán principal y de la única ventana que daba a la calle. Se sentó en una de las mecedoras de Doña Esperanza, miró fijamente la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y levantó su vaso de vino hacia el cuadro.

— Salud —dijo.

Luego se levantó y caminó hacia una esquina solo para comprobar que los ojos de Jesús parecían seguirla. Caminó hacia el otro extremo y los ojos siguieron sus movimientos. Recordó que de muy niña, su madre le dijo que nada escapaba a los ojos de Dios, por eso, las imágenes de los santos seguían a las personas, porque ellos le daban cuentas a Dios de lo que hacían los humanos.

Hacía mucho tiempo que ella no creía en Dios, que no rezaba, que no entraba en una iglesia. Volvió a mirar la imagen religiosa y pensó que quien la seguía obviamente estaba en Alicante, la había visto entrar y salir del Gato Negro y quizá había estado cerca de ella en El Trovador o en el Castillo de Santa Barbara o en sus paseos por el Puerto. Tomó las llaves de la casa y salió a la calle empedrada y silenciosa. Eran las tres de la mañana. Caminó despacio, escuñidrando con la mirada cada uno de los edificios que bordeaban la calle, tratando de sorprender al espía detrás de unas cortinas semiabiertas o detrás de la luz pálida que asomaba en un

departamento, en el hombre que fumaba en un balcón y le decía 'hey guapa, por qué tan solita', en la mujer que venía hacia ella en una motoneta, en el borracho solitario que repentinamente le parecía sospechoso. «¿Desde cuándo me estará siguiendo? ¿Qué tanto sabrá de mí? ¿Me habré topado con él... o ella en alguna de las fiestas? Necesito hablar con Rodrigo, necesito aclarar esto».

Dio media vuelta con la esperanza de sorprender a alguien detrás, pero la calle seguía semi-vacía, sin rastros de alguien tan despierto como ella. Regresó a casa y decidió que no miraría más la computadora. Si había un nuevo mensaje, lo leería al día siguiente y después encararía a Rodrigo.

Antes de irse a la cama se peinó el cabello con lentitud, como si cada cepillada desenredara la madeja de recuerdos, odios y querencias que podían darle un sentido a su presencia en esa tierra tan ajena. Hizo un esfuerzo por recordar el rostro de sus padres, pero no consiguió hacerlo. Nunca había podido reconstruirlos sin ayuda de las fotografías. Pensó en su tío, que abusó de ella hasta el cansancio diciéndole que nadie le creería si lo denunciaba y por el contrario, la echarían de la casa si abría la boca. Pensó en Jovita, en el absurdo de su muerte, en la terrible sensación de ser huérfana a los dieciocho años y no tener a nadie, absolutamente a nadie para quien su vida fuera importante «¿Cuántas personas habrá en el mundo que se enfrentan a esa desgracia?» Pensó en la falta de sentido que tenía su vida. «Tienes dinero y no te interesa tenerlo...¡qué absurdo!»

Terminó de cepillarse y se miró al espejo. Trató de sonreír ante su propia imagen, pero más bien le salió una mueca desagradable. Abrió el botiquín y buscó el frasco de Advil para dormir. Tomó dos pastillas, se las echó a la boca y se las pasó con un trago de vino. «Uy sí, el mundo a tus pies... Te salió el tiro por la culata».

Se metió a la cama tratando de no pensar en las complicaciones que tenía por delante, pero la atormentaba la imagen de Rodrigo golpeándola y la idea de que alguien se había entrometido en el sistema de su computadora. «Inhala, ...exhala....inhala... exhala.... Inhala...exhala... inhala...»

Vio mucha gente en la playa, niños, muchos niños mojándose los pies, corriendo de un lado a otro persiguiendo las olas. Uno en particular le llamaba la atención, estaba a unos metros de donde ella estaba sentada y tendría quizá cinco años. Jugaba con un perro grande, color chocolate que corría incansable al mar cada vez que el pequeño aventaba un disco de plástico hacia las olas... El perro salía con el disco en el hocico, moviendo la cola y lo ponía a los pies del niño, que de nuevo lo aventaba al mar. Era como una escena mecánica, hasta que de pronto, una ola gigante revolcó al perro y lo regresó muerto fuera del mar. El pequeño gritó y corrió hacia el perro, pero de pronto una ola gigantesca lo envolvió. Ella trataba de ayudarlo, pero no sabía nadar en el mar. En un momento vio su manita salir del agua y logró atraparla. Empezó a jalar contra la fuerza del agua pero era muy pesada la carga. De pronto, la mano que sostenía ya no era la de un niño, sino la de un hombre, aún así jaló con fuerza y logró sacarlo del agua. Reconoció la cara de Rodrigo justo antes de que una segunda ola los revolcara a ambos. Intentaba salir pero las manos de Rodrigo estaban aferradas a sus piernas. No podía respirar, se ahogaba y él no la dejaba moverse...No iba a salvarlo...

Era ella o él. Forcejeó bajo el agua, sintiendo que le estallaban los pulmones, hasta que las tenazas que eran las manos de Rodrigo cedieron. Estaba muerto, su cuerpo arrastrado como un fardo por las violentas olas. Quería nadar, pero cada ola la sumergía nuevamente...Necesitaba aire, más aire...

Despertó gritando.. Se incorporó de la cama y escuñidró a través de la oscuridad. A tientas encendió la luz y se restregó los ojos. Era un sueño, un maldito sueño, pensó.

Fue a la cocina por un vaso de agua. En el zagúan abrió la cortina y echó un vistazo al exterior. La calle estaba silenciosa, ni un alma visible. Solo había una luz encendida en uno de los cuartos de azotea del edificio de enfrente «Alguien tan desvelado como yo». Cerró la cortina y recordó el sueño tratando de encontrarle significado. «Rodrigo muerto... O él ó yo...Claro, es él ó yo, no tengo otra alternativa».

XV

Por varios días Barto perdió el contacto con la cotidianidad de Helena. Se le ocurrió que quizá se había apresurado al enviarle los correos electrónicos sin tener antes una estrategia para introducirse nuevamente a su sistema. Debió haber previsto que ella activaría algún programa de protección de la computadora.

Por otro lado, tenía la certeza de que los correos habían logrado el objetivo de encender las alertas en la mente de Helena y probablemente generar su miedo. Desde que la vio nuevamente, Barto oscilaba entre la idea de la venganza y las ganas de protegerla y salvarla de la debacle en la que estaba cayendo. Lo que en realidad quería era que se saliera del negocio de las tarjetas de crédito «es demasiado ingenua para eso» o definitivamente se animara a mandar al carajo al maricón de Rodrigo. Lo que sí lo ponía contento era pensar que gracias a los mensajes, Helena había dejado de ir al Gato Negro a follarse al desagradable árabe. «¿Qué coños hacía esta tía follándose a un tipo como ese?»

Mientras encontraba la forma de espiarla nuevamente a través del computador, decidió seguirla con discreción a lo largo de la semana. Un día la vio entrar a la casa de seguridad de Francisco Pizarro, al día siguiente pasó algunas horas en el departamento de San Juan Bosco. Luego se pasó tres días encerrada en el piso de la calle Colón. Lucía demacrada y seguía perdiendo peso. Cada vez que salía a la calle miraba para un lado y para el otro, atisbaba con recelo hacia las ventanas de los edificios, parecía más hosca que de costumbre. Seguirla era fácil para Barto, sobre todo durante el día, cuando las calles de la ciudad se llenaban de gente, motociclistas,

bebedores de café y jugadores de ajedrez. Helena caminaba a todos lados y aunque tenía una motoneta la usaba poco. Tampoco era amiga del transporte público. Sus caminatas eran largas y con frecuencia incluían un paseo por el malecón, donde tenía la costumbre de buscar una banca y sentarse a mirar el mar por un largo rato. Cuando Barto la miraba ahí sola, indefensa, inmóvil en la banquita de fierro, envuelta en trapos que la hacían verse más pequeña, los ojos fijos en el movimiento perpetuo del mar, sentía ganas de estrecharla entre sus brazos, de llevársela consigo, besarle sus pequeños pies, taparla y destaparla por las noches, despertar con su olor de hierba de campo, olvidarse del orgullo y pedirle, rogarle que se viniera con él.

En esos momentos, Barto olvidaba las mentiras de Helena, su pretendida inocencia cuando preguntaba cosas, el tramposo ofrecimiento de visitar a su madre para entregarle las cartas que él escribió desde la prisión. Podía olvidar incluso la intención de Helena de sobornar al agente de bienes raíces para comprar la casa que fue de su madre «¿Qué ganaba con eso? ¿Para qué quería la casa de mi madre? Seguro pensó que me moriría en México...»

Pero no podía perdonarla tan fácilmente. Helena abusó de su confianza, cruzó la línea y decidió por un camino que lo excluía y que inevitablemente llevaría a la confrontación.

Una mañana la siguió hasta el departamento de Vasco de Quiroga. Siempre que iba a ese lugar Helena permanecía ahí por varias horas. Al momento que la vio cruzar el umbral del edificio, Barto dio media vuelta y apresuró el paso hacia la casa de la calle Colón.

Estaba nervioso cuando introdujo la llave en la cerradura. Hacía más de quince años que no entraba a esa vivienda que lo vio nacer y crecer. Lo sorprendió la luminosidad del zaguán porque no lo recordaba así. En su mente aún estaba la imagen de una jungla de helechos, monstera, orejas de elefante y decenas de enredaderas de potus que subían y bajaban por las paredes, dándole una vida propia a ese pequeño espacio en el que siempre hubo pájaros enjaulados que trinaban como enloquecidos al amanecer y al ocultarse el sol. Las mecedoras que su madre heredó de la abuela seguían intactas, testigos del polvo acumulado por los años. Helena no había movido nada, ni siquiera la distribución de los muebles avejentados de Esperanza. Las fotos color sepia seguían en el mismo lugar, eternizando la sonrisa inmutable de los que ya no existían. Al ver las fotos, Barto pensó en la ironía de la vida, que preserva las cosas materiales más allá de la vida de sus poseedores. Se detuvo un momento a contemplar el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, con esos ojos inquisidores que lo persiguieron y atormentaron a lo largo de su niñez hasta el día en que sin que su madre se diera cuenta, descolgó el cuadro, lo puso sobre el suelo, caminó a su alrededor y se detuvo en el borde superior, con sus pies apuntando hacia la cabeza de Jesús. Balanceó su cuerpo de un lado a otro y se percató que los ojos no miraban hacia arriba. Se dirigió al borde inferior de la pintura y sucedió lo mismo, los ojos no volteaban hacia abajo. Entonces entendió que Dios podía ver solo algunas cosas y que todo dependía del ángulo desde el cual te estaba mirando. Dios, al igual que los seres humanos tenía un punto ciego.

Sonrió al recordar el episodio y sin pensarlo más se dirigió a la habitación principal. La cama estaba sin arreglar con la mitad de las cobijas en el suelo, en la mesa de noche había un par de tazas con sedimentos de café y un vaso de vino a medio

llenar. Regados por todos lados había una colección de zapatos —botas, botines, tacones de aguja, sandalias, tenis de todos los colores- además de los comics y revistas de videojuegos que completaban el cuadro desaliñado de la habitación; nunca imaginó que Helena fuera tan descuidada. Tomó una de las almohadas y se la llevó a la cara restregándola sobre su nariz, la apretó contra su pecho y recorrió con la mirada la superficie de la cama, hasta que distinguió entre las sábanas unas braguitas blancas enrolladas. La sangre se le agolpó en el sexo. Hacía tanto que no olía un coñito. Con delicadeza tomó las bragas entre sus manos y las acercó a su nariz, aspirando con ansia ese olor tan primitivo en su conciencia, una y otra vez, restregándolo en sus mejillas, en sus ojos cerrados, en su cuello, en su sexo alborotado. No podía contenerse, el universo entero se había derramado en ese olor amargo que representaba el goce infinito y que nunca llegaba a ser suficiente. «Helena, mi Helena, Helena...»

Se quedó un rato sobre la cama, exhausto, mirando al techo todavía con las bragas sobre la cara «¿Y si mejor te salvara?, ¿Si en lugar de castigarte te tuviera conmigo?». Giró la cabeza hacia la derecha y descubrió una foto añosa que su mente no registraba. Se levantó de un brinco y se reconoció asimismo más de veinte años atrás, retratado en una playa de Valencia, cuando la vida empezaba a sonreírle y el mundo parecía estar a sus pies. Helena tenía esa foto en la habitación, lo que significaba que quizá pensaba en él, que todas las noches lo miraba en esa engañosa memoria de papel. Colocó la foto nuevamente en su lugar y echó un vistazo a los papeles y baratijas que había sobre la cómoda, con extremo cuidado levantó la carpeta que cubría el mueble y encontró ahí el sobre dirigido a su madre. Fue un recordatorio rotundo del rencor que debía alimentar contra Helena.

Acomodó todo para no dejar huella de su visita y se dirigió al segundo cuarto, donde Helena tenía una computadora Mac. Abrió la tapa, la encendió y copió sin problemas los archivos de Word, hizo click en el ícono del Internet y se fue directo al comando que rastreaba la historia reciente de búsquedas. Quería deducir qué planes tenía Helena.

En los últimos tres días, Helena había invertido horas en sitios dedicados al consumo de heroína, cocaína y metanfetaminas. Barto identificó la búsqueda original en google ‘combinaciones letales en drogas’ y apretó enter. Leyó ‘Drogas y volante’, ‘Combinación letal mató al hijo de Anna Nikol’, ‘las diez preguntas más formuladas por los adolescentes sobre...’ El primer vínculo que abrió Helena hacía referencia a combinaciones letales y sobredosis. Era un documento detallado sobre las características de cada droga y sus efectos al ser combinadas con otras. A partir de ahí

Helena abrió una enorme cantidad de vínculos y cada uno de ellos la fue llevando a refinar su búsqueda hacia la combinación de heroína negra y ciertos medicamentos de prescripción. Las páginas describían con detalle los síntomas de una sobredosis y el tipo de muerte que generaba esa combinación. Un cóctel de drogas que mezclaba analgésicos y cocaína o heroína había producido la muerte a más de 500 personas en ciudades estadounidenses y se decía que era entre 50 y 100 veces más potente que la morfina.

Barto se preguntaba de dónde surgía el interés súbito de Helena por las drogas, siendo que ni siquiera era adicta al cigarro. Le llamó la atención que la búsqueda tuviera que ver con la muerte asociada al uso de esas combinaciones y trató de imaginar qué planeaba.

Antes de irse echó un vistazo a las notas que Helena había escrito en pedazos de papel y en una pequeña libreta Moleskine. Las últimas notas escritas eran direcciones y en la parte superior de la hoja las letras MFM habían sido repasadas varias veces con pluma. Barto arrancó una de la libreta y copió las direcciones. Dedujo que las letras eran la abreviación de la palabra metanfetaminas.

Pasó por la habitación y miró que todo estuviera en el mismo sitio. Tomó las bragas, las olfó nuevamente y las volvió a colocar enredadas entre las sábanas. Se dirigió al cuarto de baño y hurgó en el cesto de la ropa sucia. Encontró sin problema otras braguitas y las echó al bolsillo del abrigo.

XVI

—Otra vez estás diciendo sandeces. ¿Cómo se te ocurre que voy a espiarte?

Helena lo miró con recelo y atacó nuevamente.

—¿Quién más podría ser, Rodrigo? La última vez que hablamos me amenazaste. De seguro estás urdiendo algo.

—Mira, Helena. Se está volviendo muy difícil trabajar contigo. Aceptas hacerlo y al día siguiente estás reculando. Para mí que eso de que te espían es pura paranoia.

—Te mostré los correos, no es paranoia.

—Claro, solo así me enteré de que sí follas... ¡Mira que follarle al tío del Gato Negro! Estás bien deschavetada, tía.

—Deja de reírte como estúpido. Si follo o no follo es algo que no te importa. Y bueno, si no eres tú, ¿Quién puede ser, eh? Rodrigo caminó hacia la mesa de centro y abrió una caja de madera grabada. Adentró había varias bolsitas de polvo blanco. Sacó una de ellas y se dejó caer en el sillón amarillo. Se quitó el cigarrillo que traía montado en la oreja y lo colocó entre sus dedos pulgar e índice para sacarle el tabaco. Era algo que hacía con extremada facilidad. Estiró el papel arroz y empezó a rellenarlo con el tabaco y la cocaína. Pasó la lengua sobre el filo del papel para sellarlo. Lo encendió y aspiró profundamente. Helena caminó hacia la ventana para alejarse del desagradable olor a caucho quemado que despedía el cigarrillo alterado de Rodrigo.

—No tengo idea quién pueda ser, pero por si acaso, voy a pedirle a un contacto en la policía que indague si hay algo contra ti.

—¿A la policía, dijiste? ¡Ni se te ocurra, Rodrigo!

—Sí, dije a la policía, pero no te pongas histérica. Ese policía es de confianza.

Helena palideció y la voz se le quebró.

—No quiero que mi nombre salga a relucir en ninguna conversación entre policías. Por favor, te lo ruego, olvídate del asunto. Si un policía empieza a preguntar me joden...

—Cálmate, cálmate... Te digo que eres una histérica loca. Vamos a dejar que pasen unos días y si vuelves a encontrarte un correo me avisas... Y ahora lárgate que me exaspera verte como conejito asustado. No te haría mal echarle otro polvito con tu Gato Negro.

—Eres un idiota, te aborrezco.

—Y yo a ti.

Helena llegó a El Trovador a las 8 de la mañana. Había tenido una larga noche de insomnio y necesitaba despejarse. Se sentó en la misma mesa de siempre, aquella donde había entablado la asociación con Rodrigo. El café estaba desierto, pero adivinó que los clientes no tardarían en llegar. Buscó la edición de El País y la hojeó con desgano.

De pronto, un titular en la parte inferior izquierda atrapó su atención «Investigan red de tráfico de tarjetas de crédito», encabezaba la nota. «La Policía Nacional investiga la posibilidad de que una red internacional de tráfico de tarjetas de crédito esté detrás de los múltiples casos de fraude que se han registrado en fechas recientes en varias áreas del país. Un portavoz de la policía declinó dar detalles sobre

las investigaciones, pero adelantó que se tiene detectada una célula que estaría trabajando desde las zonas de Valencia, Alicante y Cartagena. Tenemos algunos avances, dijo, pero no podemos dar detalles. Solo estamos pidiéndole a la gente que denuncie en caso de ser víctima de fraude».

Helena cerró el periodico con urgencia, lo dobló en cuatro partes y lo guardó en el bolso. Se levantó de la silla con la sensación de que las rodillas no le obedecían y salió a toda prisa del lugar.

Llegó a la casa de la calle Colón y se dirigió al armario en busca de una maleta. Echó un par de zapatos y una muda de ropa. Le temblaban las manos y no podía concentrarse. «Piensa, piensa, piensa».

Se sentó sobre el borde de la cama e intentó relajarse usando la técnica de la respiración. «Pon en orden tu cabeza, no te aceleres...respira hondo...exhala...»

Había pasado más de una semana de su encuentro con Rodrigo y él no la había buscado, tampoco habían aparecido nuevos mensajes en su computadora. Ahora estaba segura de que Rodrigo lo había planeado para espantarla y el miedo a que le pusiera el dedo con la policía la tenía desquiciada. «La única persona que sabe quién eres y qué haces es Rodrigo. El es el único que te puede identificar... Si la policía va tras de él, seguro les dará mi nombre... Es capaz de ponerme con tal de salvar su pellejo...Tengo que irme de aquí, pero antes tengo que ir con Rodrigo».

Se levantó y fue hacia el escritorio para tomar la libreta Moleskine donde había apuntado las direcciones. Cortó las hojas y las metió dentro de su bolsa antes de salir a la calle. Tomó las llaves de la motoneta y se montó en ella con rapidez, pero tuvo que hacer tres intentos antes de que la moto encendiera. Manejaba mirando el espejo con

insistencia para cerciorarse que nadie la seguía, aunque a esa hora del día había tanta gente caminando y en motos que era prácticamente imposible darse cuenta si alguien en particular iba tras ella.

Llegó a la estación de tren y compró un billete para Barcelona y cuatro hora después encontró la dirección que buscaba en un barrio en las afueras de la ciudad. En una de las muchas fiestas a las que había asistido por encargo de Rodrigo se había enterado de dónde y con quién se podía conseguir todo tipo de drogas. Sabía también que para comprarlas se necesitaba algún conecte, una recomendación que pudiera darle acceso a Felipe, “el mexicano”, quien era uno de los principales abastecedores de mercancía para Rodrigo y sus amigos.

Tocó el timbre de la puerta y preguntó por Felipe.

—Vengo de parte de Rodrigo —dijo.

La chicharra le abrió el acceso a un edificio de pasillos estrechos y paredes descarapeladas. Encontró el departamento 204 y tocó la puerta.

—Entra, gritó alguien desde dentro.

La habitación era sobria, sin más muebles que una cama destendida, un armario en el que la ropa estaba en el suelo y una pantalla de plasma en la que se desplegaban los personajes de Halo3. El chico, un poco más joven que ella, estaba encima de la cama con el control en la mano.

—Hola, soy Helena.

—Hola.... Te ví en en algunas de las fiestas del Rod. Casi no voy para allá. ¿Eres mexicana, verdad?

—Si, del D.F. ¿y tú?

—Yo soy de Ecatepec, pero hace un chingo que no voy para allá.

Helena miró los puntajes del chico y pensó que podía ganarle fácilmente. Sintió ganas de tirarse en la cama con él y pasarse la tarde en los videojuegos, pero él le quitó la idea.

—Y ¿Qué pex? ¿Qué es lo que andas buscando? ¿Coca?

—No, quiero heroína, heroína negra.

—¡Órale! ¿Para ti?

—No. Es pa mi chavo, está muy clavado el guey.

—¿Cuánto quieres?

—Un par de gramos

El chico se levantó de la cama y se dirigió a una pequeña habitación que hacía de cocina. Se entretuvo moviendo cajas y cajones y finalmente le entregó los dos sobres pequeños perfectamente envueltos.

—No quiero pedos. Si te agarran, nunca me has visto— dijo.

Helena asintió con la cabeza queriendo disimular su nerviosismo.

—Tranquilo, no va a haber pedos.

Cuando salió del lugar el corazón le trepidaba. Un taxi la llevó a la estación de tren y dormitó en el camino de regreso. Eran poco después de la seis cuando arribó a Alicante. Se subió a la motoneta y manejó hasta el límite de velocidad. «Ya no hay marcha atrás, Helena, no hay marcha atrás».

Se detuvo en una farmacia y compró una caja de Tylenol P.M. y otra de Fentanyl. Con ambas en la bolsa se dirigió a uno de los departamentos de seguridad. Sentía que el corazón le iba a estallar cuando abrió la puerta y entró al departamento.

Miró por la ventana y comprobó que nadie la había seguido. En la barra de la cocina abrió el frasco de Tylenol y colocó varias pastillas en un mortero que encontró en la alacena e hizo lo mismo con el Fentanyl. Las trituyó obsesivamente, hasta que quedaron convertidas en un polvo tan fino que asemejaba el talco. Buscó en su bolso los envoltorios que le dio el Mexicano y los abrió con cuidado, vaciando su contenido dentro del mortero. Trituró y mezcló hasta que los ingredientes quedaron completamente integrados. El resultado era una pasta de color blancuzco-amarillento, parecido al queso manchego. Con extremo cuidado, vació la mezcla en varios pedazos de papel y los envolvió de la misma manera en que lo había hecho el Mexicano. Solo necesitaría dos envoltorios y tenía cuatro. Aún así, los echó todos a su bolso.

«No hay marcha atrás. Esta noche me voy de Alicante. En Madrid decidiré que hago después».

Salió a la calle y se montó en la motoneta. La casa de Rodrigo estaba a unos diez minutos de distancia, pero optó por ir al malecón antes y detenerse a ver el mar desde Alicante por última vez. Sabía que estaba por cruzar una línea a la que nunca se propuso ni siquiera acercarse, pero ya no podía arrepentirse. Estaba asfixiada por las demandas de Rodrigo y la policía andaba cerca. No tenía opción. Encendió la moto y se dirigió a su destino.

—¿Quién es? reconoció la voz de Rodrigo en el interfón

—Helena.

Se hizo un silencio corto antes de escucharlo otra vez. Su voz tenía un tono de fastidio.

—Vale, sube.

Le abrió la puerta con desgano, tenía una cerveza en la mano y sin hacerla pasar le preguntó qué quería.

—Vine a hablar contigo, déjame entrar.

Rodrigo se movió del marco y la hizo pasar. No se había afeitado y apestaba a alcohol.

—Que carita tienes...¿Has estado crudo todo el día?

—Sí, traigo una resaca que apenas puedo. ¿Y qué es eso que vas decirme?
¿Quieres un trago?

—Sí, lo necesito. Estuve pensando y creo que tienes mucha razón. Ando muy acelerada y me pongo muy miedosa. Le he estado dando vueltas y se me ocurre que los correos que recibí seguramente son de algún otro hacker que anda jodiendo al prójimo.

Rodrigo la escuchaba sin interés. Caminaba de un lado a otro de la habitación y parecía distraído y nervioso.

—Lo que te quería decir es que seguiré trabajando contigo. Al final tú me conoces, yo te conozco y hacemos una buena sociedad. Discúlpame las niñerías ¿vale?

—Me parece excelente. Tienes mucho talento y no es justo que lo desperdicies en tonterías, y si no tienes nada más que decirme, quisiera dormir un rato.

Helena se levantó del sillón y tomó su bolso.

—Sí, claro. Ah, por cierto, ayer fui a buscar a mi contacto que me vende los chips...Lo encontré con alguien que te conoce bien, el mexicano. Me dio un encargo para ti...

A Rodrigo se le iluminaron los ojos.

—¿El mexicano anda por aquí? Qué raro que no haya venido a verme. ¿Qué te dio?

Helena sacó los pequeños envoltorios y se los dio en la mano. Rodrigo se sentó frente a la mesa de centro en la sala y abrió uno de ellos con ansiedad.

—Qué color tan extraño tiene esto —dijo Rodrigo mientras desplegaba cinco largas y gruesas líneas sobre la mesa.

—Dijo que te mandaba ese material, que era de muy buena calidad, que lo probaras y que si te latía podía conseguirte más —dijo Helena sin quitarle la vista de encima.

Rodrigo ya no la escuchaba. Inhaló una larga línea y casi de inmediato fue tras la segunda y la tercera.

Helena vertió el vino de su copa en el lavabo y la lavó. Además de eso, no había nada que delatara su presencia en esa habitación. Rodrigo tenía los ojos cerrados y la cabeza reclinada sobre el sofá amarillo. Quedaban dos líneas sobre la mesa, pero Helena no quiso saber si su socio despertaría para metérselas por la nariz.

Salió del departamento y bajó tranquilamente las escaleras. No quería hacer ningún movimiento que denotara su nerviosismo. Se montó en la motoneta, aceleró y enfiló hacia la calle Colón.

XVII

Cuando introdujo la llave en la cerradura sintió una primera arcada. Trató de contener el vómito pero no pudo. No tenía nada en el estómago, era solo bilis. Abrió la puerta sintiendo que venía una nueva arcada y alcanzó a llegar al baño. Le dolía el esfuerzo que implicaba cada espasmo. Como si todo los miedos contenidos en su vida quisieran salir en torrente. Levantó la cara y miró su rostro descompuesto frente al espejo. Los cabellos cayendo sin gracias sobre el rostro, los ojos anegados en lágrimas negras, el rimmel corriéndose a lo largo de sus mejillas. «¿Quién iba a decir que las cosas llegarían hasta este punto, quién podría haber imaginado que te convertirías en esto?»

Se sentía mareada, débil, ajena a todo lo que le rodeaba. Miró a su alrededor y trató de reconocerse en ese espacio que había usurpado durante varios meses. Se abrió paso entre las sábanas esparcidas por el suelo y trató de encontrarse en los pocos objetos que le pertenecían, la ropa sin gusto, los zapatos que compraba y nunca usaba, las decenas de personajes de los videojuegos que acompañaban sus ratos de ocio. No podía reconocerse en ninguno de ellos. «¿Qué de todo lo que hiciste estuvo mal?, ¿dónde empezaste a equivocarte?»

En la cocina llenó medio vaso de tequila, contuvo el asco y se lo tomó de golpe. Quería aturdirse, no pensar, bloquear la sensación de vacío que la invadió desde que abandonó la casa de Rodrigo unos minutos antes. «¿Se habrá muerto, ya? ¿Y si no se muere? No, esa posibilidad no cabe. Tiene que estar muerto». Temblaba cuando rellenó el vaso de tequila. Caminó hacia la recámara y vio la maleta que había

preparado unas horas antes, pero no tenía fuerzas para tomarla. Su cuerpo no le obedecía, sabía que no era racional quedarse ahí, pero no podía moverse. No tenía deseos de irse. «Mañana me iré, o pasado. Nadie sospechará de mí». Se acercó a la cómoda y tomó la foto de Barto. La miró por un largo rato hasta que un pensamiento que la había rondado y no lograba concretizarse se hizo evidente. Buscó entonces el sobre que la había traído a Alicante y decidió abrirlo. Fue un instinto, una necesidad urgente de saber qué le decía Barto a su madre en esa carta, como si ese sobre encerrara una verdad que pudiera darle un poco de sentido al sin sentido en que se había convertido su vida.

Abrió el sobre con cuidado, como si se tratara de un objeto frágil y delicado. Repasó con sus dedos la tinta gastada en cada una de las apretadas letras, imaginó su puño sosteniendo la pluma, sus ojos fijos en el papel, el corazón puesto en cada palabra. «Si supieras, Barto, lo mal que me han salido las cosas... »

La carta estaba escrita en una hoja de papel cuadriculado, arrancada de un cuaderno de espirales, con un margen rojo en el costado izquierdo. «Querida madre», empezaba. «Han pasado más de dos meses desde la última carta que le envíe y no he recibido noticias tuyas. Estoy preocupado por su salud. Escríbame para saber que todo está bien. Acá las cosas siguen igual, la cárcel no cambia, pero yo conservo mis pequeños privilegios. No se preocupe por mí. El abogado me dice que pronto se aprobará la extradición y yo no sé por qué, pero ahora sí estoy seguro de que eso sucederá muy pronto. No sabe cuánto deseo que eso ocurra. Usted sabe que una vez en España mi salida será cuestión de meses. Y cuando eso suceda usted y yo nos iremos a celebrar en grande. JR me tiene al tanto de los depósitos bancarios, sé que no le hace

falta nada económicamente y eso me tiene tranquilo, pero sé que usted necesita compañía y que la cuiden. Téngame paciencia, querida madre, que ya pronto estaré con usted. Y por cierto, esta chiquilla que le entregará esta carta me ha robado el corazón. Quiere ser escritora y dice que va a escribir mi historia. ¿No le parece divertido? Ella no lo sabe, pero tan pronto como salga de aquí, le pediré que se case conmigo. Y si me dice que no, me la voy a robar. Cuídemela mientras llego.

Con todo mi amor, Barto».

Terminó de leer y le sobrevino un ataque de llanto. Por primera vez en muchos años, alguien se refería a ella con cariño.

XVIII

El auto estaba estacionado sobre la Calle Colón y dos hombres permanecían en su interior a la espera de algo. Cuando Helena salió de la casa, uno de los hombres se apeó y la siguió hasta una de las casas de seguridad. Esperó discretamente fuera del edificio y una vez que ella volvió a salir la siguió de regreso hasta la casa de Colón.

Barto los vio la primera vez desde la ventana de su pequeño piso en la misma calle Colón. Desde la tarde en que se introdujo al espacio de Helena lo atormentaban las dudas y se debatía entre seguir el juego de la revancha o simplemente perdonarla, hacerse el aparecido y sacarla del lodazal en que se había metido. Pasaba horas frente a la computadora, fumando y bebiendo mientras hurgaba en los archivos copiados de la computadora de Helena, descriptando mensajes y desentrañando información almacenada en cookies. Por lo que pudo deducir, Helena no solo hackeaba para satisfacer a Rodrigo, sino que también le hacía depósitos a un par de cuentas en bancos españoles. Cuando se dio cuenta de esto, Barto invirtió varias horas hasta dar con la manera de meterse a esas cuentas y transferir más de 50,000 euros. «Ladrón que roba a ladrón» se dijo cuando consolidó la operación. En los archivos de Helena encontró también las notas que ella escribió acerca de sus encuentros en la prisión y sus esporádicos apuntes sobre España. Lo sorprendió ver los textos en los que ella le escribía como en una especie de diálogo, buscando su consejo o comprensión. «Me siento atrapada en las redes de Rodrigo y me paraliza el terror a que me denuncie. ¿Qué hago, Barto? ¿Qué hubieras hecho tu en mi lugar?», leyó en uno de los apuntes y sin quererlo lo invadió una ternura infinita; la chica se había querido pasar de viva y no

tenía cojones para defenderse. Por eso cuando cuando identificó las señales inequívocas de que la policía estaba tras Helena, las dudas se esfumaron. No le sorprendió que estuvieran tras ella, sino que la hubieran ubicado tan rápido. Dedujo que cuando El País publicó la nota sobre la actividad de una célula dedicada al crimen cibernético, la policía ya tenía muy avanzadas las investigaciones. Imaginó también que la policía había infiltrado la computadora de Helena a partir de las operaciones con tarjetas de crédito. No acababa de elaborar esa idea cuando le asaltó la duda sobre la posibilidad de que la policía lo hubiese también detectado cuando entró a Banned Market. «No, no puede ser. No es conmigo el asunto, tengo que prevenirla».

Tomó su gabardina, su gorra y sus guantes y salió a la calle. Necesitaba enviarle un mensaje pero ahora sabía que cualquier medio podía estar infiltrado. Si lo hacía desde su computadora, las posibilidades de que lo ubicaran e involucraran en el circuito del crimen eran altas, sobre todo considerando sus antecedentes criminales. Tenía que encontrar un lugar desde el cual pudiera contactarse con ella.

Se detuvo en un café y ordenó un expreso doble cortado. Mientras lo preparaban, miró a su alrededor y en una de las mesas vio la edición matutina del diario local.

—¿Puedo tomar el periódico? —preguntó a la chica concentrada en su computadora.

—Lléveselo, no es mío.

Lo hojeó sin sentarse, con prisa, para enterarse si había nuevas sobre las investigaciones de la policía. Cuando estaba a punto de cerrarlo, su mirada se detuvo en una nota de la última página de la sección local. Muere por sobredosis de drogas,

decía el titular. «Un hombre fue hallado sin vida este martes en el interior de su departamento luego de que los vecinos llamaron a la policía preocupados porque no abría la puerta. Oficiales de policía acudieron al lugar y en su interior encontraron el cuerpo sin vida de Rodrigo Cienfuegos, de 33 años de edad. En el lugar se hallaron muestras de la droga usada por el hoy occiso, al parecer una combinación letal de heroína con otros compuestos aún no determinados. La policía encontró también cocaína y marihuana en el departamento. Un oficial de la policía dijo a este diario que la muerte de Cienfuegos podría estar relacionada con actividad criminal, específicamente con los casos de fraude cibernético que se han reportado. El oficial se negó a proporcionar más detalles para no interferir con las investigaciones que se realizan a nivel federal».

Barto no podía dar crédito a lo que acababa de leer. Finalmente entendía el significado de las búsquedas que había hecho Helena en el Internet. Si la policía había infiltrado también la computadora que ella tenía en casa, la chica estaba perdida. Tenía que advertirle que iban tras ella. Pero antes se aseguraría de buscarle una identidad falsa. «Es tan incauta que seguramente nunca pensó en cubrirse las espaldas».

XIX

La despertó el intenso dolor de cabeza. Vio el reloj y se dio cuenta que había dormido más de veinticuatro horas seguidas. La mezcla de alcohol y pastillas para dormir la habían noqueado. Habían pasado tres días desde la tarde en que visitó a Rodrigo. Sin ganas se levantó de la cama y preparó un café que se tomó con tres aspirinas. «Me tengo que largar de este lugar hoy mismo».

Se metió a la ducha para ayudarse a ordenar sus ideas. Tiraría todo a la basura, la ropa, los zapatos, los videojuegos y se llevaría solo un backpack. Usaría el tren para viajar a Madrid y de ahí volaría a Monterrey, solo para intentar después cruzar a Estados Unidos de mojada. Estaba segura de que en ese país le iría mejor, por algo le llamaban el país de las oportunidades, aunque en realidad le daba lo mismo cualquier lugar. «Aquí o en China, me da lo mismo».

Salió del baño y fue directo hacia la computadora. Tenía miedo de abrirla, pero tenía que saber si algo había pasado. Tecleó alicanteexpress.com, revisó los titulares e hizo click en el link a las notas policiacas. La descubrió en la parte inferior derecha junto a una foto que mostraba una línea de polvo blanco al lado de un cenicero atiborrado de colillas. Bajo el cristal de la mesa se alcanzaba a distinguir la palma de una mano sin vida. Sentía el temblor de los dedos de su mano derecha sobre el ratón y mordía con ansias las uñas de su mano izquierda. Cuando llegó al último párrafo presintió que no tardarían en llegar por ella.

Se cruzó los tirantes de la mochila sobre la espalda y salió de la casa. Ahí llevaba la computadora, un pequeño disco externo y su pasaporte mexicano. Se montó

en la motoneta y mientras la arrancaba recordó que no traía más de diez euros en efectivo. Estaba desacostumbrada a cargar dinero en la bolsa y la única cuenta que tenía abierta para sus operaciones del día a día no tenía fondos. «¡Mierda! ¡Tendría que haber pensado en eso!» Necesitaba comprar el boleto del tren antes de llegar a la estación y no tenía otra opción más que pasar por una de las casas de seguridad y hacer la operación con rapidez.

Antes de meterse al edificio se cercioró de que nadie la seguía, aunque nunca estaba totalmente segura de eso ¿Cómo saber si el auto que se había estacionado una cuadra adelante la había seguido? ¿Cómo distinguir a un tipo que caminaba desenfadado en la calle de otro que pudiera haberla seguido?

El departamento estaba en las mismas condiciones en que lo había dejado la última vez que estuvo ahí, semivacío, con una sola mesa, una silla y los aparatos del wi-fi al centro de lo que debería ocupar una sala. Las recámaras estaban vacías y lo mismo la cocina. Era un sitio impersonal, en el que nada, excepto un par de videojuegos pirata, acusaba su presencia. Abrió la computadora y tecleó el nombre del banco en el que Rodrigo había hecho dos depósitos cuantiosos la semana anterior. Lo sabía porque él mismo le había pedido que hiciera una transferencia a esa cuenta. Rodrigo manejaba grandes cantidades de efectivo para pagar su gusto ilimitado por las drogas y para saldar cuentas con su red de operarios, que incluía desde falsificadores de documentos, hasta gente que le cobraba una comisión por hacer uso de las tarjetas de crédito que se falsificaban tras cada operación en BannedMarket.

—No puede ser —dijo. No, no puede ser.

Escribió nuevamente el nombre del usuario y el password solo para comprobar que las cuentas estaban vacías. No había un solo euro en ellas. Instintivamente se puso los dedos en la boca y empezó a morder las uñas con frenesí. La pantalla de la computadora no mentía, alguien había vaciado las cuentas. Se fijó en la fecha de la última operación y comprobó que sucedió unas horas después de que abandonó la casa de Rodrigo. Una sensación de vértigo la hizo correr al baño para echarse agua a la cara. Se miró al espejo y murmuró «Entonces no era el gillipollas de Rodrigo quien estaba detrás de los mensajes... tampoco era la policía...¡Es un pinche hacker ladrón!»

Caminó de un lado a otro en la habitación, haciéndose preguntas en voz alta . «¿Quién pudo haber sido?» Repasó mentalmente la lista de gente que conocía y nadie parecía encajar en el perfil del hacker «No seas idiota, como si tuviéramos un perfil... como si lleváramos un letrero en la frente». Trató de analizar las consecuencias de que su sistema hubiese sido hackeado «Tengo que revisar mis cuentas. Igual este tipo me dejó en la calle y yo ni cuenta». Dudó y reflexionó sobre la posibilidad real de que la policía anduviera tras su pista. «A ver, Helena...piensa bien. Primero pensaste que Rodrigo podría haber infiltrado el correo... luego creíste que podía ser la policía, ahora descubres que no fue él y sabes que la policía no se robaría el dinero de una cuenta...Si fue el hacker, la policía no esta trás de ti... pero ¿qué podrían haber encontrado en casa de Rodrigo que lo relacionara con el robo de las tarjetas? Quién sabe, pero de aquí a que te pongas a averiguar te agarran, así que mejor ponte las pilas y lárgate de esta ciudad de mierda...»

En las últimas semanas, sin decírselo a Rodrigo, había estado trabajando en un esquema de phishing que le había dado acceso a números de cuenta y passwords, pero recientemente no había hecho transferencias. Si lograba transferir un pequeño monto de alguna de esas cuentas tendría suficiente para irse. Tecleó los comandos de acceso y corroboró que el link del correo estaba funcionando perfectamente. Era cosa de esperar pacientemente a que alguien cayera en la trampa. Pasó más de una hora frente al computador hasta que un incauto presionó el link del correo. Era un mensaje tradicional, en el que se explicaba al usuario de una cuenta de banco que por razones de seguridad era preciso que reseteara su nombre de usuario y su password. Siguió los movimientos del usuario y capturó la contraseña nueva, esperó a que abandonara la página y en cuanto lo hizo se metió de nuevo al banco y revisó las cuentas. Transfirió 5,000 euros a una cuenta que le permitiría moverse las próximas horas antes de tomar un avión que la llevaría de regreso a México.

Tomó nuevamente su mochila y se encaminó a la puerta. Echó un último vistazo al apartamento para cerciorarse que nada delataría su presencia en ese lugar. Lo dudó un momento, pero al final decidió anular cualquier evidencia que hubiese quedado en la computadora. Llenó de agua la tarja de los trastes, vació una botella de ácido muriático y sumergió ahí la computadora.

Salió casi corriendo, con la firme idea de tomar el próximo tren a Madrid y aliviarse, por lo menos por unas horas, de la ansiedad que se había apoderado de su mente desde que leyó la nota en el periódico. En Madrid pasaría desapercibida, podría caminar o tomar un taxi sin tener la sensación de ser seguida u observada.

Mientras manejaba pensó en la muerte de Rodrigo ¿Qué sentiría? ¿Habría tenido un buen viaje? Pensó en la extraña sensación de haberse convertido en una asesina casi obligada por las circunstancias. «Él me obligó a hacerlo» y con sorpresa descubrió que no sentía remordimientos, ni pena. Era como si finalmente hubiera vencido en Red Dead Redemption —el video juego que la obsesionaba recientemente— y hubiese quedado exhausta, sin una gota de energía. Pensó en su primer día en Alicante y en el absurdo giro que fue tomando su vida a partir de su trato con Rodrigo. «Si hubieses tenido un poquito más de ovarios y le hubieses dicho que no desde el principio no estarías donde estás ahora». Se sintió pusilánime.

La motoneta no daba más de cuarenta y cinco kilómetros por hora y el tráfico en la ciudad dilataba el trayecto. Miró por última vez el paseo de Explanada España, con sus altas palmeras y sus hombres y mujeres sentados en sillas de madera sobre el camellón de mosaicos multicolores. Envidió su goce, el sosiego en el que aparentemente vivían. La brisa sobre su rostro le anticipó que extrañaría el olor del mar. La vibración de su teléfono celular, que traía en la bolsa trasera de los jeans, la sacó de su ensimismamiento. Sintió un vacío en el estómago y decidió no contestar. «Podría ser una amigo de Rodrigo... no se me ocurre quien más...» El teléfono vibró una vez, dos, tres, cuatro, cinco veces, con una insistencia que Helena no conocía. No era un buen augurio. «Ya veré quién es en cuanto me suba al tren». Cuando se bajó de la motoneta el teléfono seguía vibrando. Corrió a la taquilla y compró el boleto.

—Anden seis, a las cuatro y cuarenta —dijo la vendedora.

Faltaban veinte minutos para la salida y pensó que esos minutos resumían toda una eternidad. La estación estaba atiborrada de gente que iba y venía arrastrando

maletas con prisa. Buscó un lugar donde sentarse, pero las butacas estaban ocupadas. De pronto tuvo la sensación de que la observaban. Miró hacia todos lados y le pareció familiar la cara de un hombre que miraba revistas en una pequeña tienda. Trató de recordar dónde lo había visto pero no logró concretar la idea. Faltaban diecisiete minutos todavía para la salida del tren. Buscó los baños y se dirigió hacia allá. El teléfono vibraba y le molestaba no recordar dónde había visto a ese hombre. Entró al baño y se lavó las manos. Se miró al espejo como lo había hecho tantas otras veces y el recuerdo se materializó en un instante. Había visto a ese hombre leyendo justo cuando salió de la casa de seguridad. Le había llamado la atención que leía una revista dedicada a las mangas. No podía ser casualidad. El tipo no traía equipaje y tampoco tenía la revista. Era seguro que la estaba siguiendo. La invadió el terror y decidió quedarse en el baño hasta que faltara un minuto para tomar el tren. Entonces correría y buscaría donde esconderse dentro del vagón. No podía hacer otra cosa. Pensó en cambiarse de ropa y recogerse el cabello, se le ocurrió robarse una maleta y disfrazarse como otra persona, pero todas sus ideas le resultaban absurdas y fuera de tiempo. «Te apendejaste... Tendrías que haber pensado en eso antes».

Miró el reloj y faltaban ya cinco minutos. «Si el tipo estaba tras de mí quiere decir que me siguió desde que salí de la casa....quiere decir que tenían infiltradas las computadoras... quiere decir que saben quien soy...pero no, no pueden saber de Rodrigo... eso no lo pueden saber, no hay manera de que lo sepan».

Una enésima vibración del teléfono la estremeció. Venía de un número desconocido. Miró el aparato en la palma de su mano y no tuvo el valor de abrirlo.

Nadie, absolutamente nadie en ese rincón de la tierra podría darle ahora buenas noticias. Echó el teléfono al baño. Faltaba un minuto y medio.

Salió corriendo del baño hacia el andén número seis. Estaba a menos de 100 metros, pero había que bajar unas cuantas escaleras. Corrió a todo lo que daban sus piernas. Ahí estaba el tren, con sus puertas como hocicos negros recibiendo pasajeros. Alcanzó a ver el último vagón, tan alejado del resto que le abría una promesa de seguridad y complicidad. Dejó de correr, pero apuró el paso. Faltaban menos de 10 metros cuando escuchó que alguien gritaba su nombre.

—¡Helena Santiago!

Sintió otra vez un hoyo en el estómago, como si alguien le hubiese comprimido el aire.

—Deténgase, Santiago!

Se detuvo en seco frente a la puerta del vagón y alcanzó a ver la mirada triste del operario que cerraba la compuerta. El tren abandonó despacio y casi en silencio el andén número seis. Lo vio hasta que desapareció en el túnel.

—Está usted detenida.

XX

—La foto bájala de su Facebook. Tiene varias.

—Pero no parecen de pasaporte...

—¡Coño! ¡Házlas que parezcan de pasaporte!

El hombre lo miró y encogió los hombros. Tenía el pelo descompuesto y los ojos lagañosos de un recién levantado. Eran más de las 12 del día, pero para él era la hora del sueño más profundo.

—Haré lo que pueda, Barto, pero no milagros —dijo malhumorado.

Barto se dejó caer en el sofá viejo de tela sucia. Era el mismo mueble que recordaba desde su última visita a ese cuchitril del barrio de San Juan muchos años atrás. El lugar era oscuro y sombrío y apestaba a cigarro y ropa vieja. La única ventana del cuarto estaba tapada con una tela gruesa. Al “Ricki” nunca le había gustado la luz pues desde pequeño le lastimaba los ojos. Su rara enfermedad, decía, le daba un alma de vampiro trasnochado.

Barto lo encontró en la calle una tarde en la que esperara que Helena saliera de una casa de seguridad para seguirla. El hombre lo vio y se acercó a él con curiosidad y cautela.

—¿Bartolomé? — preguntó cuando estuvo a escasos centímetros de su cuerpo. Barto imaginó los ojitos semicerrados del Ricki detrás de los gruesos lentes de sol.

—Barto... ¿eres Barto, verdad? ¡Vaya que si eres tú! Mira que te he reconocido a pesar de los años que han pasado. ¿Cuándo saliste?

Barto le hizo una seña para que bajara la voz. Lo tomó del brazo y se alejó con él del lugar.

Caminaron por un largo rato en el que Barto lo puso al tanto de su salida de la prisión. Le contó de sus años de cárcel y le pidió que no dijera nada a nadie de su encuentro.

—Estoy planeando algo y no quiero que nadie sepa que estoy por aquí ¿oíste Ricki? Cuento con tu discreción ¿eh?

—Ya sabes que sí Barto. Los buenos clientes no se olvidan. Yo sigo en lo mismo, si algo se te ofrece ya sabes donde estoy.

Se despidieron con una palmada en la espalda y Barto pensó que quizá algún día volvería a necesitarlo, pero no imaginó que sería tan pronto.

—¿Y cómo te trataron los mexicanos? ¿Cuántos años te encerraron?

—Doce, casi trece...

—¿Y esta tía, qué? ¿una nueva conquista?

—¿Desde cuándo acá haces tantas preguntas, Ricki? Date prisa con eso que tengo el tiempo muy corto.

—Vale, vale, que se te agrió el carácter. Antes te gustaba presumir tus conquistas.

Barto se sumió nuevamente en sus pensamientos. Necesitaba localizar a Helena antes de que hiciera una tontería y el tiempo apremiaba. Era preciso hablar con ella. Se levantó del sillón y se dirigió a la puerta.

—Regreso en cinco minutos. Apúrate con eso que me urge.

Caminó un par de cuadras hasta encontrar un teléfono público. Usar su celular era demasiado riesgoso y necesitaba evitar a toda costa que lo ligaran con Helena pues eso empeoraría las cosas para ella y lo metería a él en problemas con la ley.

Marcó su número y lo dejó sonar 10 veces. Colgó y volvió a marcar, pero esta vez lo dejó sonar 12 veces. Helena no quería contestar o no traía el teléfono con ella. Repitió el marcaje tres veces más y nada. No había tampoco posibilidad de dejarle mensaje.

Cuando volvió al cuartucho oscuro, el Ricki estaba terminando el trabajo. Lo esperó unos minutos más hasta que finalmente le entregó dos documentos, un pasaporte argentino y uno chileno. Eran países que no despertaban tanto recelo de los españoles como Colombia o México. En ambos había estampado una foto de Helena tomada del Facebook, pero la había modificado quitándole la boina de la cabeza y rescatando su cabellera larga y rizada. En lugar de Helena se llamaba Paola Landeros. Se veía hermosa, pensó Barto.

—Te debo una —le dijo a Ricki palmeándole el hombro antes de salir y pagarle por el trabajo.

Paró un taxi y fue directo a la calle Colón. Tenía la esperanza de que Helena estuviera ahí todavía y podría alertarla. Pensó en la sorpresa que se llevaría al verlo llegar así de pronto, sin previo aviso, irrumpiendo con su propia llave en la casa de su madre. Ya habría tiempo para reclamarle el engaño, pero primero tenía que sacarla del atolladero en el que estaba metida. Le preocupaban los policías que estaban fuera de la casa y pensó que si seguían ahí no podría entrar directamente. Tendría que planear algo para distraerlos y entonces meterse a buscar a Helena.

Le dio mala espina que los policías no estaban ahí cuando llegó al número 844. Bajó del auto y caminó hasta la esquina para cerciorarse que efectivamente no estaban. Era una mala señal. Abrió la puerta de la casa y supo en ese mismo instante que había llegado tarde.

—¡Helena! la llamó mientras recorría las habitaciones. No estaba la computadora, pero el desastre que había en los cuartos acusaba la prisa de la huída. Barto sabía de eso. «Seguramente intuyó que venían por ella». Miró hacia la cómoda y vio la carta que le había enviado a su madre. Helena la había leído. Tomó el papel doblado y después de leerlo lo dobló y lo metió al bolsillo del pantalón.

Salió a la calle y volvió a marcar su número desde un teléfono público...«¡Vamos, niña, contesta!». Lo marcó una y otra vez, pero Helena no contestaba. Su intuición le dijo que la chica iría a la estación del tren y no al aeropuerto.

Vio venir un taxi y le hizo la parada.

—Te pago el doble de lo que marque el taxímetro pero llévame en cinco minutos a la estación del tren —ordenó.

—¡Cinco minutos! —replicó el taxista mirándolo por el retrovisor. Está difícil, pero no imposible —le dijo sonriente.

Llegaron a las cuatro con treinta minutos a la estación ferroviaria. Confiaba en su instinto, aunque no tenía idea de cuál sería el destino que Helena elegiría si es que estaba en ese lugar. Miró el panel con el horario de los trenes y comprobó que había varias salidas entre las cuatro y las cinco de la tarde a Barcelona, Madrid, Girona y varias ciudades más. Compró un boleto a Barcelona para poder pasar a los andenes y

buscarla. «Madrid, cuatro cuarenta, anden seis», anunció una voz femenina a través del altavoz. La gente caminaba entre maletas y empezaba a congregarse en las puertas del vagón. De pronto la distinguió por su backpack y la boina. Corría hacia la puerta del último vagón y cuando estaba cerca dejó de correr pero caminaba con prisa. Intentó gritarle, llamarla, pero antes de que la voz saliera de su garganta vio a los dos hombres que la seguían muy de cerca. De pronto, cuando le faltaban escasos metros para llegar a la puerta del vagón, Helena Santiago se detuvo en seco, su vista congelada en la puerta del tren que se cerraba. Uno de los hombres le gritó nuevamente su nombre. Como en cámara lenta, Helena volteó a mirar al hombre, el rostro pálido, sus ojos de niña asustados.

Nunca olvidaría esa expresión.

XXI

«Capturan a hacker mexicana. La vinculan con amplia red de fraude cibernético», cabeceaba la nota de portada del diario local de Alicante, que mostraba además la foto de Helena Santiago esposada y escoltada por dos policías al momento de la detención. Barto se conmovió al volver a ver sus ojos aterrorizados. «No pude llegar a tiempo, lo siento, mi niña». Tenía frente a sí el periódico, pero se negaba a leer la historia completa. Estaba en El Trovador, el sitio predilecto de Helena, y pensaba que la chica estaría ya pasándola muy mal con la policía.

Aspiró profundamente su Habano y empezó a leer. «La mexicana Helena Santiago, de veintiún años de edad...» «¡Mierda....me había dicho que tenía veinticuatro!» «fue detenida anoche en la terminal de trenes de esta ciudad. De acuerdo con los primeros informes policiacos, la mujer era el brazo tecnológico principal de una red de crimen cibernético que operaba desde Alicante y extendía sus operaciones hacia otras regiones de España y recientemente hacia otros países europeos. La detención de Santiago ocurrió a tres días de la muerte por sobredosis de Rodrigo Cienfuegos, a quien la policía ha identificado como el operador principal de la organización criminal. La policía encontró en su departamento decenas de tarjetas de crédito falsificadas y varias relaciones de números de tarjetas, códigos de seguridad y nombres de personas. Según las investigaciones preliminares, la información de esas tarjetas fue obtenida en un amplio mercado negro en el que se compra y vende información personal de millones de personas en el mundo. Cienfuegos tenía entre sus contactos telefónicos el número de Santiago. La policía informó que la mujer trabajaba

como hacker para el grupo. El consulado mexicano en Madrid dijo que brindará apoyo legal a Santiago si ella lo requiere.

«No se ha informado aún cuando iniciará el proceso contra la mexicana, pero fuentes extraoficiales dijeron que Santiago será juzgada en Madrid, ya que el delito de fraude cibernético y robo de identidad son investigados por el gobierno central. De ser encontrada culpable, Santiago podría ser castigada hasta con veinticinco años en prisión».

Barto suspiró al imaginar a Helena a la edad de cuarenta y seis años detrás de las rejas. Pensó en su propia vida, en el tiempo que pasó en prisión en un país extranjero, en la tristeza y el hastío del encierro, en sus horas de desesperanza, en su adicción a la cocaína, en el pedazo de cielo gris que miró a lo largo de doce años en la capital mexicana. Helena ni siquiera era tan ambiciosa como él. Ella naufragaba en su vida sin sentido. Nunca, en todas las conversaciones que tuvo con ella, pudo tener claro de dónde venía su carácter huraño y su tendencia a la soledad. La chica se había equivocado y le costarían muy caros sus errores. Un camarero que se acercó a preguntarle si quería algo más lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Tienes un listín telefónico? —le preguntó.

El chico le trajo el libro y Barto fue directamente a las páginas de abogados. Escribió nombres y teléfonos en una servilleta de papel, pagó la cuenta y se retiró.

Horas después había contratado ya al más prestigioso despacho de abogados para que se hiciera cargo de la defensa de Helena. Lo único que les pidió al aceptar el cuantioso monto que cobrarían por sus servicios fue que no le mencionaran a ella quién estaba pagando por sus servicios.

XXII

A partir de las notas que se publicaron en los diarios después de la detención de la «hacker azteca» —como la llamaron algunos periódicos amarillistas— y de los informes que recibía de los abogados, Barto pudo hacerse una idea de cómo la policía nacional ubicó a Helena y a otras personas involucradas en la red de fraude cibernético.

Durante el juicio los fiscales presentaron las evidencias que reunieron a lo largo de ocho meses desde que detectaron los primeros fraudes con características similares. Los primeros sucedieron en Alicante y afectaron a un círculo social en el que la mayoría de la gente se conocía. Las operaciones se realizaban casi siempre días después de una fiesta o una reunión social y casi todos se dieron en un periodo corto de entre dos y tres meses. La policía después encontró un patrón de fraude a través de correos phishing a grupos de personas. Todo indicaba que los operadores estaban moviéndose en un círculo que conocían a la perfección, lo que delimitó de manera importante las investigaciones de la policía. Pero ese esquema de operación se rompió pronto y fue sustituido por uno más ambicioso que abarcó el mercado de compra y venta de números de tarjetas de crédito robados en el ciberespacio. Aunque esas operaciones afectaron a cientos de personas dentro y fuera de España, la estrategia de los defraudadores abrió la posibilidad de que un grupo más especializado de la policía participara en las investigaciones para detectar los lugares precisos desde donde operaba el hacker.

Barto se quedó boquiabierto cuando leyó en el documento que le mostraron los abogados que la policía había rastreado en ese lapso la actividad en más de 4,000 correos electrónicos y sitios web. Por supuesto, le explicaron, no estaban sólo detrás de Helena, sino de cientos de hackers más que utilizaban tácticas similares para hacerse de información privada y estafar.

Supo también que los investigadores la consideraron una hacker novata, pero de gran potencial. Quizá por su falta de experiencia o por el hecho de que parecía estar aislada del resto de la organización criminal, Helena descuidaba detalles elementales para un hacker profesional, como el hecho de verificar antes de cualquier operación que la computadora estuviera protegida por un sistema diseñado a prueba de infiltraciones. Los investigadores prácticamente se habían logrado meter a los distintos sistemas que ella operaba casi sin dificultades.

Barto pensó que era cierto. Él mismo había logrado meterse a la computadora de Helena sin grandes problemas y aún después de que le envió los correos para asustarla, ella no reforzó suficientemente la protección de sus sistema. «Quizá en el fondo quería que la descubrieran... quizá esa era su manera de protegerse y buscar salirse de la trampa en la que se metió».

Uno de los abogados le comentó que la fiscalía estaba tratando de llegar a un arreglo con Helena. Lo que proponían era que la chica trabajara con ellos como informante y que eventualmente colaborara en las investigaciones de la unidad de crimen cibernético. Eso a cambio de una reducción sustancial de su sentencia.

—¿Qué tanta reducción proponen? —preguntó Barto.

—Sustancial. Quizá sólo pasaría cinco años en la cárcel y tres más en libertad condicional. Si acepta empezaría a colaborar con ellos de inmediato desde dentro de la prisión y dependiendo de cómo funcione, podría incluso salir antes. No es un mal trato.

—Una chivata...

—No creo que a ella le importe mucho. Esa chica es un poco rara. ¿Quieres saber qué me preguntó ayer?

—No sé, pero supongo que tendrá algo que ver con la computadora, o no?

—Sí, la tía está medio zafada... Me preguntó que si el arreglo con la fiscalía le permitiría tener computadora y videojuegos... ¡Cómo si eso fuera lo único que importara!

—A ella eso es lo que le importa ahora. Pero va a cambiar, ya verás.

—¿Aceptamos el trato de la fiscalía entonces?

—Vale, acéptenlo ya, pero asegúrense que la chica tenga acceso a sus videojuegos. Quiero que esté tranquila.

—Ah, por cierto... La policía preguntó qué relación tiene la chica contigo...

—¿De dónde se sacaron eso? —respingó Barto.

—Helena traía una foto tuya en su mochila. Una foto vieja. La policía le preguntó quién era y ella sólo dijo que un amigo al que admiraba, pero un viejo policía se acercó a mirar la foto y te reconoció. Dijo que fuiste el defraudador más buscado hace algunos años hasta que te agarraron en México. Contó algunas de tus hazañas y dijo que le tocaba averiguar que había pasado contigo... Tendrías que haberme dicho eso antes, yo fui el primer sorprendido al escucharlo.

—¿Crees que la policía esta vinculándome a la red en la que estaba Helena?

—No, no lo creo, porque no sabían que estabas acá. Pero ese policía va a averiguar y sabrá que estás libre. Si estás limpio, más vale que lo aclares de una vez.

—Vale.

Días después del encuentro, un diario local dedicó cinco párrafos a la nota de la condena que recibió Helena, pero desplegó en una página completa lo que llamó el idilio de la mexicana con el defraudador más famoso de España.

«Helena Santiago, la hacker del país azteca, mantuvo una relación de casi dos años con el famoso defraudador español Bartolomé Miranda durante el tiempo en que éste estuvo encarcelado en una prisión de la capital mexicana.

«Una investigación realizada por este diario confirmó que Santiago se registró como visitante en el Reclusorio Sur de la ciudad de México a lo largo de dos años. De acuerdo con fuentes fidedignas, la joven mujer visitaba a Miranda por lo menos una vez cada semana.

«Autoridades mexicanas confirmaron que Miranda fue extraditado a este país el dos de agosto del año pasado después de haber purgado doce años de condena. En el Ministerio del Interior se confirmó que Miranda purgó solo dos meses adicionales de sentencia antes de ser puesto en libertad.

«No fue posible precisar la fecha exacta en que Santiago arribó a este país, pero un agente de bienes raíces confirmó que a lo largo de casi un año Santiago vivió en una casa registrada a nombre de Esperanza Contreras, madre de Bartolomé Miranda.

«Pagó por adelantado la renta de seis meses y luego pagó seis meses más, todo al contado, dijo el agente que pidió no se revelara su nombre.

«Una fuente cercana a las investigaciones dijo que al momento de ser detenida, la chica traía en su bolso una fotografía de Miranda en sus años mozos.

«La policía dijo que hasta ahora no ha encontrado ningún vínculo que relacione a Miranda en los ilícitos cometidos por la señorita Santiago.

«Todo indica que la indiciada se inspiró en la vida de Miranda para cometer los delitos, pero hasta este momento no hay evidencias de una acción coordinada».

La nota continuaba dando detalles sobre las operaciones realizadas por Helena y más abajo dedicaba párrafos enteros a enumerar los fraudes cometidos por Barto casi dos décadas atrás. Publicaba además fotos de archivo y las declaraciones de aquel entonces. Barto sintió que la nota lo ponía de nueva cuenta en el reflector público y lo invadió un torrente de cólera.

«¿Cómo se te ocurrió cargar esa foto? ¡Maldita seas!»

Estrujó el periódico entre las manos y lo aventó a la calle. Un transeúnte que pasaba frente al café lo miró con odio. Ahora todo mundo lo reconocería y lo que era peor, le cerrarían todas las puertas. «Maldita, Helena! ¿Cómo se te ocurrió meterte a este mundo sin tener puta idea de nada? ¡Me cago en tus putas mentiras!».

XXIII

Helena leyó la nota por quinta ocasión y volvió a sentir que estaba en medio de un sueño en el que las piezas encajaban perfectamente, dándole por primera vez sentido a situaciones que no había podido explicarse.

Despertó cuando escuchó que alguien gritaba en la puerta de su celda. Era una de la reclusas, que como el resto de las prisioneras, la perseguían desde el primer día que pisó el suelo de la prisión. A Helena se le dificultaba entender la curiosidad extrema que sentían hacia ella, sobre todo porque a ella no le interesaba en lo más mínimo enterarse de la vida de sus nuevas compañeras.

—¡Hey, nueva, despierta! Mira que estás a toda plana en el periódico. Tú y tu novio...

La terminó de despertar el golpe del periódico sobre su cara. La mujer se lo aventó con tan buena puntería que se estrelló en su rostro todavía amodorrado. «¿Mi novio? ¿De qué habla esta tipa?»

Se restregó los ojos y se sentó sobre el desvencijado catre. Abrió el periodico y el titular la terminó de despertar. «El idilio de la hacker azteca con famoso defraudador». Leyó la nota con avidez y al llegar al último punto regresó su mirada al inicio y volvió a leerla. No daba crédito a lo que leía.

Repasó el párrafo que hablaba de la salida de Barto de la prisión mexicana y su extradición a España y en ese momento todas las piezas se acomodaron. La sensación

de que la espían todo el tiempo, de que la seguían por la calle, la intromisión a su correo electrónico, todo le hizo sentido.

«Fue él quien se metió a mi computadora... Fue él quien hackeó las cuentas de Rodrigo... »

La asaltó la idea de que fuera él quien habría alertado a la policía y la invadió una ola de terror cuando imaginó que Barto la había espionado durante todo este tiempo y seguramente sabría la historia de Rodrigo.

«Nunca me ligaron a su muerte...pero Barto lo sabe, estoy segura que lo sabe».

Varias reclusas se habían acercado a su celda y comentaban sobre la nueva inquilina.

—Ha de tener mucha plata —dijo una de ellas—. Estafó a quién sabe cuántos y el novio más.

—Si es así más vale que empiece a pagar por privilegios. Aquí va a necesitar quién la cuide.

—¡Hey, tía! Ya leíste muchas veces el periódico, ahora ven a contarnos. Queremos saber más.

—No me estén jodiendo —gritó Helena— sintiendo que la angustia se le atoraba en la garganta y que por primera vez en mucho tiempo, un torrente de lágrimas vencía su voluntad de no volver a llorar nunca. «No quiero hablar con nadie, no quiero, no quiero».

Las reclusas se fueron yendo poco a poco hasta que de nuevo reinó el silencio en el pabellón. Helena se tapó la cara con el cojín sucio que hacía las veces de almohada y lloró hasta que no pudo más.

Tres meses después de su condena, cuando la vida en el penal empezaba a tener tintes de normalidad, uno de los custodios se apareció en el taller de costura donde las reclusas fabricaban sostenes para una compañía francesa.

—Alguien se registró para visitarte mañana —le dijo secamente.

Helena sintió el galope de su corazón y no tuvo necesidad de preguntarle al custodio el nombre del visitante. Nadie más tendría interés en visitarla y siempre tuvo la certeza de que tarde o temprano, Barto se aparecería en la prisión. Ahora además estaba casi segura que él había pagado a los abogados de su defensa. «¿Quién más podría haber sido?»

Esa noche no durmió. Tendría que contestar a las preguntas de Barto y no tenía respuestas convincentes. Ni ella misma entendía por qué no le dijo la verdad, porque prefirió cuentearlo con el asunto ese de la novela en lugar de proponerle algo... En realidad nunca creyó que saldría de la cárcel y que sería extraditado. Tampoco planeó cuidadosamente su incursión en el mundo del fraude. Ella quería mantenerse en operaciones pequeñas, que no significaran riesgos mayores, pero fue arrastrada por Rodrigo y nunca supo decir que no. Pero todo, al final, fue producto de las circunstancias... «¿Suenan creíbles?»

Por la mañana le pidió a una de las reclusas que le prestara un poco de maquillaje y lápiz labial. No quería que Barto la viera demacrada.

—¿Tienes visita? —le preguntó la chica discretamente.

Helena afirmó con un movimiento de cabeza.

—Pareces ratón asustado. Deberías estar contenta de que alguien te visite.

—Sí, sí lo estoy y mucho, pero también estoy nerviosa.

A las diez en punto apareció el custodio y le anunció que la esperaban en el área de visitas.

Helena alisó su cabello con las manos, estiró la camiseta blanca sobre su torso y buscó el reflejo de su imagen en una puerta de aluminio. Las manos le sudaban cuando empezó a caminar.

Lo distinguió a lo lejos, mirando hacia el patio por una de las ventanas del área común. Parecía más alto y había perdido la postura encorvada que ella recordaba. Sin duda la libertad le sentaba bien. Helena recordó su primer encuentro en el comedor del reclusorio en México y pensó en la ironía de los papeles invertidos, ella ahora presa, el un hombre libre. Pensó en echarse a correr y no verlo más.

Barto volteó y sus ojos encontraron los de ella. Helena intentó sonreír, pero sus labios sólo dibujaron una mueca.

—Hola —atinó a decir.

—¿Cómo estás, querida escritora?

Aunque esperaba el reclamo, la desconcertó la velocidad con la que llegó.

—Barto, ya se que tengo que explicarte...

—Sí, me debes muchas explicaciones, pero antes dime, ¿Cómo te tratan? ¿Estás bien?

—¿Qué tan bien se puede estar en un lugar como este? Pero no me quejo, estoy trabajando en el taller de costura y me pagan un salario, además tengo un trabajo extra del que no puedo hablar mucho...

—Lo sé, estoy al tanto de todo.

—Debí imaginarlo.

Se sentaron en una de las mesas del comedor, rodeados por otras mujeres que recibían la visita de sus hijos y otros parientes. El lugar no era tan ruidoso como en México, pero de alguna manera, Helena sintió que el tiempo había transcurrido hacia atrás y que eso le daba la posibilidad de volver a empezar todo.

Hablaron largamente durante las dos horas que duró la visita y de pronto se sorprendieron riéndose a carcajadas, descubriendo una complicidad naciente que los vinculaba de una manera distinta y más profunda.

Cuando llegó la hora de irse, Barto metió la mano en su mochila y sacó una copia pirata de Halo3.

—Sé que tienes permiso de jugar al menos dos horas por semana, así que te traje esto.

Helena se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Te traje algo más —dijo Barto. Algo muy especial para ti.

—¿Quieres que te de otro beso?

Barto sonrió, metió nuevamente la mano a su bolso y sacó un grueso fajo de hojas amarradas con una cinta de color negro.

—Míralo cuando regreses a tu celda, ¿Vale?

—Vale —dijo Helena dándole un beso en los labios—. ¿Vienes la próxima semana?

—Claro que sí, linda, aquí te veo.

Regresó contenta a su celda, con la sensación de que su vida empezaba a tener un sentido. Aventó la caja de Halo3 sobre el catre y desanudó la cinta con cuidado. La primera hoja estaba en blanco. En la segunda, leyó:

“Bartolomé Miranda la observó de lejos antes de caminar hacia ella. Estaba parada junto al ventanal del comedor de visitas, mirando absorta hacia el campo de fútbol, que a esa hora levantaba una tolvana entre los niños y padres que disputaban la pelota. Parecía ajena al tumulto que la rodeaba, al ruido de un televisor encendido, a los gritos de niños que corrían entre las sillas y mesas de plástico atiborradas de coca-colas y recipientes de comida. Detrás de su aparente concentración, adivinó su timidez. Era flaca y algo descuidada, aunque los rizos de su cabello castaño y largo la hacían atractiva. Recordó la última vez que estuvo cerca de una mujer y apresuró el paso...”

Vita

Lourdes Cárdenas nació en Saltillo, Mexico. Es hija de Raúl Cárdenas Zúñiga y de Velia Espinosa Méndez. Estudió la carrera de psicología en la Universidad Autónoma Metropolitana, pero desde los 20 años se dedicó al periodismo, una profesión que ha ejercido en México y en Estados Unidos en los últimos 25 años. Ha trabajado en medios estadounidenses como CNN y The Dallas Morning News, así como en medios mexicanos como el periódico El Universal, La Jornada, Canal 40 y la revista de negocios Expansión. Sus temas abarcan la política, la economía y las relaciones bilaterales entre México y Estados Unidos.

Tiene una maestría en periodismo internacional por la Universidad del Sur de California (USC) y fue Nieman Fellow en Harvard University en el 2000. Entre 2008 y 2011 cursó la maestría en Creación Literaria en la Universidad de Texas en El Paso, donde al mismo tiempo impartió clases de periodismo en esa universidad. Trabajó también como consejera editorial para el periódico universitario The Prospector y para la revista Minero.

Además de la novela “La Vida en Un Click” tiene una colección de cuentos sobre la violencia del narcotráfico en México cuyo título tentativo es “Novenario para una Ciudad” y está trabajando sobre su segunda novela situada en los años setenta, cuando el gobierno mexicano aniquiló a las guerrillas existentes.

Dirección: Paseo de los Cisnes 196, Col. Lomas de Lourdes

Saltillo, Coahuila, Mexico.